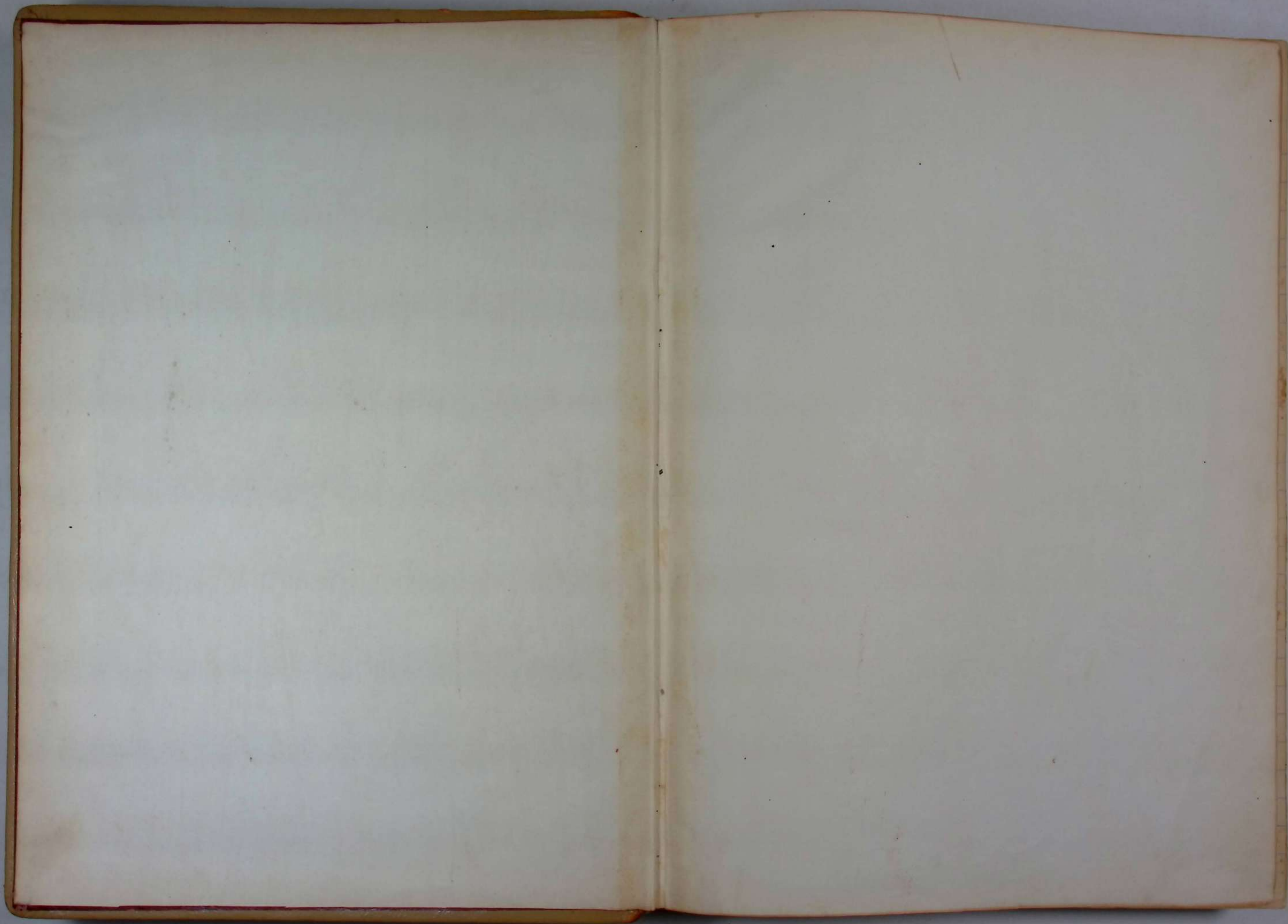
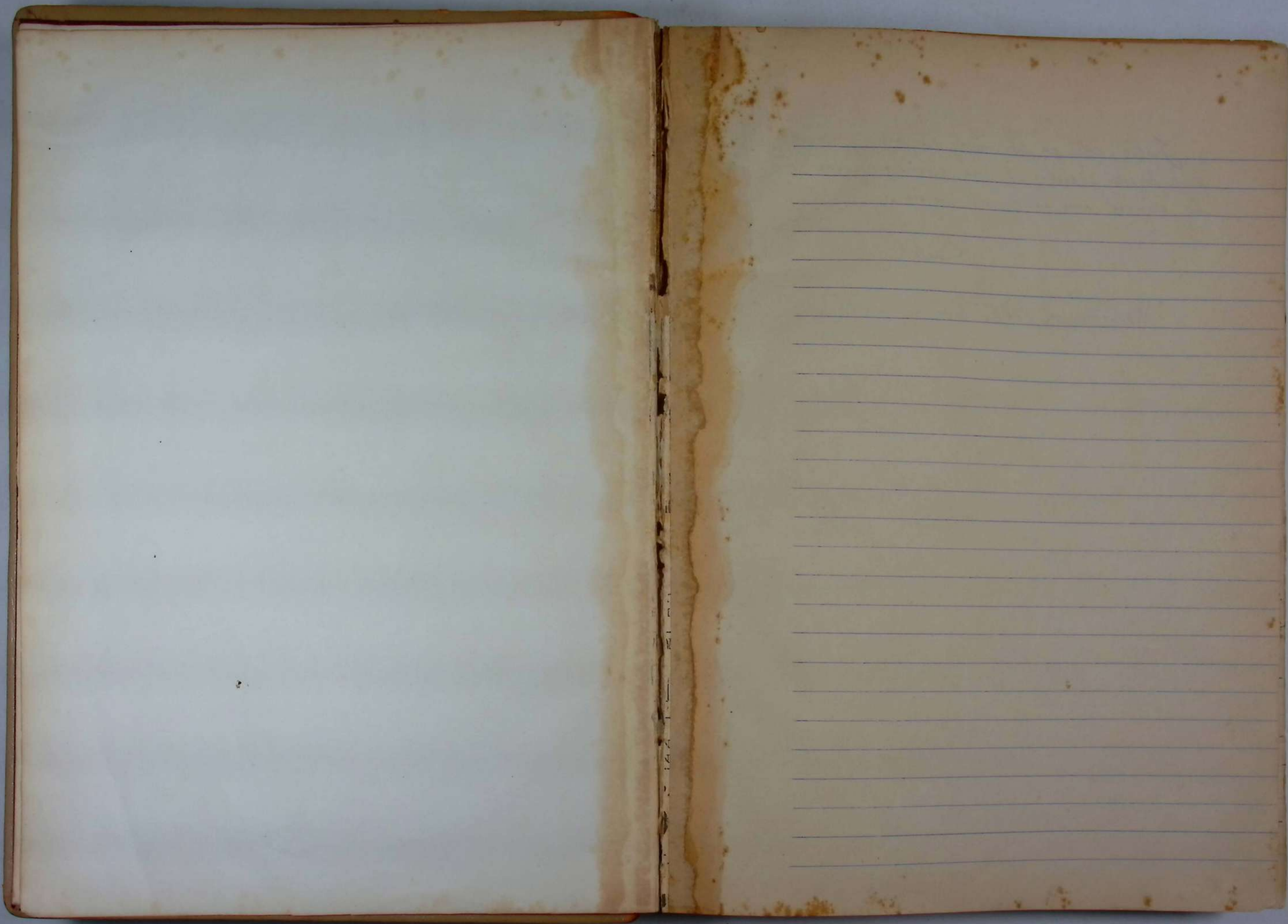


ISABEL
CARRASQUILLA
DE
ARANGO

FEBRERO
1931

IMPRESIONES
DE
VIAJE





Julio, este es tu libro ya que quisiste
que fuera escrito de mi puño y letra. Te
lo dedico con todo mi cariño.

Isabel

Octubre de 1938. En Medellín.

IMPRESIONES DE VIAJE ESCRITAS
POR UNA ABUELA PARA SUS NIETOS.

Como sé que mis nietos todos, Eranjos e Isa-
nas, Prestrepo y Mejías, son aficionados a la lectura
y los más pequeños amigos de las narraciones, pues
les viene por herencia desde sus abuelos el estigma
de la mancha de tinta, quiero escribirles estas im-
presiones de viaje, para que se entretengan en los
días de asueto y en las noches de aburrimiento. Se-
rán, quizá, chucherías de viejo; por lo mismo, de-
ben mirarse con sonrisa indulgente. Entre los diez
y siete nietos puede que haya uno que quiera lee-
las y conservarlas con cariño, como yo las escribo
para ellos; si no, allí está el misericordioso Olvido
que todo lo acaricia y envuelve.

Las escribo en el campo, aquí en "El Rancho", la
casita de Elena. Quiero aprovechar la calma y la
tranquilidad, tan propicias a los recuerdos, de que
aquí se disfruta. Que sean ellas el reflejo sincero de
mis sentimientos e impresiones personales, es cri-
tas al correr de la pluma, y por tanto, desaliñada
y basta de esordios.

I

Salimos de Medellín el 9 de abril de 1929. El objeto del viaje fue acompañar a Jorge y a Margarita a Panamá, para que los médicos de la famosa clínica examinaran a aquel, que venía quebrantado de salud. Fue resuelto y arreglado en 8 días, que se emplearon en la consecución de pasaportes y demás. Desde luego se comprende que nuestro ánimo estaba bajo una sugestión poco alegre, pues llevábamos la incertidumbre de los exámenes médicos. Afortunadamente desde Puerto Berrio comenzó a sentirse bien, y en todo el viaje no tuvo ninguna novedad.

Nos tocaron como compañeros cinco familias de aquí de la ciudad, que viajaban a Europa, y otro matrimonio que iba, como nosotros, con rumbo a Panamá. Estan además el Obispo de Santa Rosa, señor Builes, acompañado de seis sacerdotes; también la señorita Ester Mejía, mujer inteligente, de trato ameno y agradable, y Sofía Arango, sobrina preferida de mi marido, las cuales nos amonestaban y animaban para que siguiéramos el viaje a encon-

travamos con ellas en Paris. En Puerto Barrios se nos juntaron, procedentes de Bogota, tres matrimonios más, y un sacerdote, Dr. Muñoz, que viajaban también a Europa.

Nos partimos en dos vapores, porque uno solo no tenía los camarotes suficientes para tantos. Teníamos de compañeros en el nuestro al Sr. Carlos Fajillo y su señora, a los tres matrimonios bogotanos y al Dr. Muñoz.

La travesía fue feliz, salvo una rotura que sufrió el vapor, debido a un palo que lo perforó por el fondo, motivo por el cual llegamos a Bananquilla con un día de retraso; por ende, todos los demás viajeros estaban ya en esa ciudad.

Los cinco o seis días que duró la travesía, por el Magdalena, aparte de lo molesto de los mosquitos, fueron muy amenos. El señor Fajillo es muy simpático y expansivo. Tiene un graciño natural que agrada mucho, y los bogotanos, a quienes los teníamos porera, resultaron unos compañeros espléndidos, por lo buen conversadores y amigos de la charla. El Dr. Muñoz, siendo sacerdote y todo, era el más animado y alegre. Para todo estaba dispuesto.

to. Muy amigo de bromas y de cuentos de color de esperanza. Era el que encontraba quien tocara el piano o cantara, y era el que presidía el baile. Sin la sotana y la "corona" nadie hubiera reconocido al sacerdote.

Los crepúsculos en el río son bellos: el cielo se incendia en todos los colores; las nubes forman a veces como paisajes, y fingen ciudades que se ven allá a lo lejos, con sus torres, sus edificios y sus cúpulas. Estas sí son verdaderas ciudades de ensueño. Yo me encantaba contemplándolas, y sentí pesar, al llegar a Barranguilla, de no volver a admirar los paisajes soñados. El sacerdote se descubría y mostraba lo que era: rezaba con unción el rosario, que nosotros contábamos emocionados.

En un islote de arena vimos unos como troncos de árboles que el río hubiera anastado en su corriente; al acercarse el vapor se vio que eran caimanes que dormían al calor del sol. Algún pasajero les hizo un disparo, y todos se tiraron al agua espantados.

Los paisajes de las orillas, con sus palmeras, sus árboles gigantes, sus

4

grandes arenas y sus pueblitos que se encuentran a cada paso son muy bellos; y, muy pintorescos los ranchos de los pescadores metidos entre las plataneras, con sus redes extendidas al sol y su canoa amarrada a la orilla.

Con el retraso del vapor perdimos la salida del "Horario", que había partido la víspera. Fuimos que aguardarnos una semana, hasta la llegada del "Santa Marta", que llevaba la misma ruta. Claudio y Jorge, pensando en la demora, quisieron hacer el viaje en avión para alcanzar el "Horario" en Santa Marta, pero yo me opuse.

Jorge tenía mucho deseo de visitar las Peñas de Ceniza, para conocer los trabajos que estaba ejecutando la casa Uellen. Por eso el ingeniero consiguió el permiso. Así, una mañana salimos los cuatro de Barranquilla, en compañía de Sofía y de un joven Santodomingo, que por cierto nos llevó en su auto por un camino que lo que menos tiene era ser carretera. Los barranquilleros siempre se han preocupado por el embellecimiento de su ciudad,

y han urbanizado barrios como "El Prado",
 que verdaderamente es un barrio igual en
 belleza al de cualquier ciudad europea; pe-
 ro en cuanto a carreteras y vías de comuni-
 cación, están más atrasados que todos los
 departamentos del interior. Lo mismo el
 ferrocarril y el puerto de mar: son una
 vergüenza para Colombia. Estos son los
 únicos trenes donde se ven faroles de pe-
 tróleo amarrados con cables, para el alum-
 brado de los carros. Razón tienen los
 extranjeros, cuando llegan a nuestra tie-
 rra, en juzgarnos como salvajes. Hoy,
 afortunadamente, esto ha mejorado.

Pero no involucremos. Llegamos, aun-
 que maltrictos por los tumbos del auto, al
 campamento que tenían allí los ingenieros.
 Estos nos recibieron muy atentos. Inmedia-
 tamente uno de ellos se puso a nuestra dis-
 posición para mostrarnos todos los trabajos.
 En verdad que son dignos de conocerse,
 y dignos de todo elogio.

Las cuatro bocas en que el río se par-
 tia para entrar al mar están ya cer-
 das por grandes barreras de piedra, que
 tienen fuertes enrejados de madera; el río

ya corre encajonado en un solo cauce; las dragas limpiaban su seno, para hacer el lecho más profundo; una locomotora con muchos carros engarabados traía la piedra desde muy lejos, y la montaban sobre las grandes murallas que tienen cinco kilómetros de extensión, por la cual se deslizaba sobre rieles hasta el extremo del tajamar adonde derramaba su carga; estas piedras no las pegan sino que ruedan sueltas unas sobre otras y van a formar las altísimas murallas de los rompientes; y las arenas que el río arrastra y la sal del mar las van consolidando y apretando como la más sólida argamasa. Las barreras de la margen izquierda, que construyeron primero, están ya petrificadas y parecen formadas por un solo e inmenso bloque. Al llegar la locomotora al extremo del tajamar, que se interna en el mar varias cuadras, van sacando de los carros los enormes pilotes de madera, que llevan ya su punta aguzada, para irlos clavando. Esta operación es muy curiosa: la ejecuta un enorme martillo de hierro que funciona por medio de la electricidad. Es sus golpes el

7

pilote va perforando el suelo y se va elevando lentamente, echando chispas como si fuera hierro candente, hasta quedar a la misma altura de los otros. Entre cada cuatro pilotes amarran grandes vigas para formar los chiqueros donde vacian la piedra.

Se comprende que para estas maniobras tan lentas y ejecutadas con tanta precision, se necesita mucho tiempo y dinero.

Nosotros todo lo pudimos observar, porque nos llevaron en un barquito de gasolina hasta el mar. Las aguas no se mezclan inmediatamente; el cordón amarillo de nuestro gran rio conserva su color hasta muchas cuadras, o quizá kilómetros mar adentro.

Regresamos muy complacidos de esta excursion, y nos despedimos despues de darles las gracias y las felicitaciones a los ingenieros, que tan costosamente atendiéron.

Jabio, Eduardo y Jaime, que tienen sus pibetas de ingenieros, hubieran gozado mucho en esta interesante visita.

El Viejo y yo preferimos ir a Puerto Colombia a esperar la llegada del barco, por ser más fresco, y aprovechar para darnos baños de mar.

Nos aprovisionamos de buenos libros, y allí, en un buen hotelito, teniendo el mar al frente,

y entretenidos con la salida y entrada de los buques, pasamos muy tranquilos y contentos. Jorge y Margarita prefirieron quedarse en Paranaguilla donde tenían muchos amigos.

En estos días que estuvimos allí fueron dos veces con Sofía a visitarnos, para bañarse en el mar con nosotros y tomar vistas del par de viejos, en el característico traje de los banistas, para mandarlos aquí a los hijos. Y cómo quedamos de lindos!... El Viejo con su "patá gurbia" y la Vieja mostrando las canillas. Cosa que la tal Sofía hizo adrede, por vengarse de mí y reírse de nosotros, la muy triscona.

El quinto día de nuestra permanencia allí partieron los viajeros para Europa en el "Ferberin de Latouche". Fuimos al muelle a despedirlos. Ester y Sofía nos instaron nuevamente para que fuéramos al Viejo e incluso a juntarnos con ellas. Les prometimos que iríamos si era posible. Nos estuvimos en el extremo del muelle, viendo alejarse el buque, hasta que se perdió por entre la bruma.

El regreso al hotel lo hicimos a pie, para comprobar la extensión del muelle; y en verdad que llegamos bien cansados; pues la vista engaña, y no se calcula la distancia.

9

Embarcámos al fin con rumbo a Panamá, haciendo escala en Cartagena, donde nos demoramos un día. Yo no pude gozar de las comodidades del barco ni de la buena comida, porque el mar me acometió desde el primer momento. Sólo cuando el barco llegó a la bahía y disminuyó el movimiento pude levantar la cabeza para contemplar los castillos de San Fernando y Boeacacha, que están a la entrada de esta.

El Viejo y los hijos, así como el matrimonio Fuijillo, no disfrutaron de la dicha del mar y sí de la buena mesa y de las comodidades del barco. Esto de mi mareo les sirvió de diversión; pues debido a la abundante propina que se le dió al camarero, un joven como de veinte años muy bien parecido, se dedicó a cuidarme: me sacaba del camarote y me llevaba al puente casi abrazada, me sentaba en la silla, me quitaba los zapatos y me envolvía los pies en la mantá; allí mismo me servía la comida y me llevaba los libros. Estaba, pues muy festejada; por lo cual me hacían burla, y decían que yo estaba encantada con mi muetracho. ^{oy} hasta razón tendrían!

El día que nos demoramos en Cartagena lo aprovechamos para conocer la ciudad. Fuimos primero a la Catedral y luego a la Casa de la Inquisición, que está muy arruinada, y allí en un salón curioseamos un museo que tenía un particular y que era de su propiedad. Tenía cosas interesantes. Entre ellas una carta autógrafa del Libertador, y una estrella que nos enseñó como perteneciente también a él, de oro y de diamantes, y que llevaba siempre en el pecho. No supimos hasta donde esto fuera verdad. También tenía algunas antiguallas del tiempo de la Colonia, bastante curiosas. Nos hizo poner la firma en un libro de autógrafos que tenía allí; muy encantado cuando le admirábamos sus cosas, pues se veía que era un fanático por las antigüedades. Y no sabía él que firmas tan interesantes le estampáramos.

Subimos a La Popa, antiguo convento de los españoles, hoy en ruinas. Solamente la capilla está restaurada y consagrada a la Virgen de la Candelaria, por lo cual celebran el 2 de Febrero con mucha pompa, para lo cual han hecho una carretera hasta allí. El vigia tiene su vivienda cerca al convento y con su anteojo escruta el mar,

para dar aviso, por teléfono, de la salida o llegada de los buques. Tiene este, como una vista hermosísima: abarca toda la ciudad, el puerto y la bahía, y una inmensa extensión de mar donde la vista se pierde.

Subimos también hasta las torres del castillo de San Felipe, antes abandonado y metido entre los pastojos. Hoy está limpio y reparado, y descubiertas sus galerías, tan curiosas, que con las murallas y los otros castillos le dan a la ciudad un verdadero sello histórico. Es de lo único de que podemos vanagloriarnos aquí en Colombia, en ese sentido.

Visitamos también El Cabrero, que fue la residencia del presidente Núñez, tan conocido como político y poeta, y tan llevado y traído. El paseo a la orilla del mar, donde está el Club Miramar, con el barrio moderno de Manga, es lo mejor de la ciudad; pero no puede compararse en mérito a la parte antigua.

II

El mismo día por la tarde dejamos las costas de Colombia y el barco tomó rumbo hacia Cristóbal. Esta travesía es monótona. Cuando se está en alta mar se siente admiración con mezcla de tristeza; será porque se medita en en la frecuencia de la nave y en la profundidad del mar y del cielo. Al fin, en la noche del segundo día, las luces del faro nos indicaron la proximidad de la costa. Colón es hoy una una ciudad, aunque no muy grande, semejante a los puertos de mar de todos los países: mucho movimiento, mucho comercio, y enormes bodegas, pero no tiene nada característico que la distinga. Tiene sí la estatua del Almirante descubridor, que se levanta frente al mar.

Fuimos a conocer la antigua brecha que principiaron a abrir los franceses cuando pretendieron romper el Canal, y que culminó con el escándalo mundial que ha hecho época.

A las nueve de la mañana tomamos el tren para seguir a Panamá. Es muy curioso este trayecto. La vía férrea se desarrolla en su mayor parte a orillas del famoso Canal; pasa

por el lago de Gatun, por frente a Pedro Miguel, la segunda de las esclusas, y se aparta un poco de él para llegar a la ciudad.

Nos hospedamos en el hotel Colombia, frente a la iglesia del Sagrado Corazón, y al monumento al Libertador, que se levanta en el centro de la pequeña plaza. En Panamá encontramos un pariente cercano de Claudio, señor Carlos Jaramillo, antioqueño, que yo había conocido desde mi primer viaje, que se había establecido allí desde años atrás y vivía allí con su familia. Su señora, Sarita Segovia, de padres ecuatorianos, es una mujer muy cultivada, de clara inteligencia, y por demás bondadosa; sus niñas, Sarita, Carlota e Ivés, son muy educadas y simpáticas; lo mismo que sus dos hijos Rubén y Arturo. Esta familia se dedicó a nosotros, para acompañarnos y colmarnos de atenciones, que nunca olvidaremos. Fueron ellos nuestros compañeros en las excursiones, y durante la enfermedad y convalecencia de Jorge.

En los ocho primeros días que precedieron a la entrada de éste al hospital, nos dimos a la tarea de conocer la ciudad y sus alrededores, que son muy pintorescos. Lo mejor de ella no es la parte perteneciente

a los americanos, que no tiene nada de notable, excepto el edificio de la dirección del Canal, que es magestuoso e imponente. Tiene pintado, al óleo en la torre o rotonda varios paisajes o vistas del Canal. Allí tremola la bandera de las estrellas, que es izada en la mañana y arriada en la tarde con mucha ceremonia militar. También son interesantes las dos islas de Amador y Poico, convertidas en fortalezas; están unidas a la ciudad por una larga calzada artificial y perforadas por dentro por bocas a lado y lado, por donde asoman los cañones. Los americanos están atincherados y armados hasta los dientes, para defender su Canal. Quizá, no teniendo muy limpia la conciencia ver enemigos por todas partes. Es largo el interrogatorio que les hacen a los viajeros que solicitan pasaporte para ir a su país, cualquiera que sea su sexo o condición: a qué se va allá; cual es el objeto del viaje; cuánto tiempo se va a permanecer; cuánto dinero se tiene; si se le tiene amor al país; si no se ha pensado nunca en hacerle la guerra. A todo este largo y ridiculo interrogatorio, por demas innecesario, me provocó contentos tardes: "No los tengo cariño, por agallidos;

ojalá pudiera hacerles la guerra, y quitarles lo que el tal Roosevelt se "cogió" tan arbitrariamente." Que miedo les hubiera dado de esta vieja fanfarrona!

La parte vieja de la ciudad, la perteneciente a los panameños, con sus murallas, sus iglesias a estilo español y sus estrechas calles, si es muy interesante y bonita. Lo que existe de las antiguas murallas, que tenían sus torres para los vigías y sus bobedas que eran prisiones de los españoles, es hoy una galería descubierta, hacia la ciudad; tiene arriba una amplia terraza donde la gente se pasea y toca a veces la banda municipal. En esta galería está escrita en grandes planchas toda la historia de la apertura del Canal, desde los tiempos de Felipe II, des de Bolívar; y en los tiempos modernos, desde su iniciación hasta la culminación de la obra por los americanos.

De lo más bello y sugestivo son las ruinas de la antigua Panamá, tantas veces asaltada y saqueada por los piratas, por lo cual tuvieron que abandonarla y trasladarla al lugar donde hoy se encuentra. Estas ruinas están distantes más o menos dos leguas

de la ciudad, pero se va a ellas por una calle
 lora asfaltada, que mantienen muy bien arre-
 glada, y hay al fin un restaurante bien asis-
 tido. Las ruinas están casi abrogadas por el
 rastrojo y la maleza; tanto, que sobre los
 muros de lo que fue la Catedral, se levantan
 árboles grandísimos que tienen sus rai-
 ces aseguradas en los propios muros; esto las
 hace más interesantes y poéticas. Hay ves-
 tigos de conventos y de otros edificios, algu-
 nos bastante conservados, los que yo quise
 observar de cerca; pero el miedo a las eu-
 libras y a los lagartos, que son los habitan-
 tes de ellas, me lo impidieron. Claudio y
 Margarita, examinando un largo contrapuer-
 te, con sus escalas que bajan hasta el mar
 y que se prolongan en gran extensión, que
 debía ser el lugar donde atracaban los
 buques, vieron una tinterera. Este animal
 es la hembra del tiburón; es muy feroz y te-
 mido de los bañistas, pues de una dentella-
 da le arrancó un brazo a un muchacho que
 se bañaba allí.

Una tarde regresábamos de las spelu-
 sas de Miraflores, que habíamos ido a co-
 nocer, lo mismo que los filtras, allí cuevanos,

que son muy curiosas. Varias compañías de soldados del ejército americano, del que tienen allí acantonado para la defensa del Canal, estaban desplegadas en guerrillas por los llanos, y atrincheradas otras en unas cuevas, haciendo fuego a los aviones que evolucionaban persiguiéndolos y arrojando bombas. Era el simulacro de un combate. Ustedes, mis hijos, hubieran gozado mucho viendo aquello. Los aviones, luego de planear sobre el campo en distintas direcciones, aterrizaraban en la plataforma de un baret constituido para el caso y con capacidad para doce aviones. Es muy bonito ver la suavidad y precisión con que van bajando a tomar su puesto sobre la plataforma, o cuando maniobran para elevarse. También conocimos, anclado allí, un submarino. Este tiene la forma de un gran pescado con el cono muy plano. Los marineros habían improvisado mesas largas sobre el mismo espinazo del animal, y estaban comiendo. Desde la orilla nos estuvimos observándolos. Estaban muy alegres y regocijados y comían con apetito. Luego de terminar desarmaron las mesas, y junto con los asientos, las fueron entrando por una abertura

que había en el suelo. En seguida cerraron la salida con una fuerte plancha, y el submarino comenzó a hundirse lentamente hasta que el mar se lo tragó. Esto igual al "Nautilus" de Julio Verne, que se adelantó a imaginar estos buques anfíbios.

Jorge se hospitalizó en el Panamá y Margarita con él, para ser operado, lo que afortunadamente resultó muy bien, y pronto estuvo convaleciente. Claudino y yo, para estar cerca de ellos, tomamos un apartamento en un hotel contiguo a la casa de los Jaramillos, que queda a dos pasos del hospital. Allí pasamos como en familia; del hotel nos traían la comida a la misma casa de Carlos por exigencia de éste, que quería tenernos siempre al lado, por encontrarse bastante enfermo. Yo había hecho otro viaje cuatro años antes, en compañía de Sara y de Estrella, y estaba por esto en conocimiento de todo lo de la ciudad, y aun había contraído algunas relaciones entre las amistades de nuestros parientes, que las tienen con lo primero de la ciudad, donde son muy estimados por haber desempeñado Carlos puestos elevados en el Gobierno.

Cuando Jorge ya estuvo convaleciente yo

me quedaba acompañándolo, y Margarita y el Viejo se dieron a recover el comercio, para comprar y conocerlo; tenían que conseguir los encargos y los regalos que habíamos de traerles a nuestros hijos y nietos.

Jorge y Margarita nos animaban para que no regresáramos con ellos sino que nos fuéramos a Estados Unidos, para aprovechar, ya que estábamos en vía. Nosotros también lo deseábamos, no necesitábamos pues de muchas instancias. Esto del viaje se le consultó a Rafael, quien contestó por radio que le parecía muy bien, y que nos depositaría en Nueva York en dinero para la conería. Claudio y Margarita se pusieron en consecuencia de los pasajes, y hasta pasaron por marido y mujer ante los agentes de la compañía de navegaciones fluviales. Margarita goraba con esto recordando la cara de curiosidad y de burla con que la miraban, como diciéndole que la muchacha se había casado con el viejo por el interés de la plata, y "que no sabían el mandito tan bello que ella tenía, y que no era negro ni odioso".

III

Después ya la suerte nos embarcamos el 16 de Mayo. Fuimos a dormir a bordo, pues el barco levaba anclas al amanecer. Era un gran barco norteamericano que venia de Chile en viaje de regreso. Margaritá y los Jaramillos fueron a despedirnos. Cuando habíamos de pensar que era la última vez que veíamos al primo Carlos, tan querido y estimado. Murio antes de un año, en la época de nuestro regreso a Medellín.

Al travesábamos el Canal. Muy lento y curioso es este paso. Allí se da una cuenta de lo que son las esclusas. La primera fue la de Miraflores. Al llegar el barco se abren con lentitud las compuertas que dan paso a las esclusas; son éstas unos enormes tanques con muros altísimos como los de una catedral. Los barcos son atados con cables, de los cuatro extremos, a cuatro locomotoras que van andando despacio sobre los muros, cabestrecándolos sin que se tuerzan ni se rocen, hasta la otra esclusa; y luego se abre la última compuerta para darle salida al barco. Los ingenieros y los que en-

tienden de estos asuntos deben admirar mucho
 este complicado mecanismo, tan perfecto, así
 como la magnitud de esta obra, que parece de
 gigantes. El barco sigue la navegación por el
 Canal libre. Se admiran los cortes tan difi-
 ciles que tuvieron que ejecutar, y el dragado
 tan costoso para darle cauce a las aguas.
 El Capitán de Culebras es uno de los más im-
 portantes, por ser de los más altos. Hace
 mucho calor. A lado y lado del Canal
 están distanciadas las boyas que alumbran
 por la noche los compartimientos que median
 entre las esclusas. Estas están alumbradas por
 postes altísimos, rematados en grandes farolas
 que se ven desde muy lejos. Las esclusas de Pe-
 dro Miguel, que son las centrales, son igua-
 les en un todo a las de Miraflores y a las
 de Gatón, pero hay al rededor muchas vision-
 das de ingenieros del Canal, con bellos jar-
 dines. Diferase una pequeña población. Los
 americanos saben rodearse de todas las como-
 didades, tanto en la vida privada, como en
 lo referente a los deportes. Allí tienen sus
 campos para toda clase de juegos; lo mismo que sa-
 lones de cine y restaurantes. Son grandes tra-
 bajadores, pero por también grandes deportistas.

22

En la torre central de las esclusas hay a todo lo largo del salón una mesa donde está representado en miniatura todo el Canal, con sus esclusas, sus compuertas y sus torres de vidrio, como especie de termómetro, por donde sube una columna de agua graduada, para saber la altura de ellas. Esto, siendo así, es el eje que mueve todos los mecanismos del Canal. Cuando a lo lejos se ve un barco que se acerca, mueven un botón eléctrico y con solo esto se van abriendo las grandes compuertas del verdadero Canal, para darle entrada, y luego las esclusas y en seguida las compuertas de salida. Esto lo habíamos visto en la excursión que habíamos hecho anteriormente. El ingeniero electricista por galantería, hace que las señoras aprietan los botones de gobierno. También llevan en ese salón un cuadro estadístico de los barcos que pasan las esclusas mensualmente y lo que pagan por tonelaje. Son verdaderamente fabulosas estas cantidades. Lo cual me causó pena, al pensar que aquellas riquezas las hubiera perdido Colombia.

Por último pasamos las esclusas de Ga-

tiun, que quedan cerca a Cristóbal, y entramos al Atlántico.

El mareo fue mi fiel compañero en esta travesía. El mar es "grosso", como dicen, en las costas de Méjico. Dos días hacía que no me levantaba ni tomaba alimento; únicamente té, café y zumo de naranja; estaba debilitada y nerviosa. Una tarde me puse a orar así acostada, e invocaba el alma del Padre Angel María Gómez, cura que fue de Santo-Domingo, mi pueblo natal. Yo lo considero santo por sus virtudes, pues era verdaderamente apostol de bondad y caridad. Le pedí que nos ayudara a salir bien; que no fuéramos a perecer en el mar por algun accidente. De repente oigo como su voz, que me dice: "¿Quien te manda ser tan novelera!" Y luego su risa. El terror me acometió; me tiré del catre, me puse un vestido, que estaba colgado de la percha; me puse los zapatos, me envolví en un chal, y prendida de las paredes, cayéndome aquí y levantándome allá salí hasta cubierta, donde estaba Claudino. Él al verme se sorprendió. Yo le dije que por qué me había dejado sola tanto rato, que me estaba muriendo allá abajo;

luego le conté lo que me había pasado, de lo cual él se rió, y me dio la explicación lógica, que yo acepté. Era que estaba traspuesta, y como me hallaba debilitada por el mareo y la mala alimentación, y excitada por el abuso del té y del café, había tenido una alucinación. Así debió ser, en efecto; pero la alucinación fue tan perfecta: oí la voz y las palabras tan suyas; pues él era muy chancero con sus amigos y personas de confianza, y tenía una risa burlesca que le oí perfectamente. Esto me sirvió para mejorar me un poco, pues ya no quedaba sola en la cabina, de miedo, sino que me subía al puente, y allí el aire libre me fue favorable. De manera que cuando nos acercamos a las costas de Cuba ya estaba buena.

Hegamos a la Habana en un anochecer. Las luces de la ciudad se ven desde muy lejos. En esa semana habían inaugurado el Capitolio, recientemente terminado. Por ese motivo la ciudad estaba de fiesta, y las iluminaciones se habían aumentado. El bello edificio se ve desde su base; parecía de porcelana o de cristal. Se nos volvió larga la noche. A las seis de la mañana todos los pasajeros estábamos sobre cubierta admirando el

panorama. Me había a bordo un extranjero que tomaba una película, y estaba entusiasmado. Tenía al frente el hermoso paisaje de la bahía, la ciudad con sus edificios, sus calles y sus cúpulas, que se recortan en el horizonte; las antiguas murallas del ellero con sus tonos pintorescos; los barcos anclados en el puerto y los que salían; las velas de las pequeñas embarcaciones y las lanchas pesqueras; todo esto le parecía verdaderamente un motivo interesante y adecuado para su película.

Al desembarcar tomamos una "máquina", como dicen allá, para recorrer la ciudad y sus alrededores. Es muy digna de conocerse. La avenida o paseo que queda frente al mar, llamada Marianas, es bellísima; el monumento a las víctimas de la guerra, es muy imponente. El barrio moderno Miguel de Leispedes es muy hermoso, con sus jardines a modo de parques y sus preciosas flores, que me recordaron las nuestras: noveis, dalias, margaritas, etc., pero de gran tamaño y de muy variados colores.

Las casas son, en lo general, de estilo moderno, y separadas unas de otras por jardines, lo que le da un aspecto muy bello a la ciudad, pues está verdaderamente metida entre jardines

y palmeras. Tiene varios edificios muy notables: el Hotel Washington, el Teatro Jacón, hoy Teatro Nacional, el Centro Gallego, y otros varios; pero lo mejor es el Cementerio: abundan los mármoles, y los muertos, sin hipérbolo, están enterrados entre flores.

Fuimos también a un pueblo cercano de muy feo nombre: Juana Bacva. Es de mucho interés, pues allí existen las antiguas murallas, con sus torres, construidas por los españoles, para defenderse de los ataques de los filibusteros. Aunque las habíamos visto desde el mar, queríamos examinarlas de cerca.

La antigua Catedral de la Habana, donde nos fijamos, es muy curiosa por sus pinturas y su arquitectura. Le vimos también allí cerca una especie de tiasko, donde dicen que desembarcó Colón por primera vez.

Nos invitaron como turistas, por medio de tarjetas, para visitar una fábrica de cerveza, que reparten gratis. Es en los alrededores de la ciudad, que dicho sea de paso, son paradisiacos. El sitio de la fábrica es muy ameno y pintoresco. Al llegar a la portada hay un empleado que exige las tarjetas de presentación. El auto va caminando por

un sendero rústico donde crecen árboles frondosos y mucha variedad de helechos; por entre ellos se despeña un torrente escondido entre el follaje. Al bajar un poco el camino que va en pendiente por entre los rústicos jardines, se llega a un kiosko, rústico también, que imita un gran tonel y que tiene al rededor asientos para los invitados. En este gran tonel está el depósito de cerveza, rodeado de espitas, por donde la sacan a ofrecera a los turistas.

Varios empleados se ocupan en la operación de llenar los jarros de vidrio, que manejan con mucha habilidad; cada uno de ellos llena seis jarros a la vez, sin cesar, pues los catadores se van renovando sin interrupción. La cerveza es en verdad, agradable, y cada obsequiado puede tomarse los vasos que desee. Cerca, en una especie de plazaleta, donde hay varias mesitas y asientos, hay dos mujeres que se ocupan en retratar a los turistas, en una máquina instantánea que desarrolla la fotografía en tres minutos. Cobran por ella una bagatela, pero creo que allí es donde se paga la compañía el gasto de la cerveza. Nos hicimos retratar el Viejo y yo, y muy competentes que quedamos con los vestidos primaverales. Las vistas se las en-

viamos a Uds. desde Nueva York. En este lugar nos encontramos con casi todos los compañeros del vapor, y juntos regresamos a aquí a las siete de la noche. Nos instalamos en el puente para descansar y cambiar impresiones.

IV

Al amanecer emprendimos rumbo hacia Estados Unidos. Desde Panamá hicimos conocimiento con la señora Rufaela Duque de Ramirez, que iba para Washington a pasar las vacaciones con sus hijos, que estudiaban en una Universidad. Ella fue una compañera agradable; amable y expansiva, tiene una conversación amena y pintoresca. Habla inglés, toca piano, y canta con muy buena voz de contralto. Iban allí viajeros de Chile, Argentina y Perú, gentes ricas que iban a pasar el verano en Nueva York. Había entre ellos un matrimonio chileno, el señor don Manuel Bustamante del Campo con su señora y una cuñada joven, por cierto fea y "punchada". El señor nos tomó mucho apego. Era muy cansón y aburridor el pobre. No hablaba sino de agricultura, del salitre de Chile y de los fundos tan valiosos que él tenía allí. Quería que Lino le explicara punto por punto el cultivo del café. Aquellas eran las sesiones más largas y aburridoras, pues nadie lo sacaba de este tema. Encantado con unos cafetós raquíticos que conocí en la Habana

en una finca de los alrededores, y que llevan a los turistas a verlos como cosa curiosa. Nosotros nos reíamos cuando él ponderaba la belleza de aquellos, y le decíamos que los cafetos de Colombia eran verdaderos ámbales, y él se encantaba. Al siguiente día venía más temprano a la tertulia, que se desbarataba casi siempre con su llegada.

Venían de Valparaíso dos jóvenes muy "high" que ingresaban algunas veces en nuestra tertulia, así como un matrimonio americano que residía hacía cuarenta años en la Argentina; varias otras personas y otro matrimonio cubano; él hablaba castellano puro, y la señora se hacía pasar por inglesa, dando a entender que no sabía otro idioma. A mí me llamaba la atención el modo de hablar el español todas esas gentes, siendo distinguidas. Tienen ^{los giros} más anevados y arbitrarios, y más modismos que nosotros; el acento es destemplado, enteramente como los guameños y los campesinos de algunas de nuestras montañas; hablan con una lentitud desesperante, especialmente los chilenos, y cree uno que no van a terminar la frase. Yo recordaba a Julia y a Fanny, que me hacen tanta "tracera" por mi modo de ha-

blar tan desprecioso; pues sepan, mis queridos, que yo soy un ferrocarril comparada con el modo de trabajar de esos civilizados. La señora americana, hablando de cómo ellos habían aprendido el español y lo consideraban ya como su idioma nativo, decía que la señora Srango era la que hablaba el español "con más propiedad y dulzura." Lo que viene a comprobar aquello de que "en casa de ciegos el tuerto es rey".

Todos estos viajeros pasaban el tiempo en juegos y deportes, y en bañarse juntos en un gran tanque que el barco tiene en un extremo de la cubierta. Uno de los bañistas más asiduos era el señor cubano, y siempre que Claudio y yo nos acercábamos a mirarlos jugar en el baño, nos invitaba, pareciéndoles muy raro que nosotros no tomáramos parte; pues allí jóvenes y viejos se bañaban en compañía de las jóvenes y señoras de edad. Por la noche los viejos eran los primeros que emprendían el baile. Yo me divertía viendo las viejas, tan pintadas y engandujadas, creyéndose unas silfides lozanas y en perpetua juventud, mostrando por sus exagerados escotes aquellas carnes magras ya jamonadas.

En una mañana muy fría, siete días después de nuestra salida de Panamá tuvimos al frente a la gran Metrópoli del dólar. La bruma no dejaba ver sino muy vagamente el panorama. La estatua de la Libertad surgía como un fantasma blanco.

Todos los viajeros nos emperejilamos para prepararnos al gran desembarco. Allí hubieran podido Uds. ver a los Viejos luciendo el asiento del baúl.

Al bajar la escalera del barco iba delante de nosotros el matrimonio cubano, y vi que ella, volviendo la cabeza, le dijo airada; "Tampoco mi' an enjuje". Por lo que colegí que la inglesa hablaba un castellano bastante chabacano.

Salieron a encontrarnos al muelle unos parientes: Eduardo Piker y su hija Aura, recomendados por la prima Julia Moreno, que desde Panamá nos había ofrecido salir a encontrarnos para conducirnos al Hotel Embassy, donde Eduardo estaba empleado. Verdaderamente fuimos muy bien instalados. El hotel está situado entre Broadway y la calle 70, en la parte más céntrica de la

ciudad. En el octavo piso del edificio estaba el apartamento, con cinco ventanas; tres sobre la avenida y dos por la calle; la vista hermosa, y además tenía muy buena ventilación. Se componía de una pieza muy amplia y amoblada con lujo, con sus catres y varias sillas; tocador de gran lujo; escritorio; cuarto de baño con todos sus accesorios; bañan, y un "closet" para guardar ropas.

Esa tarde de nuestra llegada tuvimos el gusto de saludar a Próspero, que estudiaba allí y que se sorprendió con nuestro encuentro inesperado. Uds. saben que este sabino ha sido muy querido de nosotros, que lo hemos considerado como hijo, por ser desde niño el compañero de Eduardo. Así, fue grande nuestra alegría al abrazarlo. El y la familia Piker fueron nuestros compañeros constantes y nuestros intérpretes, pues todos ellos hablan inglés. Así que nuestras salidas eran siempre acompañados de unos u otros.

Nueva York no me sorprendió: fue como si ya lo hubiera conocido. Los "rascacielos" y sus enormes edificios ya Uds. los han visto en el cine. La ciudad me pareció monótona y aburridora. La misma altura de los

edificios es aplastante; tampoco hay mucho artístico que ver y admirar, salvo la ya mentada estatua de la Libertad y elobelisco del Parque Central, regalados por los franceses.

Los museos tienen cosas interesantes, pero son importadas de otros países. El movimiento es enorme: parece un hormiguero; el comercio no hay palabras para describirlo, especialmente los almacenes de la Quinta Avenida; sus vitrinas son anegadas con mucho gusto. El Parque Central y lo que llaman River Side son bonitos y prácticos; es lo único, en de que se ve en la gran colmena.

Las mujeres me llamaron la atención por lo hermosas. Son quizá las más bonitas que he conocido; más que las francesas y que las italianas.

Muy buena organización para el tránsito y para todos los servicios públicos. En esto si van los yanquis a la cabeza y adelante de todas las naciones y países europeos.

Los alrededores de la ciudad son muy poéticos; hay varios pueblecitos, fuera de la isla que forman como barrios, casi todos de casitas pequeñas como juguetes de Navidad,

parecidas a las con que Uds. adornan el Pesetre.
A mí me gustaría más vivir en una de estas ca-
sitás o pedacetes que en el mismo Nueva York.

Un domingo fuimos con Próspero y Eduardo
Piker al Bronx. Este es el jardín zoológico le-
jos de la ciudad. Es un campo tan extenso, que
ha habido quien se pierda en él. El terreno es
plano, a la villa del tren, y luego va empinan-
dose y comienza el bosque, que se espesando a
medida que se asciende; hay varias quebradas
que forman remollos caprichosas, con puentes rús-
ticos y senderos y caminos estrechos, llenos de
heliconios y enredaderas, de lo más pintoresco, en
las partes rocosas están las cuevas donde tienen
los animales muy bien acondicionados. Viven allí
desde "Fio Figue", "Fio León" y "Fia Pantera", has-
ta "Fio Conejo" y "Ratoncito Perez" y "Cucarachi-
ta Martínez". Todas las cuevas están cerradas por
rejillas de hierro, de manera que las curiosas pue-
den ver y examinar sin ningún peligro. Las ca-
bras, las vacas y las "bestias", los corderos, etc., están
en la parte plana, en sus mangas. Los micos son
muy visitados, desde el chimpancé hasta los tisti-
ses. Les lloran frutas y confites para verlos tra-
cer monerías, aunque esto está prohibido. Como
se encantarian Uds. mis chiquitines, con ellos;

no se desprendían de la reja. Los monos, sin duda por parecerse a nosotros, son los animales que más llaman la atención; las rejas no se varían, y hay que aguardar turno. Estábamos mirando una cueva de tigres enormes, cuando oigo, de repente, hablar español. Comprendí por el acento que no eran "paisas" sino bogotanos; pero en fin, gente de nuestra tierra. Al momento me les acerqué y entablé parlague con ellas. Eran, como supe, dos señoras bogotanas que vivían en Nueva York desde hacía algún tiempo. Tanto ellas como yo nos reconocimos con alegría, pues se pinta nostalgia del idioma cuando uno no oye sino el bendito inglés a todas horas. Al subir un poco la cuesta hay una explanada donde está el estuario. Está sí que es interesante y hasta miedoso. Hay unas rocas con mucha agua, donde están los cocodrilos o caimanes del Nilo y del Magdalena, según para el leñero. Nos hay enormes, como el que trajeron aquí para una exposición. También había dos focas muy grandes; tienen la piel lustrosa como de ratón, sin patas, sino unos rocos de lo más fastidiosos; el hocico es parecido al del perro, y ladran como él. Hay una bulla que repercute por todo el edificio. Viene luego las vitrinas donde tienen las cule-

bras y los peces. Las culebras son de muchas clases: desde el boa constrictor hasta la patoquilla, sin faltan, por supuesto, la mapana, la cobra, la víbora, y todas las especies de colmillo más venenosas. Al acercarse uno se siente fastidio parecido al miedo cuando se mueven esos animales, que se enroscan y levantan la cabeza si uno los mira; hay también culebras inofensivas, y muchísimas de agua, que mantienen nadando en ella. Las vitinas son tan bien acondicionadas, que todas tienen tubos para vaciarles el agua y limpiarlas, y para introducir el aire que necesitan los animales; lo mismo para extraerles la comida, de manera que los empleados no tengan peligro.

Las piscinas son bellas; hay peces de gran tamaño y una variedad muy grande de peces de todos los colores, como los pájaros. Los hay chumungos como las sardinitas que Uds. encuentran en los charcos.

No pasamos del Acuario, porque estábamos cansados; así, no vimos las aves ni otros animales. Regresamos de noche a la ciudad.

Long Island es otro lugar que visitan los turistas. Es también lejos de Nueva York. Allí fuimos en auto, pasando un túnel que hay

en el mar. Este es el lugar donde hay juegos de montañas rusas, ruedas elevadas que voltean a gran altura, &c. Todas esas cosas propias para niños, y muy en boga allí entre la gente mayor, pues los yanquis no son sino niños grandes que gozan con estas cosas.

Los monstruos humanos que existen no se los describo, porque no son para descritos ni para vistos. No me explico como la gente puede gozar con ver estos infelices seres que por necesidad explotan sus defectos, y más que curiosidad inspiran compasión. Un mono sabio si me llamó mucho la atención. Estaba vestido de cachaco: flux gris, sombrero coco, corbata y zapatos. Se sentaba a la mesa y comía con todo y cubierto, y sabía trinchar perfectamente, y hasta mejor que muchos niños que yo conozco. Terminada la comida se sentaba a mecerse en una sillita pequeña, encendía cigarrillo y fumaba tomando el café. A lo mejor se le olvidaba que era "cachaco" y se tiraba al suelo a revolcarse, a gruñir y a almar las patas. La muchacha que lo manejaba, y a quien obedecía siempre, sacaba un látigo y lo castigaba. Entonces se ponía de pie y saludaba. La domadora le preguntaba

que por donde lo habían castigado, y él mostraba las prosaderas y se las golpeaba con la mano.

Claudio, después que llegamos se sintió enfermo, por lo cual hubo que consultar al médico; pero la cosa no llegó a mayores. Nos fuimos, pues, a reconer la ciudad, para ir luego a Washigton, a Filadelfia y a conocer el gran Niágara. Pero Sofia nos escribia de París afanándonos. Nos decia que nos aguardaba pronto para irse a viajar con nosotros; que sus compañeros Pedro Jaramillo y Barbarita Pelaez habian demorado su salida de Paris por aguardarnos; y que ya la estación estaba muy adelantada, que era el verano. Recibimos, también, varias cartas de los hijos, en que nos animaban para que fuéramos a Europa, y entre ellas, una de Tomás, muy larga y sustanciosa, como las que él sabe escribir. En ella nos hablaba también del viaje, contándonos lo bien que estaba de salud y lo atendido por Elena y demás de la casa. Que aunque no podia moverse, se ocupaba en leer y escribir, y que con esto entretenia el tiempo. Que me fuera tranquila. Nos hacia un itinerario del viaje; de las cosas notables y curiosas que debiamos conocer en el Viejo mundo. Esta carta, que aún conservo, será quizá la última

que él me escribiera por su propio puño y letra; lo mismo que otra que le escribió a Sofía, sin firma, y que ella mucho celebró.

Con estas instancias, y cumpliendo nuestro deseo, resolvimos el viaje a Europa, y dejar el regreso, que pensábamos hacer por Estados Unidos, acompañados de Sofía, para conocer lo que nos faltaba. Tomamos pasaje en el barco "Paris", de una compañía francesa, y al ir al muelle el día que habían fijado para la partida, resultó que por una mala información de uno de los agentes el barco había partido la noche anterior. Volvimos mohinos a la ciudad. Claudino y Eduardo Piker se fueron inmediatamente a la oficina de la Compañía, para hacer el reclamo. El director se abrió mucho luego que leyó lo que decía el pasaje, y era que el barco partía en la tarde dicha. Le pidió excusas a Claudino y le ofreció pasaje en otro vapor de la misma Compañía, que salía ocho días después, dándole camarote de lujo y haciéndole los gastos de hotel durante los ocho días. Con eso nos quedamos muy satisfechos. Eduardo se admiraba de que hubiera ocurrido este error, siendo una Compañía tan seria, y decía que sin duda era la primera

que aquello sucedía. Yo decía que había sido milagro de la Virgen, pues le había pedido que si algo nos había de pasar en el viaje, lo impidiera. Y tanto fue así, que días después supimos que el "Paris" se había incendiado llegando al Havre, y que toda la carga y los equipajes se habían perdido. Los acontecimientos posteriores vinieron también a probar la intervención de Nuestra Señora en esta ocasión.

Pensamos, desde luego en aprovechar la semana de demora para hacer algunos paseos. Así, esa misma tarde proyectamos ir al día siguiente a conocer de cerca la estatua de La Libertad. Para esta excursión se nos ofreció como compañera e intérprete la amiga Susana Piker de Betancourt, esposa del poeta Dimitri Ivanovitch. Salimos temprano del hotel hacia el puerto temiendo no alcanzar el barco; pero como se demoraba la salida algunas horas resolvimos aguardar en un restaurante y almorzar allí mismo. Al fin partió el barco.

Como se sabe, la colosal estatua de La Libertad iluminando el mundo, según la idea del artista que la ejecutó, fue obsequiada por Francia a la ciudad de Nueva York,

y está situada en una isleta en la boca mis-
 ma del Puerto. Por la pequenez de la isla don-
 de está emplazada, parece que surge del mar.
 Me pareció por esto más hermosa y fantásti-
 ca. La colosal figura hay que verla de lejos
 para apreciarla en todos sus detalles. Nosotras
 la vimos de frente, de costado y por detrás. Al-
 acercarse a ella se pierden los contornos de la
 figura. Cuando el barco atracó, ya no vi si-
 no una torre altísima a la cual no se le deter-
 minaba el remate.

La pequeña isla no tiene más edificio que
 uno muy bajo que sirve de vivienda al ad-
 ministrador o conserje. Allí hay un restau-
 rante para turistas, que, a la vez es oficina don-
 de venden los tickets para la entrada y la
 ascensión al monumento. El administrador
 nos insinuó la idea de tomar antes una vis-
 ta de nuestras personas, que nos entregaría a
 la salida. Aceptamos, y nos colocó de pie so-
 bre un tablillo que tenía preparado. En
 seguida emprendimos la subida de la mo-
 numtal escalera, base del pedestal. Entramos
 por la única puerta que este tiene, a un
 inmenso salón cuadrilátero, que corresponde al
 primer cuerpo del pedestal. Allí, ante una

mesa, estaba sentado un empleado que recibió los tiquetes y se ofreció como guía para traer con nosotros la ascension, luego de hacernos poner la firma en un gran libro o registro que llevaba. No recuerdo si era que no había ascensor o estaba descompuesto; lo cierto fue que emprendimos la subida por una empinada escalera, hasta llegar a un segundo piso, y luego a un tercero, y no recuerdo si a un cuarto, adonde penetraba a raudales la luz, por grandes ventanales que tiene este salon en sus cuatro lados. Este es el último cuerpo del inmenso pedestal.

Nos sentamos a descansar y a admirar el hermosísimo y dilatado panorama: aca, el mar con sus embarcaciones, que se veían como puntos movibles; más allá, la franja oscura de las costas; y más cerca, la mancha alargada de la isla rocosa donde tiene su asiento la gran ciudad de los "rascacielos".

Yo veía empinarse la estrecha escalera que teníamos que subir hasta el corazón de la estatua, y recordaba que su altura era algo más de cien metros. Esto me estremecía. No obstante, saqué fuerzas de flaqueza, y las empuñé apoyada en el brazo fuerte del guía. Subimos

no sé cuántos pisos y escaleras por aquel tubo alumbrado a medias; como quien dice, trepábamos por las piernas y el estómago de la monstruosa estatua. Veíamos los grandes tornillos remachados que cosen las enormes y distintas piezas que forman el ropaje.

Llegamos al fin jadeantes hasta el pecho de la diosa. Por unas ventanas enrejadas mirábamos hacia abajo. Pero que honor! Unas flechas finas me recorrian la columna vertebral y sentia rascio en el estómago. Me aperraba instintivamente del brazo de mi acompañante. Esto debe ser lo que llaman el vértigo de las alturas. Ya habia sentido aquello en Nueva York al subir al "ultimo piso de un "rascacielos", que contaba 52; con la diferencia de que a este habiamos subido por ascensor. Desde aquella altura se ven las calles de la ciudad como profundos canales, y los carros y peatones como juguetes de niños.

El guia nos mostro a lo lejos una isla, cuyo nombre no recuerdo, donde deportaban a los viajeros que pretendian desembarcar en Nueva York sin tener los papeles en regla. Esta cuarentena duraba a veces indefinidamente.

A la altura adonde llegamos, arrancan los brazos, el cuello y la cabeza coronada de la estatua. En la mano derecha, levantada, empuña la gran antorcha, que es un potente reflector. La subida hasta el brazo y la cabeza, cuyos ojos son ventanas de vidrio, estaba prohibida. La bajada de las escaleras no fue menos peligrosa que la subida. Yo me santigué al emprenderla.

Cuando el administrador nos presentó las vistas que había tomado, no volvíamos de la sorpresa. Figúrense que resultamos de pie en el primer plano del pedestal. Teníamos por fondo el altísimo monumento, que se veía desde su base hasta la cabeza erguida de la Libertad, resultando esta menor en altura que cualquiera de nosotros, con la circunstancia que el monumento se veía tajado por un lado e inclinado como la torre de Pisa. Esta desproporción nos provocó charlas y risas burlonas, con disgusto del artista, que no se explicaba el por qué de nuestra hilaridad. El tal se trató en una discusión en inglés con Susana, quien le explicaba lo extraño de la aparición de la Libertad, y le regateaba el precio de las famosas vistas que nos quería cobrar muy caras.

No hubo más remedio que pagarle las vistas que yo le mandé a Uds. como cosa curiosa. Se comprende que el hombre tuvo que hacer muchas maniobras para que le resultaran las figuras colocadas artísticamente en el fondo de sus postales, que tenía preparadas de antemano.

Al fin volvimos a tomar el barco que fue a recogernos y regresamos tarde a Nueva York.

Al día siguiente no hubo paseo, pues tuvimos que darle reposo al cuerpo. Nuestros pobres huesos ya tan viejos se resentieron, y nuestros músculos estaban tensos y doloridos. Con el descanso de aquel día pudimos ir el domingo a Ligarbrook, donde ya habíamos estado otra vez. Es un pueblecito muy pintoresco, cerca Brooklyn, donde Próspero con sus dos compañeros Sr. Roberto Escobar y José Olano, pasaba el verano. Estos tres amigos habían alquilado una casita muy graciosa, con muebles y vajilla. Se iban de Nueva York todas las tardes a las cinco, y regresaban en la mañana siguiente a su trabajo. Los sábados se iban más temprano y volvían los lunes. En esta ocasión fuimos invitados con otros antioqueños sus amigos: Julia Moreno de Piker, Eduardo su hijo; sus nietas Aura Piker, Julia y Aura Be-

Moncourt, muy bonitas las tres; tambien Socion Solá y su Sra. Sojia Perez, Alberto Garmia, Jorge Espina Perez, y un joven bogotano que no recuerdo, que cantaba bien y se acompañaba con el tiple.

El pasco estuvo muy animado. El almuerzo, preparado y servido por los anfitriones, fue muy chalado e humedecido por varias copas. Ellos, ayudados por Eduardo, prepararon paltos, arroz, ensalada, huevos, la mar de cosas, pues se propusieron echar la casa por la ventana. Al terminar el almuerzo, cuando los tres se ocupaban en levantar la mesa, Espina Perez propuso que les pusieramos la propina en los platos, para que la encontraran cuando regresaran de la cocina. Esto fue un incidente que ocasionó muchas charlas muy regocijadas.

La casita de dos pisos. En la planta baja está el salón, que es a la vez comedor, y la cocina y el baño que son dos piecicitas contiguas. Del salón avanza la escalera que conduce al piso alto, en donde hay cuatro piezas pequeñas, tres para los muchachos y otra para los huéspedes. Las piezas de Esperbar y Plano brillaban por su arreglo. Allí tenían las fotografías de sus parientes y amigos, y creo que hasta de las novias; pero la pieza de nuestro sobrino brillaba siempre por lo contrario: la cama sin tender y las

ropas revueltas con los calzados, y los libros tirados por todas partes. Creo que el retrato de mademoiselle Sophie estaría hasta metido debajo del colchón. Esta es la característica de la ilustre familia de los estrangos de Rivera y Jaramillos de Andrade. Escobar decía que Próspero había aprendido mucho de cocina, pero que era muy desaplicado en la "dentroderia", que si no le cambiaban y le tendían la cama así permanecía "per secula seculorum".

En el medio día se tomaron vistas. La gente joven se puso a bailar; y los viejos nos fuimos a la playa de mar a ver los bañistas, que eran miles, y que además del baño se ocupaban en hacer gimnasia. Una larga alambrada separaba el campo de los bañistas del de los mirones que eran en gran número. El figurante plantado sobre una mesa, en el centro del campo, dirigía desde allí los batallones de bañistas, hombres y mujeres, viejos y mozos, los que alineados en cuadros obedecían como cuádrumas a sus movimientos y voces, como soldados bien disciplinados. Familias enteras, bajo grandes quita-polos dormían enterrados en la arena, para luego de despertarse volver al interumpido baño. Yo pensaba que estos yanques

en fuerza de ser tranquilos y despreocupados eran unos verdaderos locos.

El scobar, que nos habia llevado volvió por nosotros en el auto de Ospina Perez, que esa misma tarde le compraron, los tres, por \$ 100. ¡Ninguno que tan fino sería!

A la pración regresamos, tomando primero el tren y luego el subway, que es un ferrocarril subterráneo que atraviesa la ciudad de un extremo a otro; es de doble vía: unos trenes van y otros vienen; así, el hueco o socavón por donde pasa el monstruo, es enorme. Tiene estaciones donde la gente sube y baja, y en algunas esquinas tiene salidas a la calle. Los elevados son también vías de ferrocarril, pero son altas, sostenidas por columnas, por donde están tendidos los rieles; van por todo el centro de la calle y también por las esquinas hay escaleras de fierro para bajar o subir a tomarlo. Por las calles por donde pasa el elevado desmerece de precio el arrendamiento de los edificios, por el ruido constante que se oye. La gente pobre prefiere estos barrios para habitarlos y para establecer su comercio. Hay muy buenos almacenes y se compra más barato que en otras partes.

El siguiente día de nuestro paseo a...

sitio de Lynbrook, amaneció Claudio muy enfermo, con las mismas novedades de la primera vez. Hubo que llamar de nuevo al Dr. Vills, médico colombiano que lo había visto la vez pasada. No le pareció bien: dijo que había que buscar un especialista. Tres días estuvieron en consultas y exámenes, los mismos que pasamos nosotros en una cruel expectativa; al fin, unidos al Dr. Campuzano, compañero del especialista, resolvieron llevarlo a la Policlínica Hospital, para someterlo a una operación muy delicada. Los días que yo pasé no son para describir. Quisiera "volver esta doliente hoja". No tuve tiempo de anunciarle a la familia este suceso, que más tarde vinieron a saber. No pude conseguir que me dieran alojamiento en el hospital. Únicamente logré que me dejaran pasar allá el día y me proporcionaran el almuerzo. A los cinco días ya estaba operado por la primera vez, pues no podían hacer la operación completa. A los siete días de la primera le hicieron la segunda, afortunadamente con muy buen resultado ambas.

Se le pusieron para asistirlo dos enfermeras graduadas: una para el día y otra para la noche. Esta era una muchacha mejicana, muy buena, la otra era americana; hablaba

el español, por ser su padre portoricense; su madre era alemana. Sabían Vds. que era toda una duquesa. Esto les sorprenderá, como nos sorprendió a nosotros. Su historia fue la de tantas americanas ricas que se casan con nobles arruinados. El tal era un duque de Valdivia, que después de gastar la plata la abandonó dejándole dos hijas. Ella, viéndose pobre resolvió estudiar medicina con dos hermanos médicos que tenía, por último, acabó de enfermera. Así acaban muchas grandezas.

Yo me iba del hotel a las ocho de la mañana a esperar que me dieran entrada al hospital, que no era sino a las nueve. Los primeros días llegaba temblando de susto, pensando que lo iba a encontrar malo; pero Dios es tan misericordioso, que no resultó así, contra lo que se esperaba. A las nueve de la noche iba Próspero, que era mi compañero, a sacarme del hospital y a llevarme de nuevo al hotel. Juntos comíamos, o hacíamos que comíamos; pero ninguno tomaba nada; yo me alimenté este tiempo con frutas y leche. Próspero tuvo que operarse de las glándulas en estos mismos días, pues ya había tomado vacaciones para esto. Se salió del San Carlos, hospital donde fue operado, a los dos días, por no de-

jarme sola. Yo tenía que le diera alguna tremoná-
 gia o infección, pues no se curó nada. Las noches
 primeras que pasamos fueron bien tristes: yo no
 hacía sino llorar, y él no podía hablar sintiendo
 su dolor. Así era que callábamos, y él apenas
 me hablaba por señas. Un mes largo duró este
 suplicio. Yo no tenía más consuelo que la oración.
 Me levantaba a las seis y me iba al templo del Sa-
 grado Corazón, que quedaba cerca del hotel. Allí
 oía misa comulgaba, y salía confortada y edifica-
 da, pues no he visto en ninguna parte donde
 se siga la misa con más recogimiento. Luego
 volvíamos a tomar el desayuno, que Próspero y
 yo preparábamos en el mismo apartamento. El
 se iba a su trabajo cuando ya estuvo bien, y yo
 me iba a pasar el día con Claudino. Cuando ya
 lo dijeron fuera de peligro me iba más tranquila;
 y antes de llegar al hospital me sentaba en el Par-
 que Central en una banca, o me paseaba para
 tomar el sol, por consejo del médico, pues yo tam-
 bién estaba con fiebres. Me entretenía dándoles de
 comer a las palomas y a los pajaritos, que los hay
 por bandadas y muy mansos: se le suben a uno
 a la cabeza, a los hombros, toman el grano de la
 mano; lo mismo las ardillas. Como los niños no
 los matan ni los espantan, ni saben tirar piedras

ni honda, pues esto es de gente salvaje, no temen acercarse a ellos. Yo me imaginaba cuánto gozarían Uds., mis chiquitos, con estos confianzudos animalitos. Me parecía que veía a Julito, a Eneo y a Jesusito, armado cada uno con su piedra, y con los bolsillos llenos para tirarles. En Carlitos, Panino y Adolfito no pensaba, por estar los tres tan pequeños para manejar piedras.

Otros días iba al museo de arte, que queda en el mismo parque, unas veces sola y otras acompañada de Prospero. Allí hay mucho que ver, pero lo que más me gustaba eran los salones de armas. Estos yanquis se han recogido todo lo curioso y notable que pudieron encontrar y comprar en el Viejo Mundo: espadas, sables, dagas, puñales y toda clase de armas, las más variadas, las más finas, y con piedras y cinceladuras las más bellas. En el centro de los salones están montados los caballeros, muy erquidos, con el lanzón en la mano y toda la armadura completa, sin faltarle nada ni al jinete ni al caballo. Estos son muy grandes, sin duda de serir, pero con sus pedes muy resistentes, lo mismo que las armaduras y las armas, que parecen acabados de sacar de las fábricas, por lo limpios y pulidos. Mucho que

me acordé del pobrecito Don Quijote; cómo se le habría ido la baba siendo estos smadises y Belianises tan bien equipados. Si le hubiera tocado en suerte dar con un yanqui rumboso, no hubiera tenido que ponerse la bacía que usó como celada, ni hubiera montado en Procinante, pues aquí había tenido para regodearse.

También iba algunas veces con Julia el moreno de Tiker a los teatros que quedan cerca del hospital. Claudino siempre me instaba para que me fuera a las dos o tres de la tarde a dar un paseo. El Prozy, El Paramount, El Capitol, en fin los mejores teatros eran los preferidos. El hospital está situado entre las calles 50 y 51, en la parte quizá más céntrica y bulliciosa de la ciudad; cerca también queda la iglesia de San Patricio, Catedral católica y el templo más bello de Nueva York. Allí entrábamos a visitar el Santísimo, a la salida del teatro.

En este hospital donde estaba Claudino fue donde murió Rodolfo Valentino. Muchas veces me sentaba delante de la puerta de la pieza donde murió, entonces vacante, a meditar en lo que son las glorias y las grandezas humanas. Allí mismo dirque se sentaba Pola Negri a llorar por su querido Rodolfo. Me contaba

el doctor Campuzano, que fue uno de los médicos que lo asistieron, cómo tuvieron que luchar con la curiosidad de la gente, y sobre todo con las admiradoras del famoso "estidlo." Fueron que poner cordones de policía en las dos frentes del edificio, tanto en la entrada por la calle 50 como por la 51, y aislar todos los teléfonos. Cuando murió lo llevaron a un hotel para ponerlo en cámara ardiente, y la gente formaba cola hasta de tres cuadras para entrar a verlo, lo que quiere decir que "todo el mundo es Popayan."

Los antioqueños residentes entonces en Nueva York se manejaron muy bien con nosotros: visitaban a Claudio en el hospital y me acompañaban de noche en el hotel. Las Garcías de Bucaramanga, Eva Alvarez y sus niñas, Julia Moreno y sus hijos, la viuda del poeta Donato Navarro y su hija, los amigos Alfonso Carraval, Roberto Escobar, Fección Loto y su señora, José Olano, Alberto Gaviria; por último, la familia de Francisco Luis Moreno; todos ellos nos acompañaron y nos colmaron de atenciones.

Claudio y yo, cuando él ya se levantaba, nos paseábamos por las galerías y la terraza del hospital, y sentados frente a las grandes

ventanas nos divertíamos viendo las gentes que habitaban las buhardillas de los edificios cercanos. Había un acróbata que tendía un alambre para caminar en la cabera con los pies en alto, sobre una rueda que se amarraba con una correa. Esta operación la ejecutaba todas las tardes con la paciencia más grande. Una muchacha, compañera, ensayaba bailes. En otras azotéas fabricaban dulces o algo para la venta, pues se veían varias mesas con cosas muy pequeñas que ponían al sol; un pobre viejo se pasaba el día espantando las palomas con un trapo amarrado a un palo; pues venían las muy tragoras en bandadas, a comerse lo que en las mesas cuidaba. En otras buhardillas se ocupaban las mujeres en lavar ropa y estenderla al sol en la azotéa, en largas cuerdas, y los hombres sacaban los colchones y las alfombras para sacudirlos y asolearlos. Allí, en esas alturas vive y pulula toda la gente pobre de la gran urbe, con sus chiquillos, desnudos en el verano, y sus perros y gatos, que no les faltan.

Me acompañaban al comercio Julia Moreno y Sofia Perez, para comprar los vestidos; pues la Vieja se engalanaba mucho allá. Ves-

tidos que las hijas se repartieron entre las tres, cuando ella regresó. También íbamos a los almacenes de "tén centó", donde compré varias chucherías que les mandé. Isabelita, Adela, Nina y Ana e Ita se hubieron encantado: las unas comprando chismes de tocador a cinco y diez centavos; los hay lindos, lo mismo que collares, pasadores y toda clase de baratijas curiosas; y las chicas con el surtido de muñecas, de muebles y vajillas para los muñequeros y las cocinitas. En estos mismos almacenes se aprovisionaron los mozos obsequiosos que nos invitaban a su casa, para surtirse de todo lo que necesitaban para el menaje. La vajilla, sobre todo, era finísima: toda de cartón, para no tomarse el trabajo de lavarla, pues esto sí, no pudieron aprender: todo se les empujaba y la dejaban con toda la mugre.

Al fin, el 20 de Julio, fecha clásica para los colombianos, fue de doble fiesta para nosotros: ese día salió el Viejo del hospital, y el mismo día pasaron los médicos la cuenta de la operación: "una picadurita de mosca": tres mil quinientos dólares, que unidos a los mil del hospital formaban una buena suma, que yo pagué con mucho gusto. Nada le dije

al Viejo hasta ocho días después, cuando es-
 tuvo pagada, y me dijo él que por qué no
 pedía esas cuentas. Yo ya había ido al Ban-
 co donde teníamos el dinero depositado, y lo
 retiré para cubrirlos. De manera que tuvimos
 que economizar para conservar lo indispen-
 sable hasta París, donde podíamos hacernos
 a crédito, pues después de pagado todo no
 nos quedaba sino muy poco, de lo que Rafa-
 el nos había enviado para el viaje.

Tomás y los hijos, con quienes estábamos en
 en constante comunicación, nos amonestaban
 para que no nos apartáramos del viaje a
 Europa. A mí, francamente, se me había
 quitado el entusiasmo con lo que nos pasó en
 Nueva York, y tenía más deseos de verme de
 nuevo en mi casa.

Algunas tardes iban con Prospero, al ho-
 tel, Escobar y Olano para tomar el té y jugar
 tresillo con nosotros. Nos hacían reír contán-
 donos los aprendizajes para hacerse la comi-
 da en Lynbrook; y los peneances que les habían
 pasado con el cano, que se quisieron a mane-
 jar sin tener patente. A Olano le costó el
 estómago el que lo llevaramos pocos a la Per-
 manencia, de donde salió por intervención del

Consul. Esto por haber atropellado a un vecino, y luego por haber aponeado un carro. Tuviéron que pagar fuertes multas, aparte de los daños y perjuicios. Total, que les costó más el saldo que los huecos."

El viejo novelero, sin escarmentar con lo que le había pasado, proyectó irse en aeroplano, con los Piker y los hijos de Rafaela, pero yo me opuse, y con mis ruegos lo hice desistir.

En no se que fecha hubo un gran desfile del ejército. Fueron legiones de soldados de todos los cuerpos con sus respectivos uniformes los que desfilaron hacia River-Side. Lo que más me llamó la atención, después de los artilleros, que llevaban enormes cañones, fue la caballería y la ambulancia. Comenzó a pasar el desfile, frente al hotel a las nueve de la mañana y a la una aún no había terminado.

Quince días más nos estuvimos en Nueva-York; los empleamos en corresponder las visitas y las atenciones que nos habían hecho. Un domingo nos encontráramos en casa de las Garcías, que vivían cerca a River-Side. Había mucho movimiento por las calles; todas las aristas de los edificios y las ventanas estaban llenas de gente, pues se había anunciado para las

cuatro de la tarde la llegada del Graff Heppelin. Nosotras nos salimos a la orilla del Hudson, para verlo desde allí, pero quedamos defraudados. Por la noche, cuando ya nos estábamos acostando, percibí un ruido especial, distinto al abridor que se sentía siempre de la calle, y al cual ya nos habíamos acostumbrado. Se lo hice notar al Viejo, y nos acercamos a las ventanas de la Avenida, porque comprendimos que era la nave que se acercaba. Efectivamente, el enorme cigarro se balanceaba por encima de los rascacielos, y se perdió allá lejos.

Una cosa que me llamó mucho la atención por curiosa y bonita es el baño que les dan a los niños pobres, en las mismas calles de la ciudad. La policía extiende un tubo que es de caucho de una esquina a otra, para formar túpica, escogiendo, por supuesto las calles que tengan suficiente declive. Luego conectan las mangueras, y con el chorro van bañando los niños, que saltan, se acuestan y comen, perseguidos por el agua, y llenos de gozo y entusiasmo. Admiten niños desde dos hasta diez años. Como las gentes pobres viven en las buhardillas de los grandes edificios, van surgiendo las criaturas como por ensalmo, hasta formar montonera. Todos bajan

con sus vestiditos apropiados y sus caritas resplandecientes de alegría. Los policías juegan con ellos y gozan también como chiquillos. Este baño es generalmente entre dos y cuatro de la tarde, las horas de más calor. Nada más higiénico que esta medida que da alivio a estos desheredados, a quienes sus padres quizá no pueden proporcionar el baño, tan necesario en esta estación.

Yo me entusiasmaba mirándolos, y a aún en las mismas calles me demoraba para gozar de este simpático espectáculo.

La Municipalidad de Nueva York se toma mucho interés por la infancia: fuera de los orfanatos y casas de maternidad hay en cada barrio un dispensario para niños pobres, al cuidado de un médico que los examina semanalmente, y en donde les son suministrados gratis a sus padres los remedios y la leche que necesitan.

Sin duda por todo esto son allá los niños tan sanos y robustos.

¿Cuándo tendremos aquí los medios o recursos y organización suficientes para atender a las necesidades de nuestros pobres niños desvalidos? ¿al vez así disminuiría la mortalidad tan pravorosa que arrojan las estadísticas.

Otro cuidado que se toma allá la policía

es el de conducir de la mano a los niños y a los ancianos, al atravesar una esquina, para defendulos de ser atropellados por los vehiculos. Lo mismo sucede en los parques: las madres dejan sus nenes tomando su baño de sol en sus carritós, a sabiendas de que la policia los cuida.

Qué será todo esto: civilización o caridad?

V

Resolvimos por último el viaje a París, pues las cartas de Sofía eran apremiantes; decía que ya estaba para clausurarse las exposiciones de Sevilla y Barcelona. Como ella no sabía lo que nos estaba pasando, porque no se lo escribimos, no podía explicarse nuestra demora. Por un cable le anunciábamos la salida.

avisamos a la compañía de navegación, y tan cumplidos como lo habían prometido, nos enviaron pasaje de primera, con camarote de lujo, en el vapor "Francia". Salimos en los primeros días de agosto. Julia, Eduardo y Próspero nos acompañaron al baret, hasta dejarnos instalados. Este último se quedó muy triste y con envidia de nosotros, porque íbamos a estar con "casinadie" para él; con la gentil Sofy, a quien quería desde que "el diablo estaba enquistó". Le prometimos que haríamos el regreso por Estados Unidos, y que nos estaría un mes allá. Con esta promesa, que no pudimos cumplirle, se consoló.

Esta navegación, que duró seis días, fue muy agradable. El baret es un trasatlántico de

grandes comodidades y mucho lujo. En el no se sentía casi el movimiento; de manera que no hubo mareo. Por el contrario: me sentí bien, y pude gozar de los encantos de navegar que no conocía. Nuestro camarote era uno de los mejores del barco, situado en el centro del gran monstruo. Parecía que nuestro apartamento de Broadway hubiera sido trasladado allí. Tenía todas las comodidades de aquel. Como ocupábamos camarote de lujo, no teníamos obligación de ir al comedor: un sirviente especial, que hablaba español, nos atendía para todo. La comida era rica; el criado nos llevaba la carta y nos indicaba cuáles platos nos convenía escoger.

Nosotros salíamos poco a cubierta, porque nos pasábamos el día leyendo. Había una gran biblioteca con libros muy buenos en todos los idiomas. Leímos varios, entre ellos "La Catedral" de Blasco Ibáñez. A las tres de la tarde subíamos al salón Luis XIV, que es lujosísimo, con los retratos del Rey Sol y de sus favoritas. Allí mismo en este salón, con santos tan profanos, decían misa todas las mañanas a las siete. El cine era de películas francesas muy escogidas y principiaba siempre por revistas de modas de los grandes almacenes de París. Por la noche nos

quedábamos hasta tarde oyendo la orquesta, pues había una gran actriz que iba para Londres y cantaba muy bonito. Los pasajeros de primera, que eran ciento cincuenta, eran todos norteamericanos. Solo había un señor de Puerto Rico que hablara español. Este señor nos buscaba, pero nosotros rehuíamos el encontrarlo, porque era muy "sublime"; no hablaba sino en tono de domingo; por lo mismo era muy cansón. Nuestros nombres, por razón del alfabeto, eran los primeros que figuraban en la lista de pasajeros; por esto, sin duda, éramos motivo de curiosidad para los yanquis: nos miraban y nos estudiaban. Les parecía raro esta pareje de viejos que casi no se dejaba ver, ni jugaba ni bebía ni bailaba como ellos, pues todos amanecían en juerga. Nos considerarían como indios salvajes.

Llegamos frente a Plymouth, pues el barco no pudo atracar, debido a su gran calado, sino lejos de la ciudad. Allí desembarcó mucha gente y parte de los pasajeros, casi todos de otros países, que eran siete; a ninguno habíamos visto antes, excepto a la artista, que bajó hablando y accionando mucho, como muy disgustada. Nos dijo el contador del barco, que aunque francés, entendía el español, y era quien nos infor-

maba de lo que pasaba a bordo, como ella se había peleado con el capitán, porque le había hecho registrar el equipaje y exigido el pasaporte; y también porque la noche anterior se había bebido ella sola seis botellas de champaña, y había armado el gran escándalo, por lo cual la mandó el capitán sacar del salón. Un barco vino a recoger los pasajeros, y varias lanchas y garonlinas llegaron con pasantes; unos a encontrar a los viajeros y otros por curiosidad.

Llegamos al Havre muy temprano. El portador, muy atento, nos ayudó al desembarque y al transporte del equipaje. Se llenó los bolsillos de cigarrillos y cigarras que Claudino había comprado en Nueva York, y el resto lo ocultó no sé cómo. Todo nos lo hizo pasar por la aduana sin que lo decomisaran.

El trayecto del Havre a París es muy bonito. Los campos de la Bretaña son muy pintorescos. El Sena se desliza mansamente y las orillas son muy bellas; las casitas de recreo son muy coquetas, con mucho jardín; el tren va por la orilla del río y se puede admirar el paisaje. En la estación del Havre había visto un campo yermo donde habían arrojado mucho hierro viejo, de los despojos de las locomotoras y de

todo lo invisible en una estación de vía férrea; estaban aquellas literalmente cubiertas de florecillas de todos los colores, la cosa más bella. Esta floración es espontánea en la primavera y el estío, según me dijeron. Como aquí no vemos eso, me llamó mucho la atención.

Tomamos el almuerzo en el caro restaurante. Nos tocaron de compañeros una pareja de recién casados, que iban del Havre a París. Dos jóvenes bien parecidos y muy simpáticos. Aunque no hablaban el español, siempre les entendíamos algo, y ellos a nosotros del poco "francés antioqueño" que hablamos.

Llegamos a París a las tres de la tarde, más o menos. Nos aguardaban en la estación varios amigos y parientes: Sofía, Pedro Jaramillo y Barbarita Pelaez su señora, Rubén Moreno y Bernardo Sustirabal; Francisco Luis Moreno y su familia, que habían salido de Nueva York ocho días antes. A Ester Mejía ya no la encontramos, pues se había embarcado para Colombia la víspera de nuestra llegada. Nos condujeron al Hotel Florida, donde estaban hospedados los Jaramillos y Sofía. Estaban también la familia de Bedout del Valle, Mr. Mathews y su señora y otros varios.

Aunque estábamos prevenidos de que París no era bonito por ese lado, me pareció menos de lo que yo me imaginaba: los edificios los vi muy bajos, con sus chimeneas que les dan tan mal aspecto; también me pareció procer el movimiento, acostumbrada ya al hormigueo de Nueva York, y me parecieron estrechos los Boulevares. Sofía me leyó la impresión y me dijo: "Ya sé lo que está pensando. Esta tarde la voy a llevar a dar un paseo, después me dice lo que le parece."

Por la tarde salimos, efectivamente, a dar el primer paseo los tres, para lo cual tomamos un taxi. Nos llevó por la Magdalena, que está a dos cuadras del hotel; luego nos mostró el Arco de Triunfo, la Plaza de la Concordia, los jardines del Luxemburgo, la Torre Eiffel con sus bellísimos jardines, y dos palacios; el del Trocadero, y el otro del frente, que se destacan en los extremos, tan bellas y majestuosas; los puentes del Sena, el Bosque de Bolonia. Total: que volví al hotel deslumbrada de tanta belleza. Me parecía que no amanecía, para verlos de nuevo, y seguir conociendo todo lo demás.

Sofía, la muy solapada, nada me había preguntado de Próspero, aunque ardía en curiosi-

dad. Esa noche hablamos largo y tendido de él. Le impuse de lo de la operación, que había sido el motivo para no haberle escrito últimamente, cosa que la tenía muy "picada" con él. Esto lo había sabido por los Morenos Sustizabal, pero sin detalles. Yo me había comprometido con Próspero a escribirle de París, contándole todo lo de la llegada y encuentro con ella; pero me fue imposible, pues estos días fueron de un continuo movimiento, conociendo lo más notable, para salir a viajar, pues la estación propia ya estaba para terminarse. De manera que los compañeros no nos dieron más que veinte días de término para estar en París; y como pensábamos demorarnos al regreso todo el invierno, nos pareció plazo suficiente.

Como dije antes, había muchas familias de Medellín en el hotel Florida. Entre ellas un matrimonio joven que tenía polémicas muy divertidas. Ella decía que habían convenido en que le daba los jueves a él, para que se divirtiera con los amigos; y que el muy piflo se tomaba también los domingos y la mayor parte de las noches; total, que hacía novillos toda la semana. Él decía que era pesando en la Magdalena, donde hacía ejercicios. Los domingos íbamos

todos a misa a ese templo, tanto los antióqueños hospedados en el Florida, como los otros. Hacían todos muy devotos, meditando en lo elegantes y bonitas de todas las mujeres, tanto las parisienenses como las paisanas, que eran muchas. A la salida nos juntábamos en el patio, y se hacían los planes para el día. Los hombres, por lo general se despedían allí de las señoras, y en propio momento emprendían los "ejercicios", pues vivían todos muy edificados, emprendiendo por los viejos, y... ¡ojos que te vuelvan a ver! Solo Claudio y Pedro no entraban a los "ejercicios", no porque les faltara deseo, creo yo, sino porque estaban ambos recién operados y los médicos les habían hecho muchas recomendaciones. Por las noches cuando no íbamos a los teatros, y los hombres no estaban "rezando", se hacían unas tertulias de lo más animadas; pues casi todos iban a buscarnos al Florida. Nos juntábamos hasta veinticinco antióqueños. Figúrense, como sería la pelotera. Tanto, que los demás del hotel iban desocupando el salón, y nos dejaban solos a los de la colonia y charlábamos hasta tarde. Allí se hablaba de política; de la muestra, se entiende; de la crisis, que ya se anunciaba; de teatros y de via-

jes. Las señoras hablaban de modas: de lo elegante de la Juliana o de la Lutana, y de las compras que habian hecho. Esto se repetia casi todas las noches.

Algunos dias saliamos a pasear a pie, para hacer un poco de ejercicio, y para curiosar las vitrinas de la Rue de la Paix y las de la Primavera, donde epiben verdaderas maravillas.

Fuimos a Epinay a visitar a Juan Llano, sobrino de Claudino, hijo unico de Maria Ignacia, tia de Uds, medico graduado, y que por desgracia habia perdido la razon mas de veinte años antes en Paris, y se hallaba recluido en un sanatorio. Rubén Moreno nos acompañó. Mucha impresion nos hizo su vista; lo encontramos envejecido, y en un estado tal de demencia, que no nos conoció. Todo lo que le hablabamos nos lo contestaba con mosilabos en francés. Solo habló una palabra inteligible al dirigirse a Sofia: "Señorita". Los cigarillos que le llevamos lo alegraron, y desde el momento encendió uno y no volvió a dejar de fumar durante la visita. Yo que tanto lo queria, pues en casa habia nacido y se habia criado, salí muy llorosa e impresionada. A él le llamaba la atención y me miraba con curiosidad, pero sin reconoceme.

Nos despedimos pronto, pues ya parecía agitado.

Bajo esta triste impresión nos fuimos con Rubén a su oficina, pues le habíamos dicho que queríamos comprar algunas joyas, para lo cual él había citado a un joyero que había fabricado para mí unos aretes de diamantes, despatchados por los Morenos hacía seis meses. Yo quería completar el aderezo con un pasador y dos anillos; y Sofía quería una esmeralda para ella. El joyero estaba esperándonos con un sentido muy variado. Yo escogí el pasador y los anillos, y Sofía su esmeralda. El hombre aquel no cesaba de mirarme, hasta que al fin me preguntó en francés si esos eran los diamantes que él había montado para mí. Se le dijo que sí; me hizo quitar un arete, lo estuvo examinando, y dijo en seguida que los diamantes grandes eran falsos; que él podía precisar que hacía más o menos un mes que habían sido desmontados y cambiados. Yo me sorprendí y recordé entonces que en Nueva York no había usado los dichos aretes y los mantenía guardados en el baúl. De allí los trajeron y cambiaron las piedras sin que yo me diera cuenta del engaño. El autor de la fechoría, que desde luego se comprende que fue un empleado del hotel, se tomó todo el tiempo

que quiso, pues yo no estaba allí todo el día durante la enfermedad de Claudino. Allí mismo dejé los ardetes para montarles de nuevo los diamantes. Mil pesos perdidos por descuido.

Este incidente me mortificó mucho, y unido a lo de Juan me hizo pasar un día amargo, lo que me ocasionó un resaca del Viejo, porque me preocupaba por majaderías después de las cosas graves que nos habían pasado.

El primer domingo nos fuimos con Sofía a pasar el día a Versalles. Muy hermoso me pareció el palacio y el pueblo que lo rodea. Todo lo que había leído de la historia de Francia se me vino a la mente en confusión; por entre todas sobresalían las figuras de los reyes Luis XIV y Luis XV; recordaba la historia romántica de sus hijas y la vulgar de sus favoritos, exceptuando por supuesto a la Pompadour. Las figuras de Luis XVI y María Antonieta eran una obsesión. Allí recordé toda su vida, y el proceso del famoso collar, novelado por Alejandro Dumas, y que figura en las "Causas Célebres". Me parecía ver a María Antonieta reproducida en los espejos del gran salón de recepciones, donde se pierde la noción de la distancia. La cámara de esta reina está conservada con todos sus muebles y enseres, que

van su marca; lo mismo que el saloncito verde de confianza de que ella tanto gustaba. Hay un bellísimo retrato de ella con sus hijas, colocado en una de las paredes de su cámara. No les hago descripción del palacio, porque no sabía hacerles una pintura, siquiera pálida, de la belleza y magnificencia de esta morada; para eso les traje las vistas. Los jardines y bosques son bellos y llenos de estatuas; lo mismo las fuentes, que los domingos hacen funcionar. Todo está perfectamente conservado. El pabellón en donde están grabados los nombres de todos los héroes y soldados de Francia, y donde en grandes cuadros están pintadas las batallas más notables de su historia, es de más moderna construcción; y, aunque bello e imponente, cede en magnificencia a los antiguos salones. En este fue donde se firmó el armisticio de la gran guerra, el 11 de Noviembre de 1818.

Almorzamos en un restaurante cerca al palacio, para continuar en el medio día visitando lo que nos faltaba por ver. Fuimos al Gran Trionfo y al Pequeño Trionfo, lleno este último de recuerdos de la reina infortunada. Conocimos también el Templo del Amor, donde Sofía tomó vistas; y la famosa Lechería, donde la reina jugaba a ser

pastora, rodeada de los galantes pastores y cortesanos, Fantasías estas que le granjearon el odio del pueblo francés.

La interesante historia de esta reina la completé visitando la Conserjería; allí puede uno meditar en los sufrimientos de esta pobre mujer, sin comparación con ninguna triste historia, como ella misma decía. Muy patriotas serían los franceses de esa época, pero también de una crueldad iníca, cuando encerraron a esta pobre víctima en esa estrecha ratonera que muestran como su prisión. En el Museo Grevin también la vi reproducida en cera, lo mismo que a su hijo, el infeliz delirio. Impresionar esas figuras doloridas; la suya más parece de monja abatida que de reina alguna.

Por último fuimos a ver las carrozas de los reyes. Pintadas decoradas y esmaltadas con finisimos dibujos; lujosas y muelles asientos, pero incómodas y peligrosas por lo altas. La colección es grande; desde las de las reinas y reyes hasta las de sus favoritas; estas, quizás, más lujosas que aquellas.

Terminada esta visita descendimos por una avenida de plátanos hasta volver a tomar la carretera, que pasa por Saint Cloud, lugar muy poé-

llico donde hay casas de campo muy bellas.

Nuestras excursiones, acompañados por Sofía, continuaron en los días siguientes; visitas a los palacios, a los bulevares, a los almacenes, a los museos.

El del Louvre necesitó de repetidas visitas para darnos siquiera una pequeña idea de lo que es ese bellissimo palacio y de las maravillas de arte que contiene. Recordé allí la vida accidentada de la gran Catalina de Médicis, que lo estrenó, y la trágica noche de San Bartolomé, crimen de que tan injustamente se acusó a esta reina, y del cual la ha absuelto la posteridad. No me ocuparé en describirles este palacio por la incapacidad, y por ser tan reproducido en vistas. Fuere, sin embargo, mis desengaños. La Venus de Milo, tan ponderada, no me pareció lo que yo me imaginaba: el cuello me pareció demasiado largo; sabía que la habían desenterrado y estaba manca; no la aguardaba, por eso, lisa ni barnizada, pero me pareció demasiado rónosa y llena de grietas, como si hubiera tenido viruelas. La Victoria de Samotracia me pareció un bloque de mármol sin figura definida; apenas las alas muestran lo que pudo ser; pensé al verla en aquello de que apenas son sombras del amor y apariencias del deseo." La Gioconda de Leonardo de Vinci, que yo ansiaba tanto, ad

mirar por su sonrisa enigmática, y por la historia tan romántica del autor, fui otro desengaño; qué pesar! Me imaginaba por un cuadro tan grande como el de la Inmaculada de la Catedral de aquí, y resultó que es chiquitito y con vidrio y todo; la pintura en partes borrosa y desconchada. Allí se estima más en el bellissimo cuadro el recuerdo de que fue del gran pintor y su obra preferida. Había mucha gente estasiada. "Qué primor! Qué maravilla!" Da tristeza pensar que el tiempo acabe al fin con lo que queda de él. De los demas cuadros, imposible hablar: ni la memoria ni la inteligencia alcanzan. Recuerdo uno solamente que me llamó la atención entre todos: Los Desposorios de Santa Catalina, por el Correggio. Es un cuadro de una belleza ideal, solo comparable a los de Rafael.

En cuanto a la gran Catedral de París, situada en la Cité, se ve al momento que les falta altura a las torres; las estatuas de los profetas son muy bellas, aunque algunas mutiladas. El tesoro si no hay palabras para describirlo, por su valor y belleza. La sola custodia es un sol de diamantes y de otras piedras de las más valiosas.

Del cementerio del Padre Lachaise lo más hermoso, sin duda, es el monumento a los muert

tos, que se levanta imponente frente a la entrada principal, con figuras bellas y sugestivas; supone la entrada por la tétrica y fatal puerta; la inscripción que tiene es una sentencia bíblica, que no recuerdo. Hay muchísimas tumbas interesantes de personajes notables de Francia; de literatos, de poetas, como la Alfredo de Musset, y de muchos otros; aquella está bajo un árbol, que la cubre con sus ramas; tiene además una inscripción con versos suyos, que le sirve de epitafio. La de Abelard y Eloísa también me la enseñaron; pero yo considero esto pura leyenda, lo mismo que la de la Dama de las Camelias, que muestran en otro cementerio. Quisiera describirles otros monumentos notables, pero me alargaría demasiado.

La Torre Eiffel no hay para qué describirla. Lo sensacional consistió en la subida hasta su término, de donde se abarca el panorama todo de París, con sus edificios, sus bellos palacios, sus bulevares, bosques y jardines; la isla de la Cité y Montmartre, con su templo destacado sobre el cielo; los puentes sobre el Sena y el desarrollo del manso e histórico río; todo esto forma un cuadro fascinador. Con justicia es llamada esta gran urbe la "Ciudad Luz".

Fuimos a varios teatros. La Grande Opera

me pareció una maravilla, especialmente la escalinata y el foyer; lástima que las pinturas del pilafond estén algo bonosas, así como los dorados. Fuimos un puñado de butacas cerca a la orquesta, donde se oía y se veía divinamente. La ópera que nos tocó fue Fausto. Aparte de las voces tan bellas lo que más me gustó fueron los cuerpos de baile. La corte de Mefistófeles me pareció divina. La orquesta estaba formada en su mayoría de mujeres. El Folies Bergères, tan conocido de los hombres, me pareció divertido; bonita y artística la representación, pero pecaminosa. Esta debía ser para mujeres solas, así como hay libros, representaciones y hasta sermones para hombres solos; los artistas deben ser unas tales por cuales, pues se exhiben siempre en traje de paraíso. Yo no quise volver por eso; tan pronto a la Grande Opera, porque para ir allí hay que hacer, por lo menos, dos horas de cola para conseguir las entradas.

En el Teatro Raquel Meller no dan sino representaciones en español, y por lo general asuntos de España. La artista esa es la principal de todas en las distintas representaciones, y aunque no es bonita tiene mucha gracia. El Teatro Figal, recientemente inaugurado, es muy bonito, aunque en el decorado no tiene

la magnificencia de la Ópera. Tiene muchos de este comercial. Se dan en él representaciones únicamente de la historia de Francia, y son verdaderas reconstrucciones históricas muy interesantes, y con el lujo y aparato del caso. Al gran Fínal no quise ir, porque las representaciones eran de dramas espeluznantes, en que se desmayan las mujeres y las personas nerviosas. Estuvimos en varios otros teatros, donde se daban dramas y comedias en francés por lo cual cogía yo muy poco del diálogo; pues aunque traducir algo, no es lo mismo oírlo hablar. Al principio no entendí de un casi nada; a mí me parecía por un idioma tan extraño como el inglés. Por eso me entusiasmaba poco. En uno de estos teatros nos tocó una representación que me gustó mucho: era un drama silencioso, representado por medio de la mimica, sin que hablaran los artistas sino las palabras indispensables, aquellas que la acción no era suficiente para reproducir. El drama era muy intenso, pero no se perdía el más mínimo detalle. Se comprende, desde luego, que los actores tienen que ser muy buenos y escogidos.

Después de veinte días de constante pasear resolvimos irnos a viajar por otros países,

acompañados de Pedro y Barbarita y de Sofía, que fueron unos compañeros ideales. Solos no hubiéramos gozado tanto ni hubiéramos estado tan contentos como lo pasamos en su compañía.

Formamos el viaje por la agencia Rubin, para evitarnos molestias. Aquella agencia de viajes es muy conocida y acreditada, sobre todo entre los colombianos. El viaje se contrató en \$ 1.000 de nuestra moneda, por cada persona. Sería por el sur de Francia, Italia, España, Suiza, Austria, Alemania y Bélgica, para regresar de allí a París. La agencia proporcionaba los tiquetes de primera clase en todos los ferrocarriles; gastos de hoteles, en los mejores de todas las ciudades; automóviles para los paseos, y por último, un guía o cicerone que hablara español, listo en cada ciudad que se visitase. Solo las bebidas, propinas, y demás extras no las pagaba la agencia. Sofía fue nombrada tesorera, y le cargaba a cada uno lo que gastaba personalmente. Muy hábil resultó para esto, aunque algo "gamorata", como siempre ha sido. "Ah, vieja malaley" me parece que la oigo decir; pero así era la verdad. Desde que la conocí le tengo mucha lástima a Prosperin.

Nos compenetramos tanto con nuestros

compañeros, que formábamos una sola familia.
Nuestros gustos eran unos mismos, y cada uno
estaba por complacer y atender a los demás. San-
to Pedro como Barbarita son muy cachacos, de
carácter suave y complaciente, como gente muy
cultá que son.

VI

El 30 de agosto, a las siete de la mañana estuvo listo el carril^o la agencia para conducirnos a la estación D'Orsay. Íbamos con dirección a Lourdes. Durante el trayecto pudimos ver a pueblo de pájaro varias ciudades. Tarbes, Burdeos, Pau, y otras cuyo nombre no recuerdo. En Burdeos recordé que allí había nacido don Pablo de Bedout, casado que fue con la tía Mariana Moreno, nieta de Failla Moreno, personaje que figura en "La Marquesa de Yolombó", y padres ellos de la familia de Bedout, nuestros amigos, que habíamos dejado en París. Lo poco que pude ver de la ciudad me gustó. Había varias embarcaciones que navegaban por el Garona; la ciudad parece de mucho movimiento comercial.

Este primer viaje fue cansón: desde las siete de la mañana hasta las once de la noche es demasiado, y yo me fatigué bastante, aunque los asientos del tren son blandos y puede uno tenderse en ellos. El almuerzo y la comida los tomamos en el coche-restaurante, lo que fue muy molesto por cierto, pues había que atravesar

par más de veinte canos, dando tumbos para llegar a aquél; luego los platos y vasos, que bailan una danza que dura hasta que los moros de servicio los retiran. Sin duda por ser el primer viaje que hacía en esas condiciones, me pareció aburridor.

Yo temía la llegada al hotel o más bien a la estación, y que nos encontráramos solos y desorientados, de noche, en una ciudad extraña; aunque en la cartera de viaje ^{via} que un empleado del hotel nos aguardaría. Efectivamente; al bajar del tren estaba esperándonos en la puerta de la estación, con el cano para conducirnos y llevar los equipajes. A los empleados de hoteles les está prohibido entrar al recinto de la estación; esperan alineados en la entrada y van voceando los nombres de los respectivos hoteles. Las doce maletas que llevábamos como equipaje, pues no permiten baules, fueron sacadas por las ventanillas por nosotras las mujeres, pues los dos galanes, como estaban recién afeitados, no podían hacer ningún esfuerzo. Esta operación nos costó trabajo al principio, pero al fin se nos volvió fácil. Sofía se subía a los asientos y de allí los tomaba o montaba sobre la red, como si fueran plumas; Barbarita y

yo le ayudábamos desde abajo; de las ventanillas las tomaban los empleados de la estación en carritos de mano, y las entregan en la puerta a los mozos del hotel. El nuestro se llamaba el Gran Hotel de la Grotte. Cuando llegamos salió el conserje muy atento a recibirnos, hablándonos en español, pues estos empleados son, por lo general, políglotas. Nos condujo a las habitaciones que nos tenía preparadas, por anuncio que había recibido. Una doble para el matrimonio Arango; otra igual para los jaramillos, y una más pequeña para la señorita. Todas muy confortables, bien amobladas, con sus cuartos de baño, S. En todos los hoteles tienen banquitos a propósito para colocar cada maleta de manera que queda fácil y cómodo el manejarlas. Caímos como troncos y no despertamos hasta las ocho de la mañana siguiente.

Al levantarme e ir al comedor a tomar el desayuno, me encontré a Pedro, que había madrugado, y ya conocía el hotel. Me llevó a un balcón que da sobre el jardín y que tiene una vista muy bonita, pues está situado en la parte alta de la ciudad. Me dijo: "Venga aquí a la puerta para que vea una cosa que le va

a encantar mucho." Verdaderamente, detrás del edificio se levanta un enorme penaseco, como cortado a pico, y allá arriba, encaramado, un castillejo, con sus torres almenadas, de lo más pintoresco, como amenazando despenarse sobre el hotel.

Inmediatamente después del desayuno emprendimos la subida, para verlo; la entrada es detrás del hotel, por una calleja empinada, que a poco se vuelve un sendero estrecho. Fatigados por la subida llegamos hasta la portada de piedra, que estaba casi en ruinas. Fuimos que sentarnos a descansar y esperar, hasta que el que lo cuidaba vino a abrirnos. Barbarita, que había madrugado a comulgar a la Basílica, llegó sofocada: "Imposible que Vds. tengan conciencia de venire a conocer primero el tal castillo sin ir primero a la iglesia; no se imaginan qué maravilla! Para más es don Claudio, que ya bajó a convocarla..." "No le crea, Barbarita, al Viejo, en esas santidades; no fue sino porque le dio prera la subida..."

Abierta la puerta fuimos trepando por un callejón, hasta encontrar una segunda puerta menos derruida, que da entrada a los patios y jardines del castillo. Este se abra

dominando la ciudad, con su torre del homenaje, sus otras dos almenadas, y sus habitaciones, que eran entonces museo de curiosidades; pero que no nos detuvimos a examinar, porque estábamos de afán. El frente del castillo se extiende el jardín hasta el mismo borde de la roca lisa, y rodeado de un fuerte barandaje de piedra. Hay varios árboles centenarios; y casitas como palomares, para los pájaros, que han hecho allí su morada; tiene también sus bancas, como los parques. La vista es bellísima: se perfilan en el horizonte los picos de los Pirineos; el Gave corre a la orilla de la roca, donde está la Guita de la Virgen, besándola al pasar; la Basílica se levanta blanca; la plazaleta arbolada y las avenidas floridas se dilatan frente a ella, separándola de la población. El escenario no puede ser más poético, como preparado adrede para las santas apariciones. Desde el barandaje del jardín del castillo vimos la procesión de los peregrinos, que se enfilaba hacia la Basílica. El pueblo todo se congrega y se une a los peregrinos para asistir a ella. Eran en su vez muchísimos, llegados de todas partes del mundo; llevaban sus libros y cantaban con afinación y fervor: allí se une la voz opaca de los viejos a

la viril de los jóvenes y a la incipiente de los niños, pero sin desentonar. Esto es hermoso y produce una para sensación de placidez.

No descendimos de la altura sin conocer antes lo que restaba del castillo. La torre del homenaje es la más alta; debajo quedan los alambros, muy tetraicos, por cierto; tienen grandes argollas con cadenas empotradas en los muros, que muestran la crueldad de la época; pues el castillo, según nos dijeron, data del siglo XIII. En la torre no subimos, porque la escalera estaba deruida; las habitaciones, hoy desmanteladas, y algunas ocupadas por el museo, me parecieron tristes e incómodas. Las almenas de las torres de atrás están muy destruidas, pero si pudimos trepar a ellas por sobre los escombros donde parece la malera. Cerca a las poimas, en un patio interior; hay una gran cisterna, adorada a ellas; estaba llena de agua. El cocinero, sentado, removía las ascuas del fogón; una figura de cera, perfecta, que engaña a primera vista. Por último la capilla, separada del edificio, detrás de la torre del homenaje y apartada de esta por un patiecito. Está relativamente conservada. El altar, deteriorado, pero tenía sus candelabros y demás; los retablos muy bonosos, pero aún se dis-

linguen las imágenes; su púlpito de madera, carcomido; y un Cristo casi de tamaño natural, muy desmenuzado, y sumamente feo y micidioso. A la salida nos sacaron a la calle por otra parte muy curiosa; allí queda el cementerio; hay varias bóvedas, cubiertas unas, y levantadas en forma de abanico, y otras derrumbadas que muestran sus esqueletos y su fondo negro de seis o más siglos. Este castillo era una antigua fortaleza. Yo viví un momento con sus habitantes de épocas atrás.

Nos fuimos de allí directamente a la Basílica, adonde había llegado ya la procesión. No entramos sino al terminar aquella, después del sermón y de la bendición con el Santísimo, que dio un sacerdote desde el atrio. Había un gentío inmenso. Nos situamos debajo de unos árboles, desde donde pudimos ver y oír todo.

De repente miro, y no veo entre aquel gentío a ninguno de los compañeros. En vano miraba hacia todas partes, y mi pastor de ellos. Resolví no moverme de allí, hasta ver si alguno comparecía; y, en efecto, Pedro vino en mi busca y me condujo donde estaban los demás. Luego de conocer la iglesia, que no describo, y que es bella y está "empelada" íntegramente de esvotos, desde el techohas.

ta el pavimento, fuimos a la fuente. Pedro muy activo llenaba vasijas y repartía.

La gruta donde está la Virgen, que es fuera de la Basílica, es maravillosa. Está cubierta la roca casi en su totalidad de muletas, ruedas, pedaxos de bicicletas, restos y despojos de embarcaciones y de toda clase de vehículos, que le han sido prendados como testimonio de sus favores y milagros. La ceremonia que hacen para llevar a los enfermos es de lo más emocionante. Figúrense que los colocan en sillas y en camillas frente a la gruta, y allí dicen la misa y les reparten el agua, que toman todos después de comulgar, llenos de fervor y esperanza, los ojos dilatados y lacrimosos. Uno vea con ellos y ansía presenciar un milagro. La gente de la población es muy creyente, como que son testigos de los repetidos prodigios.

Yo deseaba comulgar al día siguiente para tomar el agua y cumplir una promesa que le había hecho a la Virgen cuando la enfermedad de Claudio. Aunque me había confesado en París la víspera de la salida, tenía mis escrúpulos y vacilaba. Dio la casualidad que en el hotel estaban hospedados varios sacerdotes que habían ido a la peregrinación. Yo los había ai-

do hablar español. Me puse de acuerdo con una de las hijas del conserje, que asistía un almacén de espotos y reliquias. Atendió el sacerdote, me llamó al salón para oírme. Era un español de Aragón. Yo le conté mis escrúpulos y él me dijo que no tuviera cuidado, que comulgara las veces que quisiera y en todas partes donde llegara, sin necesidad de reconciliarme. Esto me dijo muy tranquila y seguí comulgando a diario. Ese día fuimos de nuevo a tomar el agua y a llenar las anforitas, en la fuente, para traerles a los parientes y amigos. Yo bebí repetidas veces, y cada trago que tomaba lo hacía en nombre de cada uno que iba recordando. El Viejo también lo hice beber, y el muy burton decía que le había hecho daño porque la había tomado estando acalorado.

Al siguiente día después de la comunión nos fuimos a hacer las estaciones con algunos de los peregrinos. Estas se rezan principian- do cerca de la Basílica, donde está la primera, y continúan ascendiendo hasta la cumbre de la montaña, donde está el Calvario; de allí se desciende por otra parte siguiendo las demás, hasta la del enterramiento de Cristo, que es la más bella. La cueva, natural de la roca,

parece labrada a propósito. Las figuras de la Virgen, las Marianas y San Juan, están en una actitud muy patética. Los personajes de todos son de bronce y de tamaño natural, hechos para estar a la intemperie. Cada peregrino lleva su bordon, grueso, muy pendiente y pesadísima la subida. Esproyada en el brazo de Sofía, subí hasta la cumbre. El sacerdote pesa, y la gente contesta devotamente. Es esta peregrinación bonita y emocionante; para los que tenemos fe, por supuesto. Regresamos al hotel cansados pero satisfechos. Los dos señores no fueron a esta excursión; decían que por el fuerte ejercicio. Pasado el almuerzo empacamos las maletas, que debían estar listas, y que apretábamos para que nos cupieran las cantáras con el agua y las reliquias que habíamos comprado.

Salimos de nuevo, ya con el guía, a quien no habíamos necesitado. Nos llevó a ver lo que llaman las Apariciones. Estas son la representación de las apariciones de la Virgen a Bernardita, en figuras de cera. Me pareció esto cursi e irreverente. Yo, si fuera quien mandara, prohibiría esa clase de representaciones, hechas por puro negocio, para explotar a los tontos, y que

le quita al asunto toda devoción y poesía. No vi las piscinas donde bañan los enfermos, ni quise asomarme a ellas.

El guía nos dio un corto paseo en auto por los alrededores. Desde un cerro se ve íntegra la roca donde están la Virgen y Bernardita. De ella solo se determina un punto blanco. Se ve, también, el funicular que sube hasta el pie más alto de los Pirineos, y que debe tener una vista magnífica.

Al regresar del paseo entrámos a darle la despedida a nuestra Reina, y a beber por última vez el agua milagrosa. Cuando llegamos al hotel, ya el empleado de la Agencia nos esperaba con el carro para partir hacia la frontera. Estábamos entusiasmados al pensar que íbamos a pisar la lengua patria. Pedro decía: "Prepárese, mi pía Isabelita, para reventar verbo"

VII

A las cinco de la tarde estuvimos en Trín. El intérprete estaba allí listo para hacer registrar el equipaje en la aduana y hacerlo llevar hasta el tren-tranvía en que debíamos seguir a San Sebastián.

Mientras registraban los equipajes me entretuve oyendo a los empleados y a la mayor parte de los viajeros pronunciar el español, que tenían una nostalgia de oír. Entre los que bajaron del tren había una muchacha morena, bien parecida. Debía estar en algún carro de segunda, porque no la había visto antes. No llevaba sombrero; vestía un traje amplio, de volantes; llevaba puesto un chal o mantón, con mucha gracia; iba peinada de moña con raya por la mitad y peinetas. Un joven y otra muchacha, sin duda sus hermanos, vinieron a encontrarla. El saludo fue muy efusivo; yo no les perdí nada del diálogo. Ella les contaba con mucha mimica y pronunciación andaluza, como un franquete muy simple le venía haciendo la corte. No pude oír el resto, porque se apartaron a tomar alguna cosa en una venta que había cerca.

Llegamos a San Sebastián a las seis de la tarde. Allí también encontramos un empleado para conducirnos al Hotel Regina, donde nos tenían reservadas las habitaciones. Fue quizá el hotel menos lujoso que nos tocó, pero sí muy confortable y bien atendido. Está cerca de un parque, en la parte más central de la ciudad.

Después de descansar, de vestirme y comer, salimos los cinco a dar un paseo a pie por el parque y las calles adyacentes. Nos gustó lo que vimos, aunque no fue mucho. Averiguámos con el conserje qué era lo más notable para conocer. Nos impresionó de cuáles eran los mejores teatros, y fue nuestra nuestra alegría cuando supimos que la Compañía Mimbres, la mejor de Madrid, venía allí y daba representaciones en el teatro Victoria Eugenia. Supimos con desconsuelo que la familia real, debido al luto reciente, no veraneaba este año en el palacio de la Concha, sino que se había retirado a Santander, para estar más alejada de sociedad.

Estos tres días que estuvimos en San Sebastián fueron los más intensos que vivimos, pues no descansamos un momento. Al día siguiente fuimos a recorrer la ciudad, que es bonita especialmente el barrio Gros. La iglesia

de Miramar se montó sobre la calle formando un fuente. En cima tiene una terraza muy original. En los extremos de la muradura, abajo en el mar, hay dos castillos que se levantan sobre las rompientes. Las villas, encaramadas sobre las rocas, son las más bellas. Verdaderamente el rey sportman ha elegido un lugar de recreo, el más bello de su reino, para su descanso. Los balnearios son allí mismo; muy concurridos. Hay casetas para los bañistas; la de la familia real, cerrada entonces, es la más grande de todas. Venden en ese lugar dulces, frutas, bebidas, y hasta fabrican helados. Todos los que se ocupan en este negocio invaden el balneario.

Por la noche nos fuimos al teatro. Daba la compañía la comedia del gran Benaventé "Lola Doncel," que se estrenaba. El teatro estaba colmado. Logramos conseguir buenas localidades, y estábamos ansiosos. El primer acto fue bueno: más que comedia es un drama intenso que interesa desde el principio. Los actores magníficos; especialmente la Mentruives era una cómica consumada. Al final del primer acto los aplausos eran ensordecedores; cuál no sería nuestra sorpresa cuando aparecen las artistas principales trayendo del brazo a don Jacinto. Entonces si

parecía que se venía abajo el teatro. El pijeccito, muy sonreído y satisfecho, hacía cortesías a todos lados; lo mismo las dos actrices, que lo tenían bien aferrado. Yo sentí una emoción pocas veces experimentada; me puse "carozuda", como decimos vulgarmente. Lino y los otros compañeros también estaban emocionados. Al final de cada acto lo sacaban lo mismo, y al terminarse la representación fue una verdadera ovación; le presentaron una corona de laurel. No gocé en la Grande Opera de París como en esa noche. El teatro español ha sido una de mis chifladuras. Nos acostamos tarde comentando la función y todo lo que nos había encantado. Sofía fue mucho el "monte" que me puso, imaginando cómo le contaría yo a Tomás este suceso, y la "tira" que le iba a poner. Y no sabe, la muy burlona, que se lo he contado apenas veinte veces.

Al siguiente día continuaron los paseos en auto, y repetición del de La Conecha, que no nos cansábamos de admirar, y también para curiosear a los banistas. Fuimos a conocer no recuerdo qué fábrica; quizá fue de jabones. Pasamos por las prescaderías y depósitos, pero qué olor tan poco grato! En el medio día estuvimos en cine, y por la noche, otra vez al teatro; no al mis-

mo de la anterior, porque era repetición. Daban "Jambor y Chumia", de los Alvarez Quintero. También nos gustó mucho. Chumia lo hizo divinamente. Barbarita estaba muy chocada con ella, por lo impertinente con su Jambor.

Llegó esa tarde al hotel una pareja muy rumbosa, con gran equipaje. Llevaban un chiquitín con su niñera; el señor, muy bien puesto, con mucho dije y tilindango; ella, muy bonita, y llena de joyas: solitarios en las orejas, sendos pares de pulseras muy relampagueantes, los dedos literalmente llenos de portijas de todos los colores del arco iris, hasta el punto de que no se sabía como movía los dedos. Eran, pues, unos "rasta". Lino decía que estaba tan bonita la muchacha, que merecía muy bien las joyas. Viejo pulto!

En San Sebastián fue lo contrario de Lourdes: allí peramos mucho y aquí panandíamos más.

En la mañana del 4 de Septiembre, nos despedimos de San Sebastián, estación Norte. Formamos el almuerzo y la comida en el coche-restauranté, con las consiguientes incomodidades, procedentes de la rapidez del tren.

La iglesia =

de Santa María es muy antigua y tiene muchos santos; en el frontis está su patrón San Sebastián. Fue de lo poco que quedó después de un incendio que había destruido la ciudad. En este templo era donde la familia real iba la misa.

El circo de toros es enorme. Conseguimos permiso para conocerlo, y nos entraron por las dependencias, que son muy curiosas. Allí vivía la familia que lo cuidaba, y que debido a la propina nos mostró todo minuciosamente. Primero las caballerizas, donde tenían las pobres víctimas que debían montar los picadores en la próxima corrida, que sería el domingo, y que no nos tocó; vimos los grandes corrales donde encierran los toros; la capilla, donde permanecen los toreros antes de salir a la lidia, y por último, la enfermería; está llena de estantes y mesas, camillas, baldes y vasijas, y toda clase de aparatos; en fin, todo lo que necesita un médico para auxiliar a un herido. El circo me pareció muy bonito. Tiene su palco para la familia real, muy bien decorado. Pedro se quedó con el pesar de no ver la corrida.

Nos fuimos en seguida al gran paseo de la Concha, tan hermoso. Con las vistas pueden admirarlo. Esta gran herradura está guarnecida de palacetes y lujosas residencias. El palacio real

VIII

La llegada a Madrid fue a las ocho de la noche. Nos fuimos al Hotel Alfonso XIII, en la avenida Pi y Margal. Los comedores estaban en la planta baja, con ventanas a la calle, y el gran patio cubierto hacia las veces de salón. Nuestras habitaciones eran altas, con ventanas a la calle.

Lo primero que hicimos fue expedir un radiograma anunciándoles nuestra llegada, pues el último había sido de París. Creíamos que se iban a sorprender al saber que tan pronto nos habíamos ido de aquella ciudad; pero como estaba firmado "Sigos", creyeron mis hijos que era de Sofía para Leopoldo; no supieron que andábamos viajando sino cuando recibieron los que se les iban poniendo de otras ciudades, y por las cartas que les llegaron de París, dándoles la despedida.

Nuestro gusto fue grande al hablar con el conserje y los empleados del hotel, lo mismo que con los camareros y los almacenistas: resulta que son tan antioqueños en su pronunciación como nosotros, o nosotros tan madrileños como ellos. Nada de tono cantado como los andaluces, ni de otras provincias;

hacien resaltar con suavidad la c y la x; es la sola diferencia. La pronunciación y hasta los giros son los mismos. Tanto es así, que ellos mismos nos lo hicieron notar, al preguntarnos si éramos argentinos, porque les había llamado la atención nuestro modo de hablar. En Europa, cuando todo el que viaja de suramérica es de aquel país. Esto prueba que los "paisas" no hablamos tan "montañero" como por aquí se pretende. Al menos no desfiguramos las palabras, como los de la altiplanicie ni las cantamos ni tampoco les mochamos letras como los costños.

En la mañana siguiente estuvimos muy ordenadas arreglando las maletas y entregando la ropa ya usada, para que no la lavaran. Luego principió el ajetreo, al cual ya estábamos tan acostumbrados. En el hotel tenían un buen carro americano; porque es de saberse que en Madrid, en París, como en otras ciudades, son malos e incómodos los vehículos de alquiler. Dijimos al chofer que nos llevara primero a la Puerta del Sol. Me causó sorpresa no ver puerta ninguna; yo imaginaba un gran arco que se levantaba en la calle, o en la plaza; algo así como el Arco de Triunfo. Verdaderamente la plaza es la puerta de muchas calles que convergen allí. Hay bellos edificios; la to-

pre con la bola que cae al ser mediodía; el Ministerio de la Gobernación y también la entrada a la estación subterránea del Metropolitano. Recorrimos las calles principales: la de Alcalá, la de Preciados, San Jerónimo, que es la más comercial. En seguida fuimos a la plaza de Castelar, en cuyo centro está la Cibeles, bellísima fuente que representa el carro de la diosa tirado por leones. Se levanta en esta plaza el hermoso palacio del Banco de España, todo de mármol, que tiene cuatro fachadas. De allí fuimos al Paseo de Recoletos, donde está el monumento a don Juan Valera; en los escalones está sentada Pepita Jiménez. Es una figura de mármol muy sugestiva. También paseamos por La Castellana, el paseo preferido de los madrileños, con jardines muy cuidados. En el del Prado está el Museo del mismo nombre. En estos paseos están los monumentos de Castelar, de don Benito Pérez Galdós y otros. En la Plaza de la Lealtad se encuentra el obelisco del 2 de Mayo a las víctimas de la batalla tan graficamente descrita por Galdós en los célebres "Episodios Nacionales". Tiene muchas inscripciones que la Nación, agradecida, dedica a sus héroes. En estos sitios hay muchos palacios. Es quizá la parte más bella de Madrid.

En la simpática Villa se experimenta la sensación de estar en su casa; el idioma es, sin duda, lo que da esta impresión, y luego el cariño que le tenemos a España los latinoamericanos; pues, aunque emancipados, no olvidamos que fue nuestra madre, y que estamos ligados a ella por unos mismos gustos y una misma religión. Debe ser muy agradable la vida en Madrid.

Al segundo día madrugamos a misa, pues sabíamos que las iglesias las cerraban desde las nueve. Barbarita se descubrió una a la vuelta del hotel, y allí íbamos todos los días a misa. Iglesia está tan semejante a las de aquí, que me parecía que era en Medellín donde estaba. Recuerdo también la de San Francisco el Grande, la mayor y más bella de todas; la de Atocha, y la que queda en la plaza desde donde dispararon la bomba para asesinar al rey Alfonso.

Reconimos toda la ciudad sin olvidar los barrios bajos. Las Carolinas, Las Américas y el Rastro, que es muy curioso. Este es el lugar de las ventas populares, de lo más típico y pintoresco. Los objetos son expuestos en camillas, mesas, estantes, y hasta en el suelo, todo hermanado: las ventas de libros usados, con las de ropas viejas y remendadas; las de calzado y medias, con

las de sombreros y toda clase de utensilios y baratijas. Parecido esto a los tendidos de los cachivacheros en los mercados de los pueblos, aquí en Antioquia. La calle es pendiente, y dejan en el centro un angosto camino para el tránsito. Nosotros nos bajamos del auto. Esté iba ensanchando la brecha para poder pasar, de manera que las gentes se apartaban y se empujaban unas a otras; pero sin manifestar enojo, sino curiosidad: "¿Viddo que ahí van los misteres!" Oíamos que decían. Como el auto andaba muy despacio y se paraba a cada momento, pudimos curiosar todo y oír los diálogos tan graciosos. Aquí de Fomasitó!

Bajamos al Murravares. Qué curiosidad de río! Un hilo delgado de agua, como un caño cualquiera, encajonado entre altas valladas y con puertes bajo los cuales podría pasar cuatro veces el Aburná. Bien dicho lo del inglés: "Echen agua o quiten puente." Bien que esto es debido a las grandes crecientes, que serán parecidas a las de La Loea. El Guadarrama no es tan pobre y fertiliza bien los campos.

La Plaza de la Cebada, conocida por su tética historia, también la visitamos. No encontramos levantada la bodega, pero sí una plaza de mercado cubiertas. La Ermita de San Pedro

También fuimos a buscarla; el guía nos mostró a lo lejos una iglesia, que estaba cerrada, pues no la abrían sino en ciertos días; lo mismo nos ocurrió con la de San Antonio de la Florida, que deseábamos conocer, por las pinturas de Goya.

Pasamos por los bosques del Prado muy detenidamente, pero no conocimos el palacio; igual cosa nos sucedió con el Palacio Real, que no pudimos ver, estaba cerrado por ausencia de los reyes. La fachada no llama la atención. Nos mostraron las dependencias y caballerizas, que son grandísimas. Había bestias de todo pelaje y condición. Al rey caballero le han regalado monturas de todas partes del mundo. Puede surtir una exposición. Las carrocerías son también una colección de vehículos de todas las épocas, desde sus tatarabuelos hasta la presente. Los de ahora son de moderna factura, siendo preferidos los carros americanos. Qué honor para los ganquis!

Dejamos para últimas, por ser lo mejor el Paseo del Prado y el Museo del mismo nombre. Es el edificio, y más aún lo que guarda. No les hablaré sino muy someramente de ello; solo de lo que me gustó más que fueron los salones de pintura. Los cuadros de Velásquez, tan conocidos, son una maravilla. El cuadro de Las Me-

ninas está separado de los otros en una vitrina
 especial; es muy grande; las figuras parecen de relieve;
 las esponjadas pinesitas, el bufón, el pintor y
 el perro, son de carne y hueso. Nos estuvimos
 contemplándolo largo rato. Yo quería que se me gra-
 bara bien, pues no lo vería más, sino en reproduc-
 ciones, que apenas dan idea de lo que es este lion-
 ro incomparable. El Vaso de Agua, Pablillos el Bufón,
 los retratos de los Reyes, todos son perfectos. Lástima
 que este artista hubiera sido pintor de corte,
 lo que sin duda le impidió ocuparse en otros
 cuadros de mayor interés, y no emplear su pa-
 letá en retratar esos reyes tan feos, de labios bel-
 fos, algunos con cara de bobos. Los cuadros del
 Greco son también muy bellos y de un estilo muy
 distinto. De los de Murillo qué podré decir? La
 Concepción, de la cual tenemos aquí una buena
 copia, es bellísima; lo mismo los Cristos, el San
 Jerónimo, y varios otros que es imposible enume-
 rar. El salón de Goya es muy interesante. Sus
 cuadros me encantaron, especialmente Los Bona-
 chos. La etaja Desnuda no sé por qué me gustó
 menos. En la sala de Rafael están quizás los
 mejores cuadros del inspirado artista, los cua-
 les examiné con más cuidado, por ser el pin-
 tor que más admiro. La Sacra Familia, La

Virgen del Per, el cuadro de Jesús Caído con la Cruz auestas, llamado el Pasmo de Sicilia, la Virgen de la Rosa, la de la Lilla, la Virgen con el Niño, San Juan y San José, son ideales. También hay uno de Miguel Ángel, de asunto religioso, lo mismo que casi todos los del Fixiano. No puedo enumerar los de otros grandes pintores que existen allí.

En otro museo hay un cuadro muy grande que representa la coronación del poeta Lomilla. La poetisa cubana doña Gertrudis Gómez de Avellaneda está pintada muy patente; muy energizada ella, echando su discurso.

Los mejores teatros estaban cerrados. No conocimos ni El Real ni El Apolo ni El Romea. Fuimos a algunos de orden muy secundario donde daban mediocres representaciones. El teatro Esplava, tan mentado hasta en canciones populares, es feo. Allí vimos representar sainetes por el estilo de "Don Flopandio." Estando una noche allí nos encontramos a un señor Restrepo, antioqueño, cónsul de Sevilla en ese entonces, que estaba con su señora y su hija de paseo en Madrid. Nos hizo un extenso reportaje; habló mucho de la patria y del deseo que tenía de volver a ella; lo mismo su señora que es bogotana.

El domingo siguiente nos tocó una corrida de toros en el circo principal, a la que asistimos con entusiasmo, especialmente Pedro. Fue lo que llaman una novillada, pues los toreros de cartel estaban veraneando en las playas. El gran circo estaba colmado. Yo esperaba que las mujeres asistieran a la corrida, con la clásica mantilla y con clavetes; pero estaban vestidas como de calle. Lidieron seis toros muy bravos. Las suertes de capote y banderillas me gustaron mucho; los toreros lo hicieron muy bien; pero cuando salieron los gordos y tiesos picadores se acabó el gusto, pues ya no pensé sino en el peligro de ellos y los flacos caballitos, que con su ojo tapado se acercaban temblorosos a la fiera, y los pobres por instinto adivinaban el peligro; y nada bien que les fue: uno de ellos cayó allí mismo degollado, y otros dos quedaron parados, pero con los intestinos afuera. Me tapaba los ojos para no ver este espectáculo. No sé cómo pueden gozar con esta crueldad. En la muerte lo hicieron muy bien; despacharon el "bicho" a la primera estocada, en medio de los aplausos del público. A un torero que no fue feliz en esta suerte, y que le dió varios pinchazos para rematarlo, lo insultaban y le decían "josefa", y la mar de dichos muy graciosos al.

gamos. Pretendían que estos pobres hombres se les metieran entre los cuernos para que los mataran. Las gentes todas se entusiasman, aplauden, dicen cosa e insultan a los toreros y les arrojan cascarras, pero no gritan como enrguimenos hasta enroquecer ni pierden los papatos, como algunos que yo me sé, cuando asisten aquí a las corridas. Había cerca de nosotros dos muchachas muy bonitas, que estaban muy entusiasmadas. De pronto un joven bien parecido también, que comprendimos era su hermano y que estaba sentado varias gradas abajo, se levantó y fue rompiendo por entre los espectadores hasta llegar a ellas. Acabado les preguntó: "¿Con quien vinieron?" Le vinieron sin el permiso de mamá." Ellas contestaron que no, que habían ido con permiso. "Pero no se miraron al espejo cuando se pintaron de mamarrachos y con esa jeta tan colorada? Vuelvanse a lavarse esa cara!" Ellas no se enojaron por eso; se rieron celebrándole, lo mismo que los que estábamos oyendo y presenciando la escena. Entonces, sonriendo, se volvió a su puesto tranquilo.

Fenia parón el muchacho para sorprenderse. Las españolas tienen el buen gusto de no pintarse, y si lo hacen es con mucha discreción.

Una mañana a las nueve estuvo el guía en el hotel, para la excursión al Especial, donde nos

tenía preparado el almuerzo.

Cuando llegamos al palacio estaban en el gran patio, frente a una de las fachadas, una partida de jovencitos jugando balón. Debían ser estudiantes, pues por Escorial se comprende, no solo el Palacio, sino el pueblo que lo rodea. No lo describo por no meterme en arquiñabes, como dir que le sucedió al muchacho de manas. Cuenta que cuando Felipe II dirigía los trabajos, un muchacho sobero, como tantos, gritaba sin percibirse de la real presencia: "Ese arquiñabe está torcido!" Estaba torcido ese arquiñabe! Al oírlo el rey, le preguntó: "¿Qué entiendes tú por arquiñabe?" Sorprendido contestó: "Arquiñabe.... Señor.... arquiñabe.... es meterse uno en lo que no entiende." Así, por no meterme en arquiñabes, diré sólo que el palacio tiene la forma de una panícula, por capricho de Felipe II, en memoria, sin duda de la de San Lorenzo. El enorme edificio es tético, como el carácter de su dueño. Las habitaciones y salones son muy suntuosos, menos la cámara del rey, que más parece una celda de monje, por lo austera; ésta tiene comunicación por una galería con el coro de la capilla, que es muy bella. Tiene cuadros de gran mérito, y si mal no recuerdo, fue allí donde vi muchas banderas, algunas de ellas destenidas y rotas, cogidas en la batalla de

Lepanto.

En el coro señalaban la silla y reclinatorio que ocupaba durante la misa el rey don Felipe. Yo tuve la inreverencia de sentarme en la silla y anodillar-me en el reclinatorio, y nada cómodo que me parecieron, por lo duros. En una galeria hay un Cristo, no recuerdo de quien; quizá sea de Cellini; no me pareció tan bello como sus vasos cincelados. Empleamos el día en visitar el palacio con sus dependencias, y bajamos a la cripta donde están enterrados los reyes. Es una rotonda, y los sarcófagos son en forma de cofres, muy labrados y tallados; están colocados, a lo largo y en nichos, unos encima de otros, a modo de estantes; a un lado los reyes y al otro las reinas, todos con sus nombres. Don Alfonso ya tiene allí preparada su caja bien rotulada. Se pasa por una galeria a las criptas donde están enterrados los príncipes. Son monumentos sencillos de mármol blanco. El de don Juan de Austria se destaca entre todos; está con su figura yacente, de enérgico rostro y barba puntiaguda, vestido como que vero, parece llegado de Lepanto a presentarle a su regio hermano los trofeos de su victoria.

Recordé mucho la triste historia del príncipe don Carlos, hijo infortunado y rival de su padre. Pensaba cuales serian sus habitaciones y la prision

donde lo tuvo recluido. Me parecía que la sombra fatídica de Felipe II vagaba por esos salones y galerías, y creía verlo aparecer de repente.

No quisimos regresar temprano a Madrid, por aguardar la llegada de don Alfonso, que acostumbraba en esa fecha a visitar a su madre, muerta recientemente y que aún estaba en el Puchidero. Pero esperamos en vano, hasta que resolvimos ir a la Casita del Príncipe, antes que se hiciera de noche. Es un palacete gracioso y sencillo, pero que contiene maravillas en piqueras artísticas. En un saloncillo con puertas incrustadas de carey y con clavos de cabeza ancha, de platino y piedras preciosas, están las mesas llenas de curiosidades de gran mérito. Una de ellas es un pajarito de marfil, al que se le ve hasta la última hebita de las plumas, y en que el artista empleó 13 años.

La siguiente salida fue a conocer el Real Sitio de Aranjuez. Es una mansión regia, por su belleza y magnificencia. Los jardines y sus fuentes son bellísimos, lo mismo que el palacio. Se comprende que fue lugar preferido de los reyes, por el derecho de belleza y de lujo que ostenta. Los salones tienen las paredes cubiertas con sedas floreadas, las más bellas y finas, iguales a los cortinajes y los patellones de los lechos, estos colocan

dos sobre plataformas con uno o dos escalones. El salón del trono es suntuoso. El trono, levantado también sobre su plataforma: dos sillones dorados, tallados y cincelados con primor. También tuve el atrevimiento de sentarme; primero en el uno, para hacer de rey, y luego en el otro para hacer de reina. Esto, por supuesto, quedándome atrás del empleado, que celosamente nos conducía. Entre las innumerables preciosidades recuerdo una mesa verde de una piedra cuyo nombre no sé, regalada por un emperador a una reina española. Es una verdadera joya, por su valor y el primor de la talla, en un solo bloque. Admiré dos grandes preciosísimos jarrones de ágata azul, también regalados a otra reina. El oratorio tiene un cuadro de la Concepción y un precioso Cristo de marfil. No lejos del palacio muestran la casa que fue de don Manuel Godoy, privado del rey Carlos IV. Recordé mucho los "Episodios Nacionales" de Galdis, en que habla de Aranjuez.

Pasamos luego a conocer la Casita del Labrador, otro palacio en miniatura, parecido a la Casita del Príncipe, tan rica en mármoles, cuadros y preciosidades, como aquel. En el salón principal hay una silla y una mesa de malaquita, que eran de doña Isabel II. Tiene este palacete

en la parte baja una piqueta en donde está la puerta, y pintada en la pared la Casita del Labrado, que existió allí, y que dió origen a su nombre.

Una excursión más interesante aún fue la que hicimos a Toledo. Salimos a las nueve de Madrid, en una bella mañana. Tomamos el carro americano del hotel, manejado por un chofer muy diestro, y acompañado del guía, que iba en el asiento delantero. La carretera es casi en su totalidad una recta de muchas leguas. A Pedro y a Luján les entró el vértigo de la velocidad: dieron orden de poner el carro a 120 kilómetros, con la protesta de Barbarita y la mía. El Viejo, novelero como de costumbre, otorgaba con su silencio. No era que comíamos; era que volábamos; nada se veía del paisaje, pues este pasaba en una raya opusculadora; el viento nos arrancaba los sombreros, y todo volaba en la vertiginosa carrera.

Pronto estuvimos delante de las murallas de la vieja ciudad. Se empina en un cerro coronado por la Piedra del Rey Moro, y un antiquísimo castillo. El Tajo se desprende de la montaña y ciñe la ciudad, para estenderse luego por la llanura, donde se adivina rica vegetación. Sus murallas son potentes y bellísimas, así como sus puertas. No es grande Toledo, como

yo me imaginaba; está recogida en la pendiente, y en lo más alto está el antiguo alcázar, hoy cuartel general del ejército. Las calles son estrechas, empedradas y pendientes y se pueden tocar las paredes al estender los brazos. Sólo hay una amplia, por donde puede andar un carro, que sube hasta cerca del alcázar. La pista desde allí es magnífica: el Tajó, profundo; a la derecha se ve el puente de Alcántara, hechura de los moros; al otro lado el viejo castillo de San Servando, de donde salieron los cruzados para Jerusalén. El alcázar tiene un pórtico de columnas donde los soldados hacían la guardia; en la mitad del gran patio con arcadas está la estatua de Carlos V; al frente tiene una terraza con su barandaje de piedra, donde estuvimos recostados mucho rato viendo el paisaje. Bajamos en seguida al hotel, para almorzar; está situado casi al centro de la ciudad. Es un antiguo palacio de los duques de Medinaceli, si mal no recuerdo. El claustro es de arcadas sostenidas por columnas. El comedor, que ocupa todo un costado, es muy bonito, con armarios de roble y dividido en tres compartimientos por biombos de la misma madera. Las paredes estaban cubiertas de cuadros antiguos de lo más curiosos. Había también jarrones, ánforas, platos y bandejas

bellamente decorados, que tenían expuestos para la venta. Supúnganse cómo sería el deseo que me dio de comprar. Sofía apenas me miraba y se sonreía, como diciéndome: "No se antoje que no hay donde llevar más chécheres!" Fuimos luego a ver la Posada de la Sangre, donde estuvo hospedado Cervantes, y donde escribió "La Ilustre Fugona". Es un antiguo caserón, parecido a los que existen aún en algunas ciudades de Colombia del tiempo de la Colonia. Hay en la pared de la calle un busto pequeño del gran escritor. Más tarde estuvimos en la Casa del Greco. Por las vistas la pueden conocer. No es muy grande y está bien conservada. Es un museo de antigüedades: muebles de todas clases; sillones de vaqueta claveteados; arcones tallados, de distintas formas y tamaños, grandes jarrones, platos y cuadros. Todo esto lo recogió por España el Marqués de la Vega Inclán, para regalárselo, con la casa, a la Municipalidad; también decoró y regaló la antigua Sinagoga, que es muy curiosa.

Vamos a la iglesia de San Juan de los Reyes. Está en ruinas y desmantelada; han sacado las imágenes y los cuadros y lo mejor de su contenido para llevarlo a otras iglesias y al museo, pues el techo y los muros amenazaban desplomarse. Contiguo a la iglesia y comunicado por una puerta

lateral está el claustro del convento. Las columnas y capiteles, los marcos de las puertas, los barandajes, todo está tallado. Estos artifices si tenían tiempo e imaginación. Hoy no había dinero para pagar este trabajo. Allí está representada toda la flora y la fauna; desde los árboles y bejucos hasta la pequeña florecilla, y las frutas de todas las zonas, así como los animales del arca de Noé. Un año se gastaría para ver estas curiosidades, donde no hay una sola repetición. Nos sacaron a la calle por las sacristías, cuyas paredes enyesadas estaban raspando para descubrir las primitivas pinturas, de cuadros religiosos de todo el santoral.

Entramos a ver una exposición abierta de objetos de cerámica muy bonitos, donde compré algunas cosas a escondidas de Sofia. Al frente estuvimos en una fábrica de armas y de otros objetos. Vimos trabajar a los obreros. Todos llevan lentes, pues la vista la pierden muy pronto, por estar todo el día clavados en aquel trabajo tan minucioso y difícil. Para grabar, por ejemplo, unas tijeritas pequeñas o un dedal, necesitan primero grabar el dibujo con un punzón muy agudo que calientan antes, y luego en esa estrecha ranura introducen y colocan con el punzón un sutil hilo de oro. Allí compré un punal para un regalo, y otros ob.

éstos pequeños; lo mismo hicieron las compañeras. Esto parece caro, pero al verlos fabricar se uno que no lo es. No fuimos a las grandes fábricas donde forjan las armas que tanta fama tienen, porque quedan muy lejos, allá en las vegas del Fajo.

La Catedral. Esta sola daría tema para un largo capítulo si yo pretendiera describirla. Entramos oscurecidos por la claridad de afuera; hasta pasado un rato en la penumbra no pudimos percibir los objetos. Guiada por el libro de Blasco Ibáñez, fui buscando: primero el coro atravesado en la nave central; luego los altares; por último el San Cristóbal, pintado en el muro. Obsesionada con este libro me entré al claustro, para buscar el kiosco del patio y los edificios altos, habitaciones de las Lunas, tan exactamente descritos por el novelista. Creía ver la figura del tisico, en pláticas con el curita chiflado por la música. Nada religioso me sugirió este magnífico templo, debido a esta obsesión. Me encantaron, sí, la soledad, el silencio y la oscuridad que allí reinaban. Curiosos como largo rato las bellas talladuras de los altares, del coro y de los monumentos sepulcrales; luego fuimos a ver la escalera para subir a las torres. Sofía quería subirla, pero estaba cerrada. Estuvimos un rato sentados en la solitaria calle, contemplando

la Catedral, sin cansarnos y a esperar si compraría algún sacristán. Sofía, al fin, se convenció de lo imposible de la ascensión y se conformó.

Al regresar a Madrid nos revelamos Barbantá y yo, y nos apresuramos, para no dejarlos volar, como en la mañana. Pusieron el carro a un paso moderado, y así nos dimos cuenta de la bella carretera. En la mitad de la gran puerta se devió el carro por otro camino, para llegar hasta una alta meseta donde se levanta una estatua del Sagrado Corazón. Está en la misma actitud de la estatua del Salvador, que domina aquí la ciudad. Este monumento fue erigido en aquel punto para señalar el punto de España.

Nos demoramos al acercarnos a la ciudad, curioseando los carros de unos traperos que llevaban su carga prescada en los cables; tanto la carga como sus dueños son de lo más típicos y curiosos.

Al siguiente día salimos al comercio a comprar ropa de seda y mantelería, que la hay muy fina en Madrid, y conseguimos también otras maletas; luego nos fuimos en carro a pasear; conocimos el monumento de Alfonso XII, el de la reina Isabel la Católica, que me gustó mucho y el de Colón.

Nos llevó el guía a la casa de habitación

de la Infanta Isabel, tía del rey, que estaba de veraneo con ellas en Santander; por estar ausente daban permiso para visitarla. Es un palacio pequeño, pero muy bello. La escalera que conduce al segundo piso, donde están las habitaciones, tiene cuadros de mérito artístico; el salonsito de recibimiento es lindo; lo mismo el dormitorio. El lecho, muy dorado, se levanta sobre su plataforma alombada como el quis; el pabellón que lo cubre, las paredes y las colgaduras, son de una finísima tela, igual a la colcha y al rollo de la cama. Hay retratos de sus antepasados en lujosos marcos. El de doña Isabel II es muy grande; lo mismo el de la dueña de la casa, que está retratada de mantilla blanca, cogida con clavetes en la cabeza y en el pecho; no joven sino así vieja como de 60 años; dir que era muy entusiasta por los toros e iba a Sevilla a las corridas. Estaba "La Señora", como le decían los criados, invitada con sus sobrinas para ir a Sevilla a la inauguración del pabellón de Colombia. Invitación que había aceptado. Tenía infinidad de miniaturas de mucho valor, por mesas y repisas; lo mismo que otras distintas curiosidades de mucho mérito. Un verdadero museo. Sofía decía: "Que afusación para esta señora vivir en medio de este puchererío!". Entre todos es-

Los bellos plécheres había uno curisísimo: era una pulga vestida con falda roja, camisa con gola y sombrero; por debajo de la saya se le salían las patas, que no estaban calzadas. Esta curiosidad estaba metida en una ampollita de vidrio, y daban una lente para examinarla. Parece mentira; pero era perfecta la "señora doña Pulga". Los sirvientes de la casa nos mostraron todo, atentísimos, muy galanes con sus libacos de largo chaquetón azul y botones plateados; pero nos seguían pegados a nosotros, como sombras. Sin duda para que no nos fuéramos a "topar" algunas de esas preciosas curiosidades, tan propias para chonearlas a los bolsillos. Esta maja de la mantilla y los claveles fue la que murió recientemente en Fontenay, cuando acompañaba a su sobrino en el destierro.

En la mañana, del 10 de Septiembre tomamos el tren por Stochra, con dirección a Sevilla. Fue largo este trayecto. Nos sirvieron las comidas allí mismo. Como ya estábamos diestros en el viajar, nos acomodábamos de un compartimiento del tren: ocupábamos sines, asientos, y amontonábamos en los tres restantes las maletas de mano, los abrigos, los sombreros, los libros; en fin todo lo que podíamos, para evitar que otros encontraran puesto.

IX

Llegamos a Sevilla a las nueve de la noche. En el Hotel Inglaterra nos tenían las piezas reservadas. Unas tenían ventanas a una calle y otras balcones a un parque. Nos dimos a la tarea de costumbre. Durante tres días no cesamos de recorrer la ciudad en todas direcciones, unas veces a pie y otras en carro. Son estrechas las calles, y los edificios bajos casi todos y de estilo común. La Calle de las Sierpes, tan mentada en todos los libros y novelas, es angosta; no tiene acera; es el centro del comercio. Los patios de las casas se parecen a los de aquí; pero aquéllos con arcadas y columnas en vez de postes, lo que les da un aspecto muy bonito; casi todos tienen fuente en el centro y están embaldosados de azulejos hasta bastante alto de la pared; en el verano los cubren con toldos para habilitarlos de salón; se ven tiestos con plantas, como aquí, y mantienen las rejas abiertas, por las que pudimos curiosar cuanto quisimos. Las casas tienen también ragan, como las nuestras.

La Catedral es imponentemente bella por su amplitud y magnificencia. En una de las naves vimos el monumento que guarda los restos de

Coplón. Representa unas andas cargadas a hombros por unas figuras como de guerreros o de indios; encima de ellas está colocado el cofre que encierra las cenizas. Nos pareció poco artístico. Me sorprendí al encontrar allí los restos, pues yo entendía que era en el convento de las Salesas Reales donde estaban enterrados.

La torre llamada de La Giralda, construida por los moros, es muy alta; es muy fatigosa la ascensión hasta el campanario. La vista es magnífica; la pupila se dilata para abarcar el extenso panorama de la ciudad, partida por el Guadalquivir, paisaje que parece visto desde avión. La torre está rematada por la estatua de la Fe.

El Alcázar morisco, fronterizo a la Giralda, es muy hermoso. El Patio de los Naranjos, que está delante, es triste; los árboles son raquíticos y lamasos, sin duda por lo viejos. Esto hace que resulte sugestivo e interesante. La fachada revela su antigüedad. Los salones y las cámaras me encantaron. Están recubiertos de arulejos o baldosines finamente esmaltados, con bellos dibujos y colores. Lastima que no esté amoblado, como todos los palacios antiguos. Las habitaciones de doña María de Padilla, la Brava, están contiguas al Alcázar, con su patio aparte, pe-

no son tristes. Parecen más bien habitaciones de una reclusa que de una favorita; lo mismo los baños, que son subterráneos, con arcadas sostenidas por columnas; son estanques de aguas quietas y frías, como que nunca les da el sol. Los jardines son bonitos, pero no como los de extranjero ni de otros palacios. El patellón Carlos V se es muy alegre. Estaba cubierto de enredaderas.

En este palacio van mostrando los guías los lugares donde se sucedieron los hechos más culminantes de su historia. "Allí en aquel salón trabó tales y cuales sesiones memorables. Aquí estaban anteriormente las manchas de sangre de un asesinato." En fin: cosas trágicas en su mayor parte.

El dormitorio de los reyes moros es muy bonito y curioso. No sé por qué me imaginó que no dormían en lechos sino en el suelo, sobre alfombras o pieles. Me parecía que los veía levantarse de allí con sus vestidas vistosas y sustentantes recamados de pedrería. Fantasías.

Fuimos a conocer la Torre del Oro y el puerto sobre el Guadalquivir, río que da acceso a los barcos de mar hasta Sevilla. Recordé que de este puerto habían partido, después del descubrimiento de Colón, las primeras expediciones hacia el Nuevo Mundo, compuestas de nobles y aven-

tureros españoles de todas las clases sociales; y la célebre expedición de Magallanes, que dio por primera vez la vuelta al mundo.

Como dije, las calles de la parte antigua de la ciudad son estrechas. Se comprende como serán el apretujamiento y el calor en las noches de Jueves y Viernes Santos, en que se congrega todo Sevilla para asistir a las procesiones de tantos pasos, tantas cofradías, tantas penitentes y tantas cirios, y en las cuales se oye la sacra, que sale de cada esquina, cantada por voces de mujer o de hombre, cantores populares que hacen llorar a los concurrentes fervorosos, por lo dulce y sentido de sus trovas.

Lamentámos no nos hubiera tocado la Semana Santa, para conocer esto tan típico; lo mismo que las corridas de toros, pero no era la temporada. No pudimos conocer, tampoco, para curiosarlo, el Archivo de Indias, tan interesante para nosotros los latinoamericanos. Lo encontramos cerrado.

Hay en los barrios más viejos de la ciudad pinturas muy típicas; y en las paredes de algunas calles, cuadros e imágenes de santos, defendidos de la intemperie por su tejadillo de azulejos, y alumbrados por su farol de hierro enristalado. Esto me encantó. Muestra la fe profunda y sencilla de nuestros antepasados los españoles.

Fuimos a la Casa de Pilatos. Es una cons-
 trucción hecha por modelo de la verdadera de Jeru-
 salén. Allí la escala por donde Jesús subió al
 balcón o azotea, donde fue presentado al pueblo;
 la sala donde pasó la noche de su corona-
 ción; la columna donde lo amarraron para azo-
 tarlo. Esto debía ser más bien un templo que ca-
 sa de habitación. En el gran patio de arcadas y
 que esas columnas están colocadas estatuas saca-
 das del circo de Itálica. De regreso entramos a u-
 na casa que enseñan a los tinistas, pertenecien-
 te a unas señoras sevillanas, que dir que era de
 unos marqueses, sus antepasados. Nada tiene de
 curioso ni de sugestivo, fuera de su antigüedad,
 el desmantelado paserón.

Visitamos las capillas donde se veneran las
 imágenes de Jesús del Gran Poder y de la Macare-
 na. Aquel está con su Cruz de cañonero de oro
 y sus potencias de pedrería, ricamente vestido con
 túnica roja recamada de oro y perlas; delante de
 su camarín, donde se puede subir, arden muchos
 cirios día y noche. No está tan concurrido de fie-
 les el altar del Santísimo Sacramento; pues más
 adorada de los sevillanos es esta imagen, que el
 mismo Dios en su sagrario. Igual cosa sucede
 con la Macarena, en su iglesia; tiene ésta su

corde de honor entre las jóvenes de la aristocracia, que forman una corporación; ellas mismas aneglan el altar y visten la venerada imagen, que es el vivo retrato de sus devotas: rostro oronado y moreno, ojos negros y rasgados, largas y crespas pestañas. Esta imagen la mantienen lujosamente ataviada.

Las sevillanas son bajas de estatura, un poco robustas, morenas como aquella, de cabello y ojos negros. Constante es el tipo de la sevillana. Visten siempre de negro o las viejas, y de color las jóvenes; pero no llevan todas la clásica mantilla negra, con su peineta, que se prenden con mucha gracia. Las que se ven de sombrero y vestidas de otro modo, son por lo general extranjeras, que disuenan en ese medio tan típico y regional.

El barrio y puente de Triana también los conocimos, aunque no fuera sino por acordarnos de "La Hermana San Sulpicio", de "Cunito de la Cruz", de "El Embujo de Sevilla" y de todo lo que habíamos leído de "La vida de María Santísima".

Quisimos conocer la casa donde vivió la novelista Fernán Caballero, que era casa del Alcazar, pero el guía no supo enseñárnosla.

He hablado únicamente de la parte antigua de la ciudad, que no es la más bonita, pero sí la más interesante. La nueva tiene barrios semejantes a

Los modernos de Madrid.

El Campo de la Exposición es bellísimo, a orillas del Guadalquivir. El terreno para levantar estos edificios lo regaló la princesa María Luisa. Con los jardines de su palacio. Algún parque lleva su nombre, allá, en un calvero del bosque, está su estatua. Aquel se espesa en ciertos sitios y en los claros es donde están los pabellones. El "denoche de luz y de colores", de que nos habló un señor en el tren, no es hipérbolo. Aquello parece un paisaje tropical. Del lado de la ciudad hay una reja muy grande. Por allí es la entrada a los jardines. Lo primero que se encuentra son los edificios de la Plaza de España. Son grandísimos, con avenidas, pórticos, columnas y jardines; los pabellones de las distintas naciones están distanciados unos de otros. Son más o menos grandes y suntuosos, según la riqueza del país que representan. En su mayoría son hermosos, excepto el de Vermeuela. En la llamada Plaza de América está el Palacio de Bellas Artes, que ocupa todo un frente. Es bellísimo. Está rodeado de jardines con fuentes y postes con farolas rematadas en águilas. Igualmente bellos son el Pabellón de Artes Antiguas y el Pabellón Real. No sé para qué tendrán destinados estas construcciones, pasada la Exposición.

Los pabellones de las naciones servirán de residencia a los consules respectivos. El pabellón de Colombia me gustó mucho. Fue de los que más llamaron la atención por su rara arquitectura, pues tuvieron la idea feliz de hacer una imitación de la de los Mayas, que, con sus figuras simbólicas, resultó muy sugestiva. El kiosco separado para servir el café les quedó muy gracioso. Desde lejos se trascendía el olor de la deliciosa infusión. Un diorama mostraba todo el proceso del cultivo del café, desde los almárigos hasta las sacas cargadas en las mulas. El pabellón de la ciudad de Nueva York es una reproducción de una casa genuinamente española, con sus rejas de hierro paladas, su patio de arulejos con fuente; y los baños y cocina y demás, con toda la higiene y confort que ellos gastan en su país. Hasta en esto fueron prácticos, pues tuvieron más en cuenta las comodidades que la estética.

En el centro de los jardines están el Estánque de los Livios, la Fuente de las Ramas y la Glorieta de Don Quijote: es una potonda con asientos en redor y con mosaicos historiados, de la vida y aventuras del famoso Hidalgo y su Escudero. Es un lugar de descanso muy simpático y muy apetecido por los paseantes.

El monumento a Biequer, erigido por los

Alvarez Quintero a orillas del Guadalquivir, según el deseo del poeta, es muy hermoso: el busto se levanta cobijado bajo el árbol, y a un lado hay dos figuras de mujer que representan El Amor que nace y El Amor que muere, muy bellas y sugestivas. Amor representado en bronce, las mira por detrás. Es esto, sin duda, de las cosas artísticas de mayor atractivo que tiene este lugar.

Las fuentes de agua son bellas y de formas variadas: ya son pilas altísimas de varios pisos, ya cascadas o surtidores de chorros rectos o sesgados, que iluminan cada dos noches. Esto sí es una cosa fascinadora. Cambian de colores las aguas a cada segundo: verdes, rojas, amarillas, azules, lilas; en fin, el arco iris. Es un embujamiento, como cosa de las Mil y Una Noches. En estas tardes de las iluminaciones había mucha concurrencia; no así en las demás, en que casi siempre estaban solitarios los paseos.

De lo expuesto en los pabellones no les hablaré sino de aquello que más me llamó la atención. Ya pueden suponerse que allí estaba representado lo mejor y más artístico de todos los países. Había bellísimos cuadros y tapices; varios gobelinos del palacio de Versalles, para los cuales Rafael de Urbino había dado el dibujo; antigüedades de

España, muy artísticas como los vestidos de las reinas españolas, que estaban expuestos en vitrinas; vestidos perfectamente conservados, gracias a las telas tan finas. Tisúes de oro y de plata, rasos y encajes finísimos; todo esto bordado, recamado de oro, de perlas y de piedras preciosas. Los maniqués esponjados unos con sus crinolinas y tontillos, según la moda de la época o vestidos con túnicas como hábitos monjiles, pero todos de materiales riquísimos. Más parecía esto una sacerdotía del templo de Salomón, que por donde las tenía, por las casullas, paramos de altares y toda clase de ornamentos de iglesia, también suntuosísimos; apenas eran iguales en magnificencia a los viejos maniqués. Los santos más antiguos figuraban allí: feísimos unos y bellos otros. Había un Cristo, que no recuerdo de dónde procedía, pero era de los primeros siglos del cristianismo, según decía el letiero; tan destintado y carcomido, sin el más leve asomo de pintura, que puede decirse que era un esqueleto de Cristo, curiosísimo, por lo mismo; los santos bizantinos eran los más, con sus colores vivos y sus fijos dorados.

En los pabellones latinoamericanos había cosas muy buenas; mucha riqueza en el del Brasil, sobre todo en minerales. Había muestras de topacios en bruto, y otros exponentes de gran valor. El pa-

bellón de Méjico llamaba la atención por sus man-
 tas, telas bordadas a mano, de raros dibujos, y los
 sombreros que usan allá los charros, que son muy bo-
 nitos, bordados, dibujados y llenos de cañetes, de for-
 ma plana y alta copa. Yo quise comprar uno para
 traerlo, por lo curioso, pero me desanimé por el tá-
 maño, pues no tenía modo de empaquetarlo. El pabellón
 de Colombia tenía muy buenas cosas para
 exhibir: cigarrillos y cigarras de nuestras grandes
 fábricas de la Cia. Colombiana de Tabaco, y de otras
 de Buenavivanga, muy buenos y bien presentados;
 nuestros sombreros blancos aguadeños, firmemente te-
 jidos, y muy estimados allá; las alpargatas usadas
 por nuestro pueblo, que vi con tanta simpatía; las
 mantas y paños de las fábricas bogotanas; la co-
 lección de mariposas de todos los colores, con las
 cuales habían hecho decorar platos y ceniceros, muy
 finos y bonitos; el salón destinado a los objetos
 de los indios, con sus ídolos de oro y barro, sus va-
 sijas, &c. muy bien presentado, pues eran nuevas
 o ricas, imitando las purgas, y muy a propósito
 para el caso; por último el salón donde iban a
 exhibir los objetos y muestras de platino y de oro,
 y las esmeraldas, orgullo de nuestra tierra, muy
 valiosas, en bruto, en formación y en joyas muy be-
 llas. Para esto tenían arreglado un salón que

imitaba una caja fuerte, con sus cerraduras y sus compartimientos. La estatua del Silencio, del malogrado escultor Tobón Mejía, estaba bien colocada, en el conector del frente de la entrada, muy sugestiva y simbólica; pues con su dedo sobre los labios parecía decir a los curiosos que guardasen silencio y no criticasen en nuestro pabellón. El patio es reproducción de los de Sevilla, con sus azulejos y su fuente.

La América Latina estaba muy representada, exceptuando a Venezuela, como ya dije. Era el pabellón "patito" de la Exposición; cosa rara, siendo este país uno de los más ricos de Suramérica; sin duda no le dieron gran importancia al asunto, y a última hora arreglaron cualquier cosa; por esto salió algo desairado Juan Vicente. Qué triste se pondría si me oyera!

Nuestro consul en Sevilla, con quien nos encontramos en el pabellón de Colombia, y los señores bogotanos que lo arreglaban, nos instaron para que asistiéramos a la inauguración, porque deseaban que hubiera bastantes colombianos, y tenían un programa muy atractivo; pero nos fue imposible complacerlos; teníamos que demoraros catorce días y el viaje se nos trastornaba.

A instancias nuestras nos llevó el guía a

Las ruinas de Itálica. Teníamos curiosidad de conocer el lugar desolado que fue colonia de los conquistadores romanos. Son lejos de Sevilla. Estas históricas ruinas, antes perdidas y olvidadas, soterradas por el polvo de los siglos, se prescruan hoy por descubrirse. Cuadrillas de trabajadores removían la tierra, y muchas cosas bellas y curiosas han salido a luz.

Lo primero que se alcanza a ver son los restos del gran Circo. Nada más imponente y sugestivo; y, como ya estaba limpio de escombros, pudimos penetrar al interior. Es muy amplio y debió ser hermoso. Tiene partes altas que aún se sostienen. Lo formaban series de gradierías, que subían casi hasta donde debía tener el velario, separadas unas de otras por tabiques, y cada una con entrada especial. En el primer plano del redondel se ven cuatro hornacinas donde había sendas estatuas de tamaño mayor que natural, que fueron trasladadas a Sevilla. En dos de las hornacinas estaban colocados los gigantes bustos del Emperador Adriano y de otro de los Césares; en los restantes, estatuas de diosas. En el recinto del Circo han descubierto un subterráneo en forma de cuadrilátero, dividido en compartimientos y sostenido por columnas. Allí encerraban las fieras. Tenía dos galerías de entrada y

salida, que hoy se ven. De las dependencias del edificio hay partes bien conservadas, como el Expositio-rio, donde depositaban los cadáveres de los que morían en la arena, y los patios de las entradas. En el piso de las galerías subterráneas, recientemente descubiertas, se ven de trecho en trecho planchas de mármol que tienen grabadas huellas de pies descalzos; tenían por objeto indicar a los gladiadores la entrada o la salida de este laberinto.

Haciendo excavaciones lejos del Circo, en la parte más plana de una colina, y destruyendo los pilares que allí había, han descubierto unos grandes patios o salones, que parecen de palacios por su magnificencia y sus bellas columnas de mármol, pavimentados con mosaicos blancos pequeritos y dibujados primorosamente con negros, de los cuales conseguimos algunas muestras con los trabajadores.

Las ruinas del Circo era lo único que señalaba el sitio donde existió Itálica, antes de los recientes descubrimientos. Era tan sólido, que ha podido resistir los embates del tiempo. Los antiguos romanos, con su afición a los juegos circenses, quizá pusieron mayor interés en aquella construcción que en los demás edificios, porque de estos no existen sino vestigios.

Me encanté volviendo a leer los versos tan fa-

mosos del poeta, que están grabados sobre planchas de mármol en el salón-museo, donde van colocados lo que van desenterrando. Recorde los tiempos de mi lejana mocedad, cuando en el colegio nos hacían recitar aquella composición, y el énfasis al decir:

Estos, Fabio, ay dolor! que ves ahora
 Los campos de soledad, mustio collado,
 Fueron un tiempo Itálica famosa,...

Y aquello otro:

Aquí nació aquel rayo de la guerra,
 Gran padre de la patria honor de España,
 Pío, felice, triunfador Trajano,
 Ante quien muda se postó la tierra
 Que ve del sol la cuna, y la que baña
 El mar, también vencido, gaditano

Esto, que nos parecía tan lindo, y que todas recitábamos en coro, estaba en el libro de lectura, que todavía conservo. Pero no hagamos añoranzas.

Impresionan profundamente el olvido y el abandono que reinan hoy en este lugar, que fue ciudad populosa y noble donde rodaron de marfil y oro las punas de ilustres varones. Yo también, como el poeta, lamenté que al final de tanta grandera y tanta gloria sólo quedase un montón escuro de "penizas desdichadas."

Al regreso a Sevilla nos detuvimos en un

pueblo que hay cerca, para visitar una fábrica de
 "azulejos", que dicen allá, donde compramos el cua-
 dro del Jesús del Gran Poder, que colocamos aquí en
 el patio de nuestra casa de extranjero. Nos mostia-
 ron los santos grabados en baldosines, pero todos nos
 parecieron pequeños; vimos maravillas en toda cla-
 se de objetos: cuadros, paisajes en relieve, vasos de
 formas variadas, platos, &c. Fuimos que dejar las di-
 mensiones para la fabricación, pues necesitaban di-
 bujo especial, por su gran tamaño; además, pagar
 por adelantado, con empaque, derechos de aduana
 y demás; todo lo cual valía \$200 más o menos de
 nuestra moneda. Dejamos las indicaciones para des-
 pacharlo directamente. No dudamos de la honrabi-
 lidad del fabricante, por el libro de registros que nos
 mostió, y el depósito de cajas que tenía embaldadas y
 facturadas para varias partes de América y de Eu-
 ropa misma. Efectivamente, todo nos llegó a su tie-
 po y sin ningún retraso.

Como ya iba muy larga esta nuestra visita,
 nos despedimos para tomar el tren Sevilla - Grana-
 da, el 14 de Septiembre.

X

Hicimos este viaje en un Pullman reservado, muy cómodo y elegante, pero donde hacía mucho calor; no podía uno acostarse, por tener los sillones separados, por lo cual yo prefería los otros compartimientos.

Pasamos por Córdoba, pero apenas rozándola, lo que sentimos mucho, por no poder conocer la Mezquita. Vimos también a lo lejos el castillo de Medina del Campo, donde tuvieron recluida a doña Juana la Loca.

En las inmediaciones de Granada la vegetación es exuberante; nos parecía que viajábamos por el cañón del aburrá. Los mismos cultivos, los mismos cereos de peneca de cabuya, no vistos en otra parte, lo mismo que el maíz; pero no empenachado como el nuestro, pues le cortan la espiga y toda la hoja para robustecer la mazorca. El Guano, y más allá el Puro, fertilizan la roca. Esto de ver cultivos iguales a los nuestros me alegró el espíritu. Las peneas de cabuya y los choebos los miraba con cariño.

En la estación nos aguardaba el guía con el carro para conducirnos al hotel; éste tenía un pomposo nombre: Hotel Alhambra Palace. El auto recorrió varias calles de ciudad, y luego tomó por

una carretera que va encumbrándose a medida que avanza por una avenida umbria y bellísima, en la que los árboles cruzan sus ramas. El cambio de temperatura fue brusco, después del calor que hacía en el valle. Fuimos que ponernos los abrigos. Este camino es uno de los que conducen a la estambria. Al trepar a una especie de meseta dimos con el hotel, al que se llega por la parte de atrás, o sea por el norte; el frente o sur es hacia el lado de la ciudad, y parece que se le viene encima, por lo cerca y alto que está de ella.

Es un edificio parecido en su construcción al de nuestra casa de Swanjuez, está situado lo mismo, pero más grande y más cerca de la ciudad. El panorama que se desarrolla nos parecía en mismo que se domina desde allí. Parece que se está mirando a Medellín: la formación del terreno, las montañas, el valle, los pueblos que se ven a lo lejos, la ciudad misma es parecido. Hasta un cerro que se levanta igual al aquí llamado Cerro de los Cadavides. Lo que tiene el nombre de El Suspiro del Morro, son aquí los cerros que se ven hacia el lado de Caldas. Tiene hasta la misma orientación que Medellín.

La ilusión es tan completa, que sentados en la terraza señalábamos la Catedral de Villanueva,

el Seminario, La Candelaria, La Universidad, el Palacio de Gobierno, la Torre de Telégrafos; en fin, nuestros más elevados edificios. Yo les decía que me sentía feliz por estar en mi casa contemplando la ciudad de mis afectos. Siempre "la loca de la casa" con sus engaños!

Granada es quizá tan grande como Medellín, pero con mejores edificios; las calles sí son mejor pavimentadas aquí. Al siguiente día que fue domingo; bajamos a misa a pie; pero teníamos que aferrarnos bien, para no caer y resbalar en esas calles de guijarros tan puntiagudos. A tres iglesias tuvimos que ir para encontrar dónde dijeran misa; las otras dos estaban solitarias.

En la madrugada me habían despertado unos cantos coreados por muchas voces. Me asomé a la terraza y vi que subían por una de las calles muchas personas: hombres, mujeres y niños; gentes del pueblo que venían todos juntos, y eran los de los cantos; parecía que celebraran alguna fiesta; quizá un matrimonio o algún bautizo. No tuve a esa hora quien me informara.

Salimos en auto al medio día, a recorrer la ciudad y sus alrededores. En los solares de las casas abundan los árboles frutales y las flores, que se asoman por sobre los cercos de las tapias; los

higos amarillean por todos los balcones; los viñedos ostentan sus grandes racimos y los árboles de la breva, que son muy frondosos. Los jardines, o sea los Cármenes, de que tanto se habla, bordean el Darro.

En el medio día nos fuimos al barrio llamado Albaicín, donde habitan los gitanos. Es en la margen derecha del Darro; tiene al frente el ramal de la alta cordillera que se desprende y baja hasta el valle, donde están los jardines y los edificios de la Alhambra a cuyos pies y a gran profundidad corre el río, circundándolos y lamiendo las altísimas rocas, cortadas a pie, que le forman una barrera natural e inespugnable. La calle de los gitanos es larga y tortuosa. No hay habitaciones sino al lado derecho, pues son labradas en la misma roca, y a la izquierda baja la falda hasta el río. Las casas son cuevas, con una sola entrada, tapada con puerta; son aquellas en forma redonda como de horno, y no son sostenidas en andamios de madera como los socarones de las minas, porque la roca es compacta y resistente; por lo mismo no se denominan. Son generalmente tres las cuevas que constituyen cada vivienda, unidas entre sí. La de la entrada es el "salón", que sirve a la vez de tienda, pues en sus disparejos y entucidos muros están colgados para la venta: frailes, chocolateras, sartenes y demás

utensilios de cobre que fabrican los gitanos y que con-
 tituyen su comercio. La segunda cueva, la más pro-
 funda, es el dormitorio; la otra, que está siempre uni-
 da a la sala, es la cocina; tiene roto hacia arriba un
 tragaluz o lumbrera, para darle salida al humo. Son
 muy baruidas y arregladas y no son malolientes. Nos
 dijo el guía, que estas cuevas tienen la particulari-
 dad de que en el verano son frescas y en el inwie-
 no cálidas, por lo cual no necesitan calefacción.

El auto andaba con lentitud, pues era asal-
 tado por la turba de chiquillos y mujeres que surgian
 de los agujeros, como si la tierra los bustase. Iba-
 mos provistos de calderilla, pues ya estábamos ilus-
 trados por el guía; pero aquello se acabó como por
 ensalmo. Las manos nos las metian por la cara y
 por los ojos, y se trepaban al carro, a pesar de las pro-
 testas del chofer. "Las reinas", "la señora bella", "la ni-
 ña preciosa", "El señor rumboso", "Regálenme una
 monedita". Esto se oia, y mucho más, repetido con
 insistencia y en tonos patéticos y plañideros. Sofía
 quiso retratarlas, porque había unas gitanas boni-
 tas y muy engalanadas, con flores en la cabeza;
 triunfo le costó hacer apartar la granjiería y que
 las dejaran solas. Se prestaron encantadas para
 la frase, pero luego determinaron, las muy pedi-
 güeras, que Sofía les había de pagar por haberse de-

jado retratar. En cuales se vieron el guía y el chofer para esprintarlas. Sólo moviendo el carro y amena mandolas con hacer de todos una tortilla, lograron que se apartaran.

Hay entre ellas su categoría: las ya nombradas son, como quien dice, la plebe; las que bailan y se exhiben forman la aristocracia; son muy bonitas y se visten con más gracia y mejores telas. Los trajes anchos, y llenos de volantes y cintas; puesto el mantón en forma de pañoleta, anudado a la cintura; bien peinadas, con muchas flores y pinetas; calzadas con zapatos de altos tacones. Hay caras y cuerpos bellísimos; algunas, muy parecidas en el tipo a las antioqueñas; de manera que nosotros creíamos ver a la Zulanita y a la Lutanita, de aquí de Medellín. Los gitamos no son feos, pero muy peludos y menos bien parecidos que ellas, como mujeres.

Nos dijo el guía que eran celosísimos; que por cualquier piropo o palabra que les dijeran sacaban el puñal y armaban la gran tijulca. Mucho que nos acordamos Sofía y yo de cierta persona muy admiradora de las mujeres e incapaz de no piroppearlas. Como hubiera gozado y supido sin poderles decir esta boca es mía! Son muy simpáticas y risueñas. El baile lo contrató el guía por cierta suma, y para hacernoslo especial en una de es-

has salas-cuevas, que las hay muy grandes. El tabla-
 que tenían para estas exhibiciones estaba ocupado in-
 tegramente por los turistas americanos, que habían
 madrugado más que nosotros; desde allí vimos sus
 risas y aplausos, pues es la gente más gozosa. Las
 bailarinas eran dieciseis muchachas a cual más
 bonita, y dirigidas por una vieja, engandujada co-
 mo ellas, y que bailaba mejor que todas. Los gita-
 nos no toman parte en el baile: son los músicos. No
 permiten la entrada ni aun a los compañeros, si no
 pagan. El baile es muy bonito y curioso: cada u-
 na baila sola, y van saliendo al centro por turno,
 como en exámenes. La que sale se planta, y allí co-
 mienza el papateo y el meneo de caderas; los brazos
 en alto sosteniendo las castañuelas, o poniéndolos en jama
 por la cintura; el papateo aumenta por momentos ha-
 ciendo sentir el ruido de los tacones cada vez más
 fuerte, hasta que se desmaya jadeante, en un silbi-
 o desfalleciente pitmo. Cada una tiene su estilo:
 unas marcan más el meneo de las caderas; otras
 mueven más los brazos y suenan más las casta-
 ñuelas o la pandereta; aquellas hacen más largo y
 fuerte el taconeo. La vieja era una maravilla. Al
 terminar, bailan todas a la vez, cogidas de las ma-
 nos, o formando rueda. Nos despedimos muy com-
 placidos después de felicitarlas por su baile tan bo-

mito, y de darle propina a la dueña de la gran ue-
ra, que se quedó muy satisfecha.

Los domingos no trabajan y son los días destinados
a los bailes; en la semana se ocupan en la fabrica-
ción de objetos de cobre; pero dice que ganan más con
los bailes, pues no faltan turistas curiosos o gente
de la misma ciudad, quienes pagan por verlos bai-
lar. Son pacíficos y laboriosos y la prolicia in-
terviene pocas veces, solo cuando surgen, lo que
generalmente es por celos. No son, pues, estos
los gitanos nómades que invaden como plagas mu-
chas ciudades, de vez en cuando.

Al regresar a la ciudad nos detuvimos en un
restaurante para tomar el té. Sofía pidió lo que
desearíamos, incluyendo helados en la lista. Mi-
ro a Sofía, y la veo seria, la nariz dilatada, el
cieno arrugado, como se pone cuando algo te dis-
gusta; veo que retira la taza y la copa con el he-
lado, que ella misma había elegido. "¿Me te pasa?"
le pregunté. Me hace un guiño para disimular,
pero no toma nada. Cuando terminamos me dijo
con mucho misterio que la leche que nos habían
servido, y de que estaban hechos los helados, era de
cabra, que ella odiaba por lo feo que olía. Yo me
rei; pero tal es el poder de sugestión, que volví a
ponerle leche al café, ni a comer las chulitas de

cordero que tanto me gustaban. Esto de la antipatía a la carne de los lanudos animales como que era especialidad de la enamorada pareja, porque Prosperin; en el hotel de Nueva York, tampoco tomaba la sopa aunque lo mataran, porque dice que le plia a "chivo". Qué final de baile tan prosaico!

La Catedral de Granada, con sus tones cuadrados, es muy imponente; pero no sé decirles a qué estilo pertenece, ni hablaré de las curiosidades que debe contener, porque no recuerdo nada referente a ella. La capilla de los Reyes la tengo más presente por estar allí los monumentos funerarios de los Reyes Católicos, de su hija doña Juana la Loca, y don Felipe el Hermoso. No pudimos entrar por las puertas de la fachada; la estaban reparando. El guía nos condujo a la vuelta y nos hizo entrar a una pieza grande y desmantelada, de donde avanza una escalera pendiente y estrecha, de peldaños gastados, que llega a una sacristía. Allí, en unas vitrinas, y colocados sobre cojines de raso, nos mostró la espada de don Fernando y la corona de la Reina. Qué descencanto! La espada del Rey Católico es una espada cualquiera. No tiene ni remota semejanza con las que yo había visto en el museo de Nueva York, incrustadas de pedrería y con borlas

de perlas. La corona de la Reina tampoco me pareció bonita. Es semejante a las coronas de latón dorado, con piedras de vidrio, que le ponen a la Virgen por ahí en las iglesias de los pueblos. Tienen el mérito de la antigüedad y de haber pertenecido a tales Reyes. Tendrán, sin duda también, mucho mérito y valor artístico, pero yo, al menos, no se lo encontré.

Hay en esa sacristía muchos cuadros de santos con marcos dorados, ornamentos bordados por doña Isabel, con delabros y ciriales antiquísimos, que me puse a examinar con interés y curiosidad. De repente miro, y me encuentro sola, con un muchacho, que debía ser monaguillo de la capilla. Él, muy atento, me dio la mano para bajar la riesgada escalera. Bajamos, y no vi más puerta, por más que atise, que la que da salida a la calle. Pasé por ella, mirando hacia arriba y hacia abajo, pues la calle es en pendiente, y ni rastro de los compañeros. Allí me tencis a la Vieja "ruequeando" calle arriba y calle abajo, indagándole a todo el que en contrataba, como en el cuento de "María Esprellita": "Usted ha visto pasar una tripita?", y la tripita agua abajo. Una futura caritativa, que tenía establecida su venta en la misma esquina alta de la calle, me dijo: "Senora: los

misteres que Ud. busca pasaron por aquí hace un rato." Y hieteme sin saber que rumbo tomar, y mi pastor de las "gingos." Al fin apareció el guía, que andaba buscándome, y más abajo Pedro, que recibió la primera rociada, y que muy atento y risueño me daba disculpas y explicaciones. Me condujeron por una puerta misteriosa que yo no tenía riesgo de encontrar, y me entraron a la iglesia, donde estaban los otros tres, sentados frente a los monumentos. El Viejo, muerto de risa por mi chasco, lo mismo Barbarita y Sofía, lo que acabó de irritarme. Al Viejo lo vi más chiquito de lo que es, con la ira que tenía, y el muy pillo se reía más y más con lo que yo le decía: "Descomedido, desatento, desconsiderado." Agoté el repertorio en vano, pues más se reía. A las otras las desprecié con un gesto o limpió. Barbarita, con esa su innata bondad, se me acercó muy amable: "Vea, mi pía Isabelita; yo creía que don Claudio había bajado con Ud. Por eso no la esperamos.... Camine para que vea los sepulcros que son tan bellos!" Yo acabé por calmarme con estas persuasivas explicaciones dadas de tan buenos modos.

Los monumentos son bellísimos, obra de un célebre artista italiano. Cuatro figuras yacentes representan a los Reyes, a doña Juana la Loca, y a su

"Hermoso" marido, tan celado por ella. Están llenos de complicados dibujos y de ángeles tallados con primor. Estos si no son como la espada y la corona. No curioseáramos la iglesia por estar oscura y por orientá.

Las visitas a la Alhambra, y al Generalife fueron de mucho interés, aunque cansonas, pues para ver mejor subíamos a pie la larga cuesta, no obstante haber un tranvía que costea la falda y sube hasta cerca del palacio, donde hay como un pueblecillo.

El hotel lo tomamos como punto de partida. Está al norte de la ciudad y a media falda; como quien dice aquí la Capilla de los Angeles. La Silla del Moro blanquea en la altura hacia oriente; lo mismo las crestas de Sierra Nevada o Sierra Elvira, que juntan con las nubes su nieve perpetua.

A poca distancia del hotel, hacia el norte, se oye el ruido de un torrente que desciende de la montaña; allí emboscado se encuentra el monumento a Angel Garivet: es un busto en mármol sobre una columna con una fuente también de mármol, que tiene un ciervo. Luego se túerce hacia occidenté por una alameda de altos pinos que enlazan sus ramas formando dosel; al fin de ésta se encuentra la enorme puerta que da entrada al verdadero recinto de la Alhambra. La llave de ésta puerta sería la que el moro in-

fortunado entregó a los Reyes Católicos, y que sir-
 vió de motivo para el bello cuadro de "La Rendi-
 ción de Granada". Quizá tenga alguna inscripción
 conmemorativa que no recuerdo. A poco de pasar es-
 ta puerta, que tiene muros hacia dentro, y hacia a-
 fuera, formándole como un zaguan, se pasa a
 una plazuela llamada de los Aljibes. En el ex-
 tremo occidental de esta, suspendida como un nido
 de águilas, está la Alcazaba, fortaleza con castillo al-
 menado que construyeron los moros para su de-
 fensa. Subimos a lo más alto de las torres por an-
 gostas y gastadas escaleras de piedra, y desde a-
 riba pudimos dominar un panorama hermoso:
 la ciudad con sus torres y cimientos al suroeste,
 y el barrio del Albaicín al norte. Existen en la for-
 taleza las casetas de los vigías y centinelas, lo
 mismo que sus habitaciones. En una alta plata-
 forma hay suspendida una gran campana que ser-
 vía para dar los toques de señal; y hoy en cierto
 día del año, en que celebrar no sé qué fiesta, se
 juegan las mozas del pueblo para llegar a tocar-
 la; pues la que logre hacerlo es la primera que se
 casa.

El Darro pasa profundo al pie de la altí-
 sima roca donde está el castillo, y después de ro-
 dearla se tuerce hacia la veiga y se junta con el Ge-

mil.

Hacia oriente de la palareta de los Aljibes está el palacio que proyectó Carlos V, y que no llegó a terminar. Había leído, en alguna parte que no recuerdo, que éste era una enorme fábrica sin orden arquitectónico ni bellera ninguna. No me pareció así, y pensé que la ciudad de Granada debía terminarlo, pues lo existente está bien conservado y es hermoso. El guía nos dijo que la municipalidad pensaba concluirlo para destinarlo a museo.

Detrás de este palacio hacia oriente, está la entrada a los jardines de la Alhambra. Lo primero que se ve de ella no es bonito, por ser la parte más arruinada; no es ni siquiera imponente, la Alhambra hay que verla por dentro; internándose en las galerías ruinosas, se llega a las partes más hermosas, que afortunadamente son las más respetadas por el tiempo. No pretendo describirlo.

En el Patio de los Leones no es precisamente la fuente lo más bello, sino sus arboladas y cabadas arjadas, y sus estellas columnas. Los labrados y pinturas de los techos de la Sala de los Reyes, de la de Las dos Hermanas, Peinador de la Reina, Sala de Embajadores y Mirador de Lindara-

ja, parecen acabados de salir de las manos del artista, por lo fresco y vivo de sus colores. Cuántos veces se asomaba Horaya, la bella cautiva cristiana que fue reina mora, a este balcón de Lindaraja, a mirar pensativa hacia los jardines y las sierras lejanas, recordando quizás el pasado, cuando ella se llamaba Isabel de Solís. Viendo estos salones encantados se me vino a la mente aquella romántica historia.

El Salón de los Secretos es muy curioso. No pudimos resistir al deseo de hablar por los rincones para comprobar el fenómeno. Otra de las salas tiene un pavimento que se mueve, cuando se pisar encima, como si tuviera resortes.

Los moros eran verdaderos estetas que sentían la belleza y sabían traducirla en obras. Con razón lloró el Rey moro, según la leyenda, al abandonar este palacio de ensueño.

El Generalife es hijo de la Alhambra, más hacia la cordillera; era como la casa de campo de los Reyes Moros. Es también otro palacio de encanto, con sus patios, sus galerías y balcones. Las fuentes de ambos palacios son bellísimas, igual que los bosques y jardines. Hay mucha abundancia de aguas; por todas partes se oye su ruido; descendiendo de la montaña escondidas entre el fo-

llaje. En el patio llamado de los Cipreses o en el del Estanque, está el piezo ciprés de la Reina Sultana, que tiene su leyenda.

Dicen que el Generalife fue cedido desde los tiempos de los Reyes Católicos a un moro converso, y que fue pasando como herencia hasta sus últimos descendientes, a quienes la municipalidad había entablado un pleito reciente que fue fallado a su favor; así volvió a propiedad del Gobierno.

Al regreso nos demoramos un día en la plaza de los Aljibes, donde había una venta de vistas de la Alhambra y otros objetos. En un patio a estilo morisco tenían instalada una fotografía con toda clase de aparatos, para retratar a los turistas, disfrazados de moros. Con esto hacían su negocio. Muchos nos instaron a que nos prestáramos a la pose, pero rehusamos a pesar de sus ruegos. Nos daba fastidio de los vestidos, usados y manoseados por todos los que se habían prestado a la farsa. Aquí recordé la novela "Los Cármenes de Granada", de Armando Palacio Valdés, en que pintó a la protagonista en la Alhambra, vestida de mora. Creo que desde entonces existen los famosos disfraces. ¡Lástima! Como hubiera quedado la Vieja, haciendo de mora. Hasta parecería la Reina Siza, por lo competente.

VI

A las ocho de la mañana salimos de Granada, de retorno a Madrid. Estamos dejando atrás el fértil valle y entrando de nuevo a las arideces de Castilla, que no dejan de tener su encanto. Las montañas de Sierra Morena, rojas y espuetas, son bellas; hay que pasar varios túneles rocosos. Viéndolas recordé la aventura aquella de don Quijote, cuando brincaba en paños menores por estas sierras, haciendo su penitencia, con escándalo de Sancho, que lo declaró loco por lo de las cubriolas.

Los olivares, que son por lo general lo que se cultiva, son bonitos con su verde amarilloso; se ven retanos de corderos del color de la tierra, que pastan por los escasos matojos. El trigo ya estaba segado; los conos que forman para almacenar la paja para el forraje de los animales en el invierno, se ven como bohíos. No conocía el sistema primitivo de sacar el agua por medio de norias, que me pareció muy curioso: se ven, por doquiera, las pobres bestias que voltean sin parar, atadas a su yugo. Las habitaciones de los labriegos son muy particulares; abren cuevas, como los gitánes granadinos, pero no en la roca, sino enterradas como

hormigueros; les hacen una boca de salida defendida de las lluvias por un techo cubierto de lata, ladrillo o lajas de piedra.

Regresamos a Madrid a las ocho de la noche, al mismo hotel Alfonso VIII, permanecimos allí otro día. Estuvimos de tiendas al día siguiente, pues yo quería comprar un sombrero, porque los que llevaba estaban deformados con el trajin. Los almacenes de lujo son iguales a los de París.

En el medio día nos fuimos a recorrer los barrios pobres. Estuvimos en una calle muy larga donde había ventas de carnes y de víveres. Muchísima abundancia de aquéllas; las había de toda clase de animales; cuartos de novillo, de ternera, de cordero, colgaban de las puertas y de las paredes, choveando sangre; así mismo las sartas de aves y de conejos; las ventas de pescados variadísimas, pero qué olor tan poco agradable! Los cargamentos de tubérculos y legumbres eran enormes. Las pascaras y desperdicios eran arrojados a la calle. Había que pisar con cuidado para no resbalar. No me explico por qué estaba esto mal organizado, cuando tienen mercados cubiertos y un matadero moderno muy higiénico.

De allí nos fuimos a curiosear las viviendas de los anabales, con admiración del guía, a quien le parecía raro que escogieramos esos sitios, habiendo

otros mejores tan bellos. Estas viviendas son armadas con pablos y tablas y cubiertas con pedruzcos, encera dos, barriles, esteras, latas y todo lo imaginable; hasta tarros de conservas y cantones desempeñan allí papel importante. Las casas de los traperos son muy típicas, se distinguen entre todas. Allí sí que están reunidas la mar y sus conchas. Las gentes de baja clase de estas grandes ciudades de Europa viven por milagro. Aquí en Colombia, especialmente en Antioquia, casi no se ve miseria: todos, más o menos, tienen sus viviendas limpias y habitables, aunque sea una choza. No hay tanta mugre. Nuestro pueblo es limpio; acostumbra el agua de Dios para el uso de su persona y de su pobre hogar.

Sejan, mis hijos, para que la quieran con amor, que nuestra tierra es privilegiada. Aquí vivimos muy confortablemente y gozamos de más libertad que otro pueblo alguno. Nos quejamos injustamente de nuestra constitución y nuestro gobierno. En ninguna parte se tienen tantas garantías. Y basta de sermón.

Nos obsequiaron en el hotel ese día con lo que llaman el "coido"; es muy semejante a nuestro "pu-chero", pero el nuestro tiene más componentes y es más sustancioso.

Me fui presurosa de Madrid; con gusto me hubiera quedado más tiempo.

XII

Salimos por la vía de Alócha a las nueve de la mañana. Las comidas fueron servidas en el coche-restaurante. Pasamos por el famoso balneario de San Juan de Luz, una playa muy apetecida por los elegantes, entonces "demodé"; las casitas o villas son como juguetes, esparcidas las unas por la playa y encaramadas las otras. Muy bonito me pareció.

En este trayecto pasamos por Haragoza. Mencho deseó verla, pero el tren se encajona allí como en un túnel, sin vista para ninguna parte; cuando sale, ya la ciudad está lejos.

Fueron doce horas cansonas, pues llegamos a Barcelona por la noche. Fuimos conducidos al Gran Hotel de Oriente, Rambla del Centro. Las piezas que nos tenían preparadas no eran buenas: en la parte interior del edificio, con vistas a una calle estrecha, y plagadas de ranuncos. Pedro, tan acostumbrado a las comodidades y a la buena vida, protestó airado, amenazando al conserje con que nos trasladaríamos a otro hotel esa misma noche, y que informaría a la Agencia Rubin de lo malo de la instalación. El hombre, atemorizado, nos suplicó que aceptáramos las piezas por esa noche, por

que había cupo completo; que a la mañana siguiente nos daría las mejores del hotel, luego que las desocuparan. Así, Pedro se calmó y convino en aguardar. La noche que pasamos fue mala: los panecillos picaban y "musicaban" que era un gusto; naturalmente no dormimos. En la mañana tuvimos que desempaquetar el frasco de yodo para curarnos las picaduras; y muchas e irritantes protestas. A medio día nos trasladaron las maletas a las piezas fronterizas del hotel, con pistas a la Rambla, y amobladas con lujo. La de Sofía era una "percha". Los panecillos siempre se compraron hasta allá, pero en menor número. Nosotros, antes de acostarnos, los dábamos, cara a golpes de toalla, y algo nos defendíamos.

Barcelona, la gran capital catalana que tantas bronceas ha armado, es una ciudad cosmopolita, allí se hablan todos los idiomas. En el comedor del hotel era hasta gracioso: en cada mesa se hablaba un idioma distinto, menos el dichoso catalán, que solo lo oí una vez en un trío.

La ciudad es tan grande como Madrid, o quizá más; se ve más gente y hay más movimiento comercial; las Ramblas o calles principales son muy bonitas y parecen hormigueros. La Plaza de Cataluña, muy grande y bella, con sus grupos de estatuas y sus pintuosos edificios. El Paseo de Gracia,

también hermoso. Al rey Alfonso, aunque no le tenían mucho amor, le regalaron el suntuoso Palacio Real de Pedralbes, en un banio nuevo muy alegre.

Las construcciones del arquitecto Gaudí, que ya murió, son muy curiosas: los edificios son a estilo cavernario; las puertas imitan las entradas de las cavernas; los muros están llenos de ramajes y cosas raras; pero dan buena impresión. A mí me gustó por su originalidad especialmente una casa situada en el Paseo de Gracia, que tiene en la fachada y en la portada nichos y otras cosas.

El templo dedicado a la Sagrada Familia, quedó inconcluso por su muerte. Este sí es el más original: tiene tones muy atrevidas llenas de plantas y animales. En una especie de subterráneo o sacristía nos mostraron una miniatura en yeso, de la iglesia, y nos gustó mucho.

La Iglesia Catedral es imponente. En una cripta, debajo del altar mayor, se encuentran los restos de Santa Eulalia. El Cristo de Lepanto, el que llevó a la guerra Don Juan de Austria, tiene también su capilla. Así mismo un relicario, llamado de La Santa Espina, que debe ser de la corona del Señor. En este templo fue donde bautizaron los seis indios que llevó Colón en su primer viaje.

Hay en la sacristía una caja fuerte de grandes

dimensiones, donde guardan la riquísima custodia de oro y pedrería, la más valiosa del mundo. Está colocada sobre una silla de plata sobredorada. Los papas y los reyes le han regalado multitud de joyas de gran valor, que le han ido colocando sin deformarla. Allí se exhiben el día de Corpus, y la sacan en un carro de marfil.

El sitio de la Exposición es muy extenso y hermoso; los edificios son quizá más grandes que la de Sevilla, pero menos bellos. Hay un lugar que me gustó mucho: el llamado Pueblo Español. Es una serie de edificios que reproducen los sitios más típicos de España. Con razón lo llaman pueblo, pues lo es, y no pequeño.

Hay una parte alta que tiene una vista preciosa. Desde allí se ve la ciudad y todos los edificios de la Exposición. Las cascadas luminosas, que son muy bonitas, se desprenden desde allí. Hay también a la entrada una serie de columnas que iluminadas parecen de cristal, y muchos otros juegos de aguas, como pilas y fuentes de chorros menudos.

La Exposición, propiamente, era más rica industrialmente que la de Sevilla. Había una cosa muy curiosa: era la exhibición de unas pulgas raras -

trádas; eran en número de trece, metidas en una pequeña vitrina. A la voz de mando de su dueño se alineaban como soldados, marchaban, y jugaban a la pelota con una bolita pequesísima que les arrojaba; saltaban para recogerla como los deportistas; metía el dueño la mano, y los decía que era hora de comer; entonces se le prendían todas y chupaban su sangre. Esto sólo viéndolo se puede creer. Como se hubieran admirado y encantado Uds. mis hijitos, viendo este prodigio de la paciencia del hombre, y de la inteligencia y astucia de estos microscópicos seres, que tan molestos son y que nosotros matamos con tanta saña.

En Barcelona estuvimos en varios teatros, solos casi siempre, porque los señores se morían de pereza. Una noche nos tocó ver "Felipe Derblay". Barbarita estaba deseosa de ir y yo no quería, porque pensaba que iba a ser una lata; pero no resultó así: me gustó mucho.

Subimos al Tibidabo. Este es un cerro que se levanta al oeste de la ciudad, y al cual se asciende por un funicular o por cancheta. Nosotros preferimos ésta, aunque es largo el camino, para gozar de la vista. Hagan de cuenta que se sube a Santa Helena. En la cumbre del cerro hay una capilla y un restaurante o casa de juego, con montañas

masas, acroplados que vuelan atados a cuerdas de plambre, y varios otros deportes e invenciones modernas, para sacarles plata y entretener a los visitantes.

La vista es bellísima: se ve el puerto poblado de barcos de todas las naciones, la ciudad en toda su extensión, las villas de los alrededores, las líneas fércas que parten en todas direcciones, como una tela de araña; y, por último, se ven seis poblaciones que se acercan tanto al centro principal, que parecen barrios de la ciudad. La vista se pierde hacia el mar; y hacia occidente se ven los Pirineos, donde está el venerado santuario de Monserrate.

Antes de despedirnos de Barcelona fuimos a visitar a Carlitos Restrepo Llano, hijo de don Pedro Restrepo, gobernador que fue del antes Estado Soberano de Antioquia, y de doña Leonor Llano, amigos y vecinos nuestros, y que estaban desde hacia varios años en París y en Barcelona. Carlitos era amiguísimo de Constanza y de María, y ambas muy mimadas y queridas de don Pedro y de doña Leonor, que las consideraban como sus nietas. Don Pedro, mientras vivió, no dejó de escribirles cada mes. Sus cartas eran muy cariñosas: en ellas les anunciaba los nombres que él les ponía, y que cambiaba cada vez. Unas veces eran "Pico de Gallina" y "Hocico de Mica", otras "Pondorita" y "Crispulia"; en fin, los nombres

más raros y preciosos. Tanto él como doña Leonor habían muerto ya, así como la señora de Carlitos, que era barcelonesa. Después de su muerte habíamos recibido una carta suya, muy cariñosa, en que nos manifestaba el deseo de volvernos a ver, y el ansio que tenía de regresar a la patria, para lo cual había recibido, desde en vida de doña Leonor, un auxilio de nuestro Gobierno. Regreso que no había podido realizar. Por estas circunstancias se nos hacía imposible no ir, a pelo, aunque en esos momentos no estaba en Barcelona; se hallaba veraneando con sus tres hijos y sus cuñadas, en su casita de campo, distante varias leguas de la ciudad. Nos fuimos en auto una mañana Claudio y yo, acompañados de don Federico, cuñado suyo y de una amiga de ellos que los visitaba con frecuencia. Él se sorprendió muy agradablemente con nuestra llegada. El día se nos volvió corto; lo pasamos en un reportaje de parte y parte, y haciendo añoranzas. Regresamos a las ocho, en el rápido que llegaba de París.

Por último, quisimos visitar las librerías para comprar algunas obras. En una, llamada "Librería Francesa" fue donde las escogimos. Aquí de Nació, el nieto sabihondo y más aficionado a la lectura! Se había puesto indeciso para escoger. Compramos "La Guerra Europea", en diez tomos; las obras todas de

Blasco Ibáñez; las de Anatole France, doña Emilia Pardo Bazán, Armando Palacio Valdés; los últimos "Episodios Nacionales" de Pérez Galdós, para completarle a Tomás la colección; varias novelas de Marcela Finayre, de Pérez Lugín, y de doña Leovigilda Espina. Compramos para Eduardo, el benjamín de la casa, que es aficionado a las lenguas muertas, una gramática griega y otra latina y otras obras en estos idiomas. Además, dos álbums grandes para colocar las vistas, que ya eran muchas. Fueron despaquetadas de ellas las maletas, y trasladadas a la librería, para despacharlas con los libros. Pedro y Sofía también compraron los "Episodios Nacionales" y otras obras. Estos libros fueron despachados en paquetes postales, algunos de los cuales se perdieron; de manera que las obras quedaron incompletas. Entre los perdidos cayeron todos los para Eduardo, que yo sentí mucho.

XIII

Salimos de Barcelona a las 6 de la tarde del 22 de Septiembre. Comimos en el coche-restaurante. Llegamos a Cerbere, frontera francesa, a las 10 de la noche. Allí hubo una demora para revisar pasaportes y equipajes y cambiar de tren, en el cual estaban los reservados en coche-cama para pasar la noche. Esto tan complicado hubiera sido muy dificultoso viajando solos, y no lo fue, porque todo lo hicieron los agentes en poco tiempo; a las 10 ya estábamos instalados en el reservado, listos para dormir; las señoras en uno, y los señores en otro que quedaba a continuación, pero no hubo tal sueño; éste se alejó sin poderlo coger en toda la noche. El ruido, las silbidos del tren, las buscas paradas en las estaciones, y sobre todo el fuerte movimiento, me tuvieron con los ojos abiertos. Me levanté primero que Sofía y Barbarita cuando vi luz por las ventanillas. Aquellas habían dormido como pingales toda la noche. Nos arreglamos, desayunamos, cenamos, y el tren avanzaba. La mañana era deliciosa, pues los días del otoño son bellos y apacibles; es la estación propia para viajar. Yo me sentía tan bien, que no llegué a tener

la más mínima indisposición en este viaje, lo que me mantenía en muy buen ánimo.

Al pasar por Marsella, vista de paso, nos mostraron a lo lejos, a orillas del mar, y en la punta de una isla, el castillo de If, donde estuvo preso tantos años Edmundo Dantés, protagonista de la popular novela de Alejandro Dumas. Como nos entusiasmasemos el Viejo y yo! Queríamos llamar a los compañeros para que salieran a la galería, pero cuando llegaron ya el pájido había tomado una curva y nada alcanzaron a ver.

A las 12 del día llegamos a Niza. El guía nos esperaba en la estación para llevarnos al Hotel O'Connor. Nos dieron habitaciones muy confortables, que daban a un jardín con salida a la calle. El comedor era en el interior del edificio, muy elegante y bien atendido; todos los criados de pasaca, y la vajilla íntegra de plata; allí mismo llevaban las carnes, en unas parrillas y aparatos niquelados donde ardían las brasas, para servirlos sin que se enfriaran.

Después del baño y de almorzar nos fuimos a la calle, a la ventura, y guiados por nuestro instinto de "refinados", desembocamos en el Paseo de los Ingleses, la plaza de moda, y donde los dandys y las elegantes de todo el mundo van a hacer su

lujos. Yo los miraba con mis ojos curiosos de provin-
ciana, para estudiarlos, como a los actores en escena;
los encontré vestidos con más o menos chic, pero
no les vi nada raro; las mismas gentes que ha-
bía yo visto en todas partes.

Al fin de este paseo hay un restaurant a-
vanzado sobre el mar, también para las gentes ricas.
Los Yates de recreo de los millonarios se balanceaban
atados a la orilla; parecían aves marinas, como
las que había visto en la bahía de Cartagena, que
tanto me llamaron la atención, porque se asientan
alineadas sobre las aguas, y vuelan del mismo
modo, sin interrumpir la formación. Muy bonitos y
graciosos me parecieron, pero no provoca navegar
en esas cascaritas tan frágiles, que deben balancearse
muy desagradablemente.

Nos paseamos por el parque Príncipe Alberto;
son bonitas las fuentes y los jardines. Recorrimos al-
gunas otras partes de la población, que se agrupa
un poco allí, para luego dispersarse hacia las
playas. Los edificios no son grandes, pero sí de e-
legante construcción; sobre todo son muy hermosos
los que están encaramados en escala, en la cordi-
llera. Estas escalas están sembradas de pinos y
flores, que las hacen muy bonitas. En los picos más
altos de la cordillera hay castillos antiguos que debie-

ron por fortalezas, lo mismo que el de San Honorato, edificado en la playa. La vía ferrea y la carretera corren a la orilla del mar, sin desviarse de ella. El mar es azul en todos los tonos. Sin duda de allí viene el nombre que le dan a estas costas, con razón tan admiradas.

Si no fueran estos lugares tan visitados por los "rastas" tendrían más encanto, me parece a mí. A la mañana siguiente fuimos a tiendas para curiosar. Son en su mayor parte almacenes de modas; toda clase de abrigos y vestidos cuelgan por las perchas, lo mismo que pieles y sombreros.

Al medio día estuvo el chofer con el carro, para la excursión a Mentón. Esta la hicimos por la Grande Corniche, que es un camino que sube hacia la montaña, y sigue hasta bajar a Mentón. Es una verdadera cornisa, como lo dice su nombre. De trecho en trecho tiene balcones o cosa semejante, con barandaje, donde se sitúan los turistas para mirar el paisaje. Se ven unidas como en una sola calle todas las poblaciones situadas a la orilla del mar, que se dilata siempre azul. Este camino lo abrió Napoleón para pasar sus ejércitos a Italia. A la mitad más o menos de esta carretera, allá en lo más alto, subsisten restos de una torre llamada de Augusto, del tiempo de los romanos.

En dónde no levantaría sus fortalezas este pueblo dominador? Cerca existen unas minas de ágata, que estaban en explotación. Había una venta de objetos labrados de esta piedra, muy bonitos pero caros; collares, pulseras, ceniceros, &c. de distintos colores: verdes, amarillos, azules y rojos, algunos jaspeados de blanco. Yo compré collares para Isabel y Adela, y unos ceniceros. Barbarita y Sofía también hicieron su buena provisión. De allí descendimos hasta Mentón, pasando por Monté-Carlo, Beaulieu, Villafranches, Capi-Finat.

En Monté-Carlo hicimos alto para ir al Casino. Tuvo que presentar pasaportes para entrar a los salones de juego. El edificio, sus jardines y sus salones son bellísimos. Uds. los han visto en los álbums y en el cine.

Sofía nos había racionado a cada uno con seis pesos para ensayar la suerte. Cada cual eligió su mesa. Había en rededor de ellas jugadores de todas edades y sexos; los que perdían se iban retirando y dejando el puesto a los que llegaban. Yo ocupé uno y me fijé cuales eran los jugadores afortunados para hacerme a su lado; pero el "coupier" banía por pravejo luego que la bola se paraba. Había sin embargo, un joven que tenía por delante un buen seno de fichas. Yo compré los míos y coloca-

ba mis apuestas en los mismos números y colores que él; y la suerte me favoreció; en cada apuesta, aumentaban mis fieltros hasta formar varias columnas. Estaba muy encantada con mis ganancias. Pedro, que ya había perdido todo, se me acercó por detrás y me animaba para que apuntara todo a un solo número, por estar de suerte, y porque el chofer apuraba; pero yo me aferraba más y más a mi puesto, y no quería separarme ni arriesgarlo todo en una sola parada. Al fin, todos ya felados, me rodearon y me apremiaban para que pusiera todo en una sola casilla. Así lo hice, y adiós capital y ganancias! Del desprecio casi me tiro de cabeza por la roca escarpada por donde se arrojan los perdidosos.

Del Casino nos fuimos al restaurante fronterizo a tomar el té, donde estaba la "élite" de la elegancia, sentados ante mesitas, frente al restaurante. Los hombres de frac y con el cabello muy reluciente y engomado, y las mujeres vestidas con estudiada elegancia y exageradamente pintadas. Regresamos de noche a Miza.

Mademoiselle Sophie estaba esos días un poco indispuesta y no quiso ser consultada a ninguno médico, lo que me tenía intranquila. Me puse a medicarla por mi cuenta y riesgo, con tan buen éxito, que a los dos días estuvo buena. Esto de estar enferma no le impidió pasear de día y de noche, pues, allí

también fuimos a los teatros; ni tampoco para apremiar-me para que le escribiera a Prosperin, apañándose mi conducta por ingrata con él y malostiatos. Así, no tuve más remedio que agarrar la pluma y "jalarte" frayo hasta llenar dos pliegos, contándole de todo lo visto y hecho. La muy hipócrita, impaciente por saber de él, quería que yo lo hiciera; pues cuando ella le iba a escribir a los hombres "continuas" a éste, que le era completamente indiferente. Así se los hizo creer a Pedro y a Barbarita. Yo me reía y le echaba en cara esa su "solapa". Escribí también para casa. Total, que empleé una mañana íntegra.

En la tarde de ese día tomamos el carro para ir a Cannes. Es muy bonito también. Es lugar de verano preferido de los parisienses, y que consideraban entonces como más de moda. Todo el camino hasta Niza se puede decir que es una sola calle. Formamos allí el café, que era lo que Barbarita y yo acostumbriábamos, por el indispensable pegano de Sofía, que decía que por eso era que no comíamos; y nosotros le decíamos que era de ricatón por no pagarlo. Regresamos a Niza para la comida.

Quisimos visitar el Museo Oceanográfico, perteneciente al príncipe del minúsculo estado de Mónaco, que dicen que es el museo más completo del mundo; pero su Altea se hallaba de paseo en París,

y lo tenía cerrado. Fuimos entonces a visitar su palacio, que no es microscópico como su principado, sino muy grande y suntuoso.

XIV

Salimos de Agra hacia Vintimilla, frontera italiana. Revisión de pasaportes y equipaje en la aduana, y cambio de tren. Nos demoramos dos horas. Seguimos a Génova, a donde llegamos a las seis de la tarde, al Gran Hotel del Pinar, donde encontramos, como siempre, habitaciones reservadas muy cómodas.

Esa noche salimos los cinco a pasear. Para no perdernos, tomamos a la derecha, sin salir de la calle; anduvimos muchas cuadras; pasamos frente a la iglesia de la Concepción, que en la mañana visitamos detenidamente. Es un templo muy bello, que tiene una galería de columnas que la rodean por dentro, y en cada arcada hay un altar. Tiene retablos e imágenes de mérito, es, quizá el mejor de Génova. El paseo lo prolongamos esa noche hasta dar con un pasaje o galería cubierta; de allí regresamos al hotel. En la mañana, sin guía, nos fuimos a conocer la ciudad. El hotel queda frente a una plaza, en el centro de la cual está la estatua de Cristóbal Colón; nos mostraron una casucha cubierta de yedra trepadora, en la cual decían que había nacido Colón; yo no la miré con interés, por estar persuadida de la superchería; pues no creo que él hubiera

rido genovés, como nos lo enseñaron en ^{la} escuela, y por lo que el mismo quiso pasar.

La ciudad está edificada en escalones; la parte plana cerca a las dársenas, donde está el antiguo palacio de los magnates de la República, hoy aduana, es estrecho relativamente; así la ciudad ha ido trepándose hacia la cordillera. En la parte baja las calles son estrechas, algunas iguales a las de Toledo, donde la gente pobre tiende la ropa en cuerdas, de pared a pared, para secarla. Esto lo vi en varias ciudades. Costumbre está contraria a la estética. Existen también en estas calles antiguos palacios muy bellos que pertenecían a los nobles.

La subida a las calles altas es por escaleras de piedra, y hasta por ascensores; la misma desigualdad del terreno las hace más bellas. Tiene parques con muchos árboles y jardines. La bahía es muy extensa, también poblada de navíos. Los lugares donde atracan los barcos pesqueros y donde se hace la venta y embarque del pescado son muy típicos y pintorescos, pero siempre de ingrato olor, que se anuncia desde lejos. En una calle de las más altas hay un castillo antiguo, almenado, que lo destinaban a cuartel del ejército; muy feo y raro me pareció el uniforme de los soldados de Italia.

Conocimos en una iglesia un órgano de los

más grandes del mundo, al decir del guía. Es como si-
te veces el de la Candelaria; lo tocaban desde atrás del
altár, en un teclado pequeño como el de una máquina
de escribir. Muy hermosas las voces; parecía que can-
taban muchas a la vez. En la plaza donde estaba nues-
tro hotel, había otro llamado Hotel Colombia; esto me
produjo alegría, y hubiera escogido con gusto este pa-
ra nosotros.

En una tarde hicimos la excursión al Campo-
Santo, el más renombrado en el mundo. La entrada
es muy bonita; me gustó más que la gran galería
cubierta donde están los monumentos más artísticos;
pero los hay también de mal gusto y feos, y los ordi-
nan con muchos "pegotes". Me pareció más hermo-
sa la otra parte del cementerio, en que los monumen-
tos están en espacios, al aire libre y entre jardines.
Allí también, como en la ciudad, hay calles altas.

No todo es antiguo; hay barrios también nuevos
en Génova que tienen amplias avenidas y modernas y
elegantes construcciones.

En Génova venden curiosidades de mucho mérito
artístico: marcos dibujados con mosaicos de todos los colo-
res; objetos de filigrana de oro y plata; polveras, ban-
dajitas y platos, medallones, camafios, pulseras, S. S.
Yo compré cinco pulseras de oro para las hijas y nue-
ras; collares y pasadores para las nietas, y otros objetos

para regalarles a los amigos. Barbarita y Sofía compraron más que yo, de manera que nos quedamos bastantes liras en estas cosas que iban acrecentando el volumen de las maletas, ya bastante infladas.

Allí tuvimos la pena de separarnos de nuestros buenos amigos y compañeros, con quienes habíamos pasado tan contentos. Pedro tenía vínculo de amistad y de negocios con gentes de Turín y de otras ciudades; necesitaba visitar unas fábricas de bombas. Esto fue una contrariedad para nosotros y para Barbarita, que hubiera preferido nuestra compañía a la de gentes extrañas para ella.

El 28 de Septiembre fue la partida. Nosotros con dirección a Roma, y ellos a Turín.

Tomamos ese día el almuerzo en el tren, como de costumbre. Pasamos cerca de Mantua, Ferrara, Pisa, Carrara y Padua; allí me acordé de la vida de San Antonio; hubiera querido que nos detuviéramos, para visitar su templo. En Pisa pudimos ver su torre inclinada, desde su base, pues está al frente de una bocacalle donde para el tren. Es mucha su altura y su inclinación; no se comprende como ha podido sostenerse. Carrara se anuncia antes de verse, encaramada como está sobre la montaña, porque en todas las estaciones y a vitllas de la vía blanquean los bloques de mármol, esparcidos, como en las ruinas

de las antiguas ciudades. Por fuertes cables van bajando los bloques para que el tien las vaya conduciendo, para repartirlos en todos los mercados del mundo. Se comprende, al ver esas gigantescas e inagotables canteras, por qué existen tantos templos, edificios y monumentos de mármol, desde tiempos antiguos en todas las ciudades de Italia y en muchas de Europa, teniendo en esa abundancia y proximidad.

En este día me sucedieron dos cachos que voy a contarles. En la estación de una de estas ciudades hubo al tien un señor italiano, muy asmático y enfermo el pobre, que miraba con afán, buscando donde colocarse con su maleta. En nuestro apartamento íbamos cinco personas únicamente: nosotros tres y dos señores, que venían desde Génova. El señor, sin saludar, entró y se acomodó en un puesto; puso su maleta sobre la red. Sofía y desgranaba que era un honor. Sofía estaba en la galería mirando el paisaje, acompañada de los dos viajeros, que se habían salido a fumar. Yo le llamé la atención: "Sofía, no sabes el cliente que nos ha paído?" Ella preguntándose me contestó: "Sí. Desde aquí lo estoy oyendo rugir como león, como decía Ceceo de Virginia." Los señores que debían entender el español, nos miraron muy sonreídos. El "león" no rugió, pero sí nos miró con unos ojos desafiantes. Yo, aprovechando que los atentos señores es-

habían afuera, y acostumbrada al abuso, encendió cigarrillo muy convida; pero que pueto! El señor, entretoses, atropadas me decía airado, en puro español: "Señora; Ud. no sabe que está prohibido fumar?" e injerje Ud. al instanté ese pitillo!..." Yo me quedé atónada. Apenas puede balbucir: "Señor; también está prohibido el...". Iba a decirle una palabra muy repugnante, pero Sofía, que las coge al vuelo, me dio un tirón del vestido y me cortó la frase. Pensó que si yo le decía la palabra, hasta nos pegaba, según la ira que tenía. Los señores se dieron perfecta cuenta, y reían a todo trapo, lo mismo que nosotros.

La otra pasatíva de ese día fue que uno de los empleados del tren me encontró tendida, cuando larga soy en uno de los asientos del apartamento, con los pies subidos, lo cual está prohibido, y me regañó. El Viejo, cuando recuerda estos dos incidentes se rie aún de mí. Afortunadamente el señor asmático ya se había bajado en la estación anterior, y así no pudo gozar de este regaño que hubiera sido su desquite.

XV

Al anochecer de ese día vimos viendo la luz de Roma, aún lejanas. Del punto principal se desprende una prolongada línea luminosa que llega hasta el mar. Parece un cometa de larga y brillante cauda. Este juego fantástico de luces, visto a tanta distancia, aumentaba nuestra ansiedad y emoción. La llegada no fue sino a las nueve de la noche, al Gran Hotel Continental, frente a la estación y a la Plaza Terminus.

Después de comer, y como no teníamos sueño ni estábamos cansados, y más que todo aguijoneados por la curiosidad, nos botamos a la calle sin guía, pues a éste, que había ido a ponerse a nuestra disposición, lo habíamos despedido hasta la mañana siguiente. Hicimos lo que nos resultó tan bien en Génova: seguimos la calle en línea recta; a las pocas cuadras dimos con una plaza en declive, en cuyo centro hay una columna de mármol con una estatua de la Inmaculada; al pie hay una fuente; un gran templo se levanta en la parte más alta, a donde se asciende por una gradenería, de mármol ennegrecido, con pilas altísimas torres y su hermoso frontis, era nada menos que Santa María la Mayor. Luego de saciar

la curiosidad seguimos sin desviarnos de la calle mu-
chas cuadras adelante, hasta que yo, ya cansada les
insté para que regresásemos.

Al siguiente día la primera visita fue, por su-
puesto, a la gran Basílica Vaticana. La plaza es
muy hermosa, rodeada por más de doscientas colum-
nas pareadas, muy esbeltas. En el centro hay un obe-
lisco igual al del Parque Central de Nueva York, y
a otro de la Plaza de París que lleva su nombre, con
fontes a derecha e izquierda. La fachada de la Basí-
lica es imponente y bella, y armoniza con la Plaza
de las columnas, pero desentona con los edificios del
Vaticano, que están más allá y que no son bonitos.
El grandioso pórtico tiene cinco puertas. La de la de-
recha es La Puerta Santa, que no la abren sino en
los jubileos. Encima de la principal están las imáje-
nes en alto relieve de la Virgen y del Salvador; hay,
además, otras de los Apóstoles.

El templo tiene la forma de cruz. Al entrar me
sorprendí, pues no me pareció tan grande como me lo
imaginaba, según las descripciones que había leído
de él, y las dimensiones que tiene; pero, al adelan-
tar por la nave central, donde el guía nos indicaba
las dimensiones y distancias, me persuadí de la ver-
dad. Es que de la misma proporción y armonía re-
sulta este fenómeno. Las estatuas gigantes cas de

mármol no las aprecia uno como tales; hay que mirárselas de cerca. Por ejemplo, los ángeles que sostienen las pilas de agua bendita, que parecen muy pequeños, son unos ángeles. La cúpula, la mayor de la cristiandad, tiene medallones en mosaicos, con los cuatro Evangelistas y grandes vidrieras que dan mucha luz.

No hay que hablar de las estatuas y de los monumentos donde están los restos de los papas, porque sería imposible. El altar mayor es bellissimo. Allá en lo alto hay una cámara de bronce, donde está encerrada la Lilla de San Pedro. El Baldaguin colocado encima del altar mayor está adornado con abejas, que pintolizan las armas de los pontifices; las columnas fueron hechas con los bronceos sacados del Pantheon. Debajo del altar está el sepulcro de San Pedro, y en lo que llaman La Confesion hay una estatua de uno de los papas, no recuerdo de qual, que está orando de rodillas; este monumento es de Canova. En otra capilla está el grupo de La Piedad, de Miguel Angel. No se puede dar nada más bello: la Virgen al pie de la Cruz, con el Señor en los brazos, cuando lo descolgaron de ella. Dicen los críticos que la Virgen está representada demasiado joven, y así es en verdad. Sentado debajo de su solio está San Pedro, en bronce; el pie derecho le asoma debajo de la túnica; éste besado millones de

veces en el año, está desgastado. En la capilla del once-
no inquieto están los confesionarios; los hay para los pe-
nitentes de todos los idiomas del mundo. No sé por qué
no subimos a la cúpula, que tiene una vista preciosa
ni bajamos a las criptas donde están los sepulcros de los
santos y que encierran muchas riquezas antiguas y ar-
tísticas. Recuerdo también la estatua de San Longinos,
con su lanza; santo que yo no conocía ni tenía noticia
de él.

Cinco veces consecutivas visitamos la Basílica,
para darnos una pequeña idea de ella. Hermosísi-
ma me pareció; sólo una cosa no me gustó, y es
la mucha luz. Prefero las iglesias penumbrosas;
encuentro en ellas más a Dios, porque se puede tener
más recogimiento.

La siguiente visita fue a la Capilla Sixtina.
Aquí voy a decir una herejía, por lo cual pero de
antemano el mea culpa; no me parecieron bonitas
las pinturas de Miguel Ángel; me ha parecido
mejor escultor que pintor. Claudino me ha dicho
que no diga eso donde me oiga la gente. Pero que
voy a hacer? Opresí por sincera; digo lo de una seño-
ra de mi pueblo: "¿Qué tendría yo en estos ojos?" Sus
mármoles son acabados; más allá no se puede llegar;
del Moisés todo lo que se diga es pálido ante la rea-
lidad. Yo me estasié mirándolo. En esta maravi-

Esta escultura es donde se puede apreciar la potencia de este cerebro portentoso. No me explico por qué el museo del Vaticano no ha trasladado esta estatua para colocarla en pedestal especial, como están en otros museos el David, la Venus de Milo, el cuadro de Las Meninas de Velásquez y varias otras obras maestras. Sin duda sería porque hace parte del monumento para el sepulcro de Julio II, que estaba construyendo. San Pedro es decir, en la capilla donde se encuentra esta maravilla, es un templo muy venerado en Roma, por guardar las preciosas reliquias de las cadenas con que fue atado San Pedro; tiene, además, bellas columnas de mármol blanco, y dos de mármol gris. Dicen que están allí enterrados los hermanos Macabeos.

La iglesia de Santa María la Mayor, la que vimos la primera noche, es la más antigua de Roma; contiene muchas riqueras; cuadros en mosaicos, debajo de las ventanas, que representan escenas del antiguo Testamento; el sepulcro de Pio V y de otros papas y reyes; un altar con un relicario que contiene madera de la Cuna del Niño Jesús; en la Capilla muestran el altar donde dijo su primera misa San Ignacio de Loyola; debajo del altar mayor se guardan las reliquias de San Mateo Evangelista, y en la Capilla está la estatua del papa Pio IX, tan querido de la cristiandad. El altar es riquísimo por las amatistas, lapidarias, jaspe

y otros materiales preciosos. A un lado de la puerta principal está la tumba de Paulina Bonaparte, hermana de Napoleón, reina que fue de Italia; mujer de belleza y formas esculturales, que sirvió varias veces de modelo al famoso escultor Canova, para sus bellísimas estatuas. Este templo lo conocimos mejor que ninguno otro de Roma, porque allí íbamos Sofía y yo a oír misa todos los días de la semana y el domingo que estuvimos allá, y luego nos quedábamos curioseando. Notamos lo poco devota que es la gente: oyen misa con poca atención, y las mujeres del pueblo entran con la cabeza descubierta. En las iglesias todas que visitamos había escasos fieles, inclusive en la Basílica Vaticana.

En alguna parte leí que el montículo donde se abra la iglesia de Santa María la Mayor es una de las siete famosas colinas donde era el cementerio de las gentes pobres, cuyos cadáveres eran de noche devorados por los lobos, de los cuales se oían los rugidos; también donde está la estación Terminus existía un cuartel de los legionarios romanos. Esta enorme estación es un intrincado laberinto de vías feneas que van a distintas partes del reino, y que sin guía sería casi imposible dar con la que se necesita, y más sin conocer el idioma.

Otros templos conocimos de los más notables: el de Letrán, coronada la fachada de estatuas; San Pedro

San Pablo; La Trinidad del Monte, con su calle en escalones y sus tones tan parecidas a las de nuestra antigua Catedral. Les hablare de otras dos: el de Santa Cecilia, donde se veneran sus restos, y donde esta la estatua yacente de la virgen mártir, tal como la encontraron en las catacumbas de San Calisto. Cerca a su casa muestran donde fue su casa; del baño aún existen restos. Esta santa pertenecía a una de las familias patricias de Roma.

La Escala Santa es una capilla donde esta la escalera verdadera de la casa de Pilatos. Son veintiocho escalones de mármol, que no se ven por estar cubiertos por otros de madera. Esta escala fue traída de Jerusalem por Santa Elena, madre de Constantino, y nosotros comulgamos para ganar la indulgencia; hay que subirla de rodillas. Yo lo hice con emoción y recogimiento, al llegar a lo alto se desciende por otras que hay a los lados. Me costó trabajo subirla, pues los huesos ya están duros. Sin la ayuda de Sofía quizá no hubiera podido hacerlo.

Los edificios de Roma moderna no son bonitos; no hay parques ni paseos como en otras ciudades, salvo el monumento a Víctor Manuel II. Lo bello e interesante es lo antiguo. Lastima que hubieran destruido los templos y demás construcciones del tiempo de los Césares para levantar tantísimas iglesias como

tiene Roma, y luego dejabas solitarias. Que heresia! Se me dirá. Hoy se preocupan por conservar lo poco que dejaron, y hasta estaban derribando toda una calle para descubrir los cimientos de los antiguos edificios, sotina-
dos bajo los nuevos; deben estar hondos, al nivel del Foro de Trajano, y del Foro Romano. De este último no existen sino restos de columnas de los templos y porticos. Bien pudieron haberlos dejado en pie y dedicarlos al culto católico, como hicieron con el Pantheon, aunque fue despojados de sus bronceos y sus mármoles.

El Pantheon está dedicado a Santa María de los Mártires. El portico lo forman filas de esbeltas columnas. Por dentro no tiene ventanas, sino una abertura circular, arriba, por donde le entra la luz. Hay altares y varios monumentos funerarios. La tumba de Rafael, que no es bonita, tiene una inscripción latina; están, además, las del rey Víctor Manuel II y de otros personajes notables.

El Coliseo es de lo mejor conservado; pero le faltan casi íntegros los dos últimos de los cuatro cuerpos que lo formaban. Lo vimos en un atardecer. Recorde tantas historias de sucesos acaecidos allí. Viendo las rejas de los calabozos donde encerraban a los cristianos, antes de entregarlos a las fieras, se me representaba todo su martirio. En el sitio donde fueron sacrificados se levanta la Cruz, y en algún día de la semana peoran allí las

Estaciones.

La Cárcel Mamertina, donde estuvieron presos los santos apóstoles Pedro y Pablo, no supe exactamente el guía. El que nos tocó en Roma era bastante ignorante. No lo sacábamos de la retahíla que se sabía de memoria, aprendida sin duda en alguna guía. Insistía en decirnos que el Foro Romano fue feria de animales; que él, de niño, iba con su padre a vender puercos. ¿Entes quedaron restos de él!

Subimos al Palatino a conocer lo subsistente del palacio de Augusto y demás ruinas; de este lo más conservado es el hemiteo, cosa la más curiosa; también estuvimos en las ruinas de la casa de Livia, y en el palacio de los Flavios, que es quizá el más conservado. En esta colina la vista es muy hermosa; abarca el Foro Romano, donde se destacan las columnas, tan reproducidas en cromos, del templo de Saturno; lo que se ve por los otros lados es también muy interesante. Los arcos de Tito y de Constantino están muy completos: se pueden ver todos sus relieves y dibujos. Los edificios del Capitolio están en buen estado. Se sube por una escalinata donde está la loba que representa a Roma, y otras estatuas mutiladas; al subir a la plaza se encuentra la estatua ecuestre de Augusto, que logró colocar allí Miguel Ángel.

Los edificios de la plaza son la Torre Capitolina,

al frente, el Palacio del Senador a la derecha, y el Museo Capitolino a la izquierda. Hay detrás del Museo un antiguo templo pagano, hoy consagrado a Santa María de Ara-celi. Allí se venera el niño Jesús de Ara-celi. Este fue labrado por un monje de un trozo de madera de los olivos del Monte Santo de Getsemani. El Niño está en la misma actitud del de Praga, pero es feo y molesto. Inspira piedad por tener esa procedencia y por la ingenua fe del artífice. Es como un idolo cubierto de oro y de piedras preciosas desde la cabeza a los pies. Detrás de esta iglesia nos mostraron el despunadero llamado la Roca Jarpenya, despunadero que hoy no existe por las construcciones que han llenado el terreno.

El Museo Capitolino tiene cosas muy interesantes. A la entrada está el grupo de Quirino; me pareció primoroso el "Viejo"; la estatua de Marte, muy bella también. Hay un mosaico pequeño, sacado de la Villa Atriana, que representa cuatro palomas bebiendo en una fuente. Esto está reproducido en pintura y tallado en mármol, pero apenas da idea de la belleza de este cuadro. La Venus Capitolina, que dicen, es la más antigua, me pareció bella en sus formas, pero algo cara de bobo. Psiquis y Amor, que belleza! Lo mismo que Leda y el Cisne.

En una sala están los bustos de Alejandro el Grande, Escipión el Africano y otros que no recuerdo. También la estatua de Júpiter y la de Apolo; pero la más

bella de todas es el Gato Meribando. La galería de los bustos de los Césares es muy interesante; la mayor parte de ellos los encontraron rotos y estaban remendados por Miguel Angel, por lo cual tienen doble mérito. Hay también muchos cuadros de Van Dyck, Rubens y otros.

En la plaza del Quirinal hay una fuente con las estatuas de Cástor y Pólux, sacadas de las Termas. No se sabe cuales son más bellos; si los domadores o los caballos. A mí fue lo que más me gustó de las estatuas antiguas que vimos. El palacio del Quirinal, que fue antes residencia de los papas, tiene una fachada poco importante, pero interiormente es purtuosísimo, sobre todo el salón del trono y el comedor son muy hermosos. La familia real no lo ocupa sino cuando hay embajadas o alguna fiesta especial. Habitaban un palacio modesto, un poco alejado del centro.

Las fuentes que hay en Roma son muchas. La de Trevi es la principal y más hermosa. Representa a Neptuno, y tiene varias otras figuras y animales. Aquí llegaban las aguas que traían el famoso acueducto que construyeron los antiguos romanos, obra tan justamente admirada. Hay una tradición según la cual el que arroje una moneda al fondo de esta fuente y luego la saque con la boca, alcanza la fortuna.

El castillo de San Angelo de tanto valor histórico por los hechos sucedidos allí, lo vimos solo de lejos,

lo mismo que la isla del Tiber.

El palacio Vaticano no me pareció como yo esperaba, en cuanto al edificio; pero las bellas que contiene sí me sorprendieron. Fue una larga y difícil tarea describirlo, por lo cual no lo haré. Me llamaron la atención las habitaciones del papa Alejandro VI, llamadas Apartamento Rojo. Están desmanteladas; tienen pinturas en todos los techos y los muros: figuras del antiguo Testamento en unos salones; de las Sibilas en otros; en los restantes hay representadas escenas de la Mitología, con sus dioses y diosas. Son interesantes estas pinturas, pero apocálicas. Muestran también las habitaciones que ocupó Leonardo de Vinci; dan a una galería con vistas a la ciudad.

Las galerías destinadas al Museo son enormes. Allí, como en el Louvre, está coleccionado lo más rico del arte. Entre las estatuas me gustaron más, que recuerdo, todas las de Miguel Ángel; el grupo de Laoconte, el Apolo, los Discípulos; en fin, las estatuas griegas, que por sin duda las más bellas.

En los salones de pintura hay cuadros maravillosos. Las vírgenes de Rafael son, sin duda, las más bellas. También son muy bellos los cuadros de su discípulo Andrea del Sarto, como el de la Virgen con el Niño y San Juan. Dicen que tomó por modelo a su esposa y a sus hijos. Está, además el cuadro de la Anunciación de

Leonardo de Vinci. No se por qué no me gustó tanto como los otros suyos que había visto.

El salón donde tienen los papiros y los códices antiguos es de lo más precioso que tiene el museo. Estuvimos admirando en las vitrinas varios misales pintados a mano con primor, y otros libros decorados de igual manera; uno había de la Divina Comedia, que es una verdadera belleza. Debe haber pergaminos interesantísimos que uno no puede ver ni apreciar, curioseando de paso. La biblioteca ocupa toda una ala del edificio. Los salones donde están expuestas las joyas y demás objetos regalados a los papas, entre los que figura la Cruz de esmeraldas que regaló el Gobierno de Colombia, no se puede curiosear en menos de un mes. Son fabulosas las riquezas artísticas que contienen esos salones. Nosotros no podíamos desprendernos de aquellas vitrinas e hicimos repetidos viajes para verlas.

En la última visita nos mostraron el taller de mosaicos en mármol. Tenían terminados muchos cuadros de santos para diferentes iglesias. Este es un trabajo muy difícil y de mucha paciencia. Las imágenes y retratos son pintados con colores sobre una tela o plancha. Encima van pegando las pequisimas partículas de mármol, iguales en color a las del dibujo. Necesitan, según nos dijo el pintor, tener mármoles

de 42 colores. Nos mostró una caja donde los tenía fijados. Los cuadros son perfectos. Lo que más admiré fueron los retiños de los propas, que parecen hechos a pincel. Medallones de estos mosaicos decoran la iglesia de San Pedro y San Pablo, que tiene toda la serie, desde San Pedro hasta Pio XI.

Era de ver nuestras conversaciones y comentarios en esas noches de hotel, antes de acostarnos: nosotras en "desbarillé" y el Viejo en chinclas. El, mimucioso como siempre, apuntaba o nos hacía apuntar las fechas de las salidas y llegadas de todas las ciudades, y los nombres de los hoteles, así como todo lo notable que habíamos conocido en el día. Esto lo hacíamos desde Panamá. A veces nos daba furera y le decíamos que lo dejara para el otro día, pero él no convenía; era, pues, exacto como un diario comercial.

La Agencia Lubin tiene en Roma un empleado para conseguir la audiencia de su Santidad al viajero que la desea; hay que presentar los pasaportes como requisito indispensable. Nos avisó que todo estaba listo para dos días después a las doce y media. Exigieron a las mujeres vestidos largos sin escote, manto en vez de sombrero, y guantes negros. Yo le solté el dobles a un vestido negro, y Sofía a la falda de un vestido paste. Compramos en un almacén en la plaza del Vaticano los velos y mantillas de encaje, que tué-

yo les vendimos allí mismo. Era de ver el ensayo! Yo me veía para con el manto; la figura de la pobre Sofía si era fatal, con el pañete anastriando y la mantilla; igualita a "María Lamentós". Pero no tuvo más remedio que irse en esa facha. Yo me lo celebré mucho, y le decía que era castigo por todo lo presumida y "pinchada" que es; esto se lo exageraba para pegarme de todas las que me había hecho.

La familia de Francisco Luis Moreno había llegado a Roma hacía unos días, y ya había tenido una entrevista con su Santidad. Solo una de las niñas faltaba por recibir la bendición, y no quería perderla; por lo cual nos anunció que nos acompañaba. Cuál sería nuestra risa al verla llegar ataviada con el largo sobre todo de su mamá, y con su mantilla bien prendida. Esta sí fue el consuelo de Sofía.

Sin nos duraba la risa cuando nos bajamos del carro, en la puerta misma del Vaticano, donde hacían la guardia los soldados del papa. Tienen un vestido muy bonito acuchillado, ideado por el Miguel Ángel, pero que hoy parece epótico. Nos entraron por varios patios y galerías hasta llegar a donde se estaban reuniendo los visitantes. Allí los separaban; los hombres en unos salones y las mujeres en otros. Una camarera examinaba las señoras para darles el pase. A mí me prendió bien en el cuello la mantilla, porque le pa-

pio que tenía demasiado escote, a Sofía le dió varios
 tirones para alargarle la falda; con esto nos valió la
 risa. A Claudino lo enrolaron en grupos de peregrinos
 irlandeses, que eran 160. A nosotras nos llevaron a un
 salón donde había varias hermanas de la Caridad y
 otras monjas y señoras. Entre todas las mujeres estaba
 metido un señor muy galán él, de smoking y todo,
 que estaba con su señora, muy emmantillada también,
 pero que se sentían raros, porque se miraban y se
 sonreían. Los salones eran seis, completamente lle-
 nos. La espera fue larga. Luego supimos que era de-
 bido a una embajada que tuvo que recibir su San-
 tidad, antes de salir a las audiencias. Nosotras es-
 tábamos cargadas con cuadritos, medallas, cruces, rosa-
 rios, & que queríamos que fueran benditos por el Pon-
 tífice, para traerlos a nuestros allegados y amigos.

Al fin de dos horas de espera fueron apareciendo
 en la puerta del salón los Cardenales que precedían
 la entrada del Santo Padre. Fue el momento emocionan-
 te. Entró. Estaba Pío XI vestido de túnica blanca, polido
 y su cruz. Todos nos arrodillamos; tomó hacia la dere-
 cha, y a cada uno le daba a besar el puñito y lo ben-
 decía. Al llegar a mí me incliné para besarle la ma-
 no, pero me turbé tanto, que no acertaba; dos lágrimas
 involuntarias me rodaron por la cara, y las tuve que
 que enjugar aprisa para no mojarle la mano. El

me bendijo; yo le presenté mis reliquias para que me las bendijere. Cuando terminó con el último se dirigió al centro del círculo que formábamos. La blanca figura levantó la mano y nos bendijo de nuevo, diciéndonos unos buenos latines que yo no entendí. Pasó a la siguiente sala y luego hasta la última donde estaba Claudius. Lo tuvimos que esperar largo rato; hasta que salió de los últimos. Muy encantado, porque el Santo Padre, luego de darle la bendición, le había regalado una medalla; también le tomó la plática que les hizo a los peregrinos, de la cual sacó mucho gusto, pues fue en italiano.

Yo salí encantada de esta visita, que nunca olvidaré. Lofia muy triste porque no se había fijado bien cómo eran las medias que el papa tenía puestas.

Al salir de las audiencias entramos al almacén donde habíamos comprado los mantos, para comprar figuritas de mármol, que eran lindas. Yo espejé un buen número para traerles; pero la tal Lofia, al mandarnos las compras del almacén, me hizo devolver más de la mitad, porque no cabían en las maletas. El Coliseo, las columnas del templo de Saturno, las del de Castor y las Venus me los hizo dejar, la muy egoísta, porque dije que eran muy pesadas.

En Roma venden hermosas estatuas y relojes de mármol, y nos movíamos de deseo de comprar, pues nos parecían baratas. El viejo nos hacía las cuentas y

nos probaba lo caros que nos resultarian aqui. Se quedo la tal Sofia con la gana de botar mas plata; ya en Paris se habia comprado el almaceron entus de la Primavera y los del Hotel de Ville.

Al dia siguiente estuvimos visitando el Corso Humberto I, donde hay viejos palacios y muchos almacerones. De repente nos encontramos con los morenos y juntos continuamos el curioso.

Subimos una tarde al Gianicolo. En el camino nos mostro el guia unos antros y nos dijo que alli habia existido la casa donde vivio Fortunato Tasso. Yo deseaba saber cual era el sitio de la campiña donde tuvo Horacio el poeta su casa de Las Sabinas, pero el guia nada sabia de estas cosas. Recordamos el episodio del Libertador en el Monte Tabor. El guia ignoraba esto; ni siquiera sabia quien habia sido Bolivar. Nos sentamos largo rato en las gradas del monumento ecuestre de Garibaldi, que, dicho sea de paso, es muy bonito. Estuvimos contemplando el panorama de la ciudad y la campiña. Nos dimos a interrogar al guia para que nos indicara con precision cuales eran las siete famosas colinas. Poco nos enseno; mas fue lo que nosotros fuimos cogiendo viendo el paisaje, y por los edificios mas altos que se destacaban. El hijo y yo habiamos leído recientemente "Roma", por Severo Catalina, que de haberla llevado hubiera sido nuestra mejor guia; pe-

no, que no obstante, nos sirvió de mucho.

Bajámos a las catacumbas de San Calisto. El guía era un fraile muy simpático, que conocía mucha gente de Colombia. Nos preguntó por algunas personas de Medellín. Nos dio a cada uno una meclita para alumbrarnos. Estos pasadizos son tristes, angostos y húmedos. Se comprende que los primeros cristianos abrieran estos sepulcros de prisa y a escondidas. Vimos el lugar donde estuvo enterrada Santa Cecilia, cuyo cuerpo hallaron intacto cuando lo desenterraron. Una figura de mármol representa a la Santa. También vimos el tosco altar que tiene columnas, en la estrecha capilla donde oficiaban los sacerdotes. Tal vez allí estuvo San Pedro. A la salida dimos limosna al fraile que nos recibió tan cariñosamente.

El paseo a conocer los juercos de Ostia Nueva y el antiguo de Ostia lo hicimos en compañía de una familia uruguaya, compuesta de un matrimonio y su hija, conocidos de Sofía, que habían estado con ella en París, en el hotel Florida. Salimos por la carretera, recientemente construida, que fue la que vimos desde lejos como un camino de luces la noche de nuestra llegada. Es la única buena y bonita, asfaltada y con farolas, que conocimos en Roma.

Ostia es ya una gran población, con ser tan reciente. Tiene parque, casas de recreo muy bonitas y e-

edificios elegantes, balneario muy cómodo, y el puerto, que debe ser magnífico. El Premier Mussolini había puesto todo su interés para embellecerla y acrecentarla, y tiene allí una hermosa residencia.

Al regreso tomamos por la Via Esquia, tan interesante; las murallas antiguas, con sus grandes puertas; restos de los sepulcros que existían a lado y lado de la Via; y alta, más lejos, trozos del acueducto que parecen pintados en ruinas. El camino lúvino que dijarte para tomar a pie por el camino empedrado a trechos con piedras grandes y disparejas; es la vía que conduce a las ruinas de Ostia Vieja, donde vivió un tiempo y murió Santa Mónica.

La señora uruguaya no pudo seguir, porque le acometió una fuerte jaqueca. Caminamos hasta encontrar las tumbas del camino y los primeros edificios de la abandonada ciudad. Por doquiera blanquean trozos de mármol: columnas, capiteles con adornos bellísimos, se ven esparcidos por todas partes. Estos, sin duda, restos de templos o de sepulcros. Yo hubiera querido ir hasta el fin de la larga calle donde creía se debían agrupar los edificios, para mirar la playa, que las aguas del mar habían formado con sus arenas y que obstaculizaban el puerto, por lo cual lo abandonaron; y también para saber donde había vivido la Santa; pero la distancia es mucha y estábamos cansados. Así regre-

éramos pesados al punto de partida, donde encontramos muy mal a la señora, que nos aguardaba impacientemente. Tan mal estaba la noche, que al moverse el carro le acometieron las bascas y aquello fue el Vesubio. La señora supió lo increíble, porque al Viejo le alcanzó la erupción. Así terminó esta interesante excursión, como terminan muchas cosas en la vida.

Yo recordé que nos faltaba conocer algo interesante, y era el lugar del suplicio de San Pedro. Nos fuimos directante. Cerca a una iglesia hay una pequeña capilla o rotonda que señala el lugar donde fue crucificado el apóstol, cabera abajo. Nos dieron como reliquia una papelería de tina sacada del hoyo en que fue clavada la cruz.

Sofía se aburría en Roma. Era natural, no íbamos a teatros ni a diversiones ninguna. Así los halagos eran pocos para ella, que aunque admiraba las antigüedades no les podía encontrar tanto encanto como nosotros. Nos rogó que rebajáramos dos días de la estancia en Roma, convenida con la Agencia. Se le avisó al guía y nos aprestamos para salir.

La víspera por la tarde invitamos a los Morenos a dar un último paseo por la Via Appia, para ver la iglesia del Duó Vadis, las Termas de Caracalla y la Tumba de Cecilia Metela. Francisco Luis estaba desganado, por estar hastiado, decía él, de ver viejeces. No

obstante accedí, y nos fuimos todos en dos autos. Al llegar a la Tumba nos bajamos y nos entramos a curiosar todo. Le celebré al presente lo que dije al mirarla, un rato de terribam ente. "Estos romanos si eran unos locos; vean diez que hacer una cosa tan grande para enterrar una vieja." Y mucha razón que tenía. Por las vistas sabían que la cosa tan grande tiene la forma de una tona almenada; hay un edificio adyacente que fue museo, hoy en ruinas; debajo de la tona está la cámara sepulcral. Desde ese punto se estienda la vista por la campiña, que es triste. Fuimos luego a la iglesia ya dicha, que estaba cerrada; lo mismo las Termas, de las cuales no pudimos ver más que los altísimos muros, pues era ya casi de noche, y el encargado de mostrarlas había cerrado el alambrado de entrada.

En todo esto el paseo estuvo muy animado; se charló mucho. Mercedes decía que se iba a especializar en la descripción de la Tumba y que prohibía fuera alguno a hablar de eso. Claudino le decía que se acordara del apio para que le sirviera de guía. Decían que era la vez que más contentos habían estado en todo el viaje.

Hubiera querido estarme en Rosna quince días más, para ver todo con más detenimiento y conocer lo que aún restaba; pero ya se vio que era imposible.

XVI

Salimos de Roma con dirección a Nápoles el 4 de Octubre, y fuimos a hospedarnos al Hotel Regina.

Para llegar al hotel anduvo el carro muchas, pero muchísimas cuadras; atravesamos la ciudad de un extremo a otro. No sé decir por donde, porque poco vimos andando de prisa en un taxi casi cenado. El hotel, pequeño y bonito; "una monada", como nos decía de él la señora uruguaya; queda al extremo de una calle fea que termina en un barranco, a la cual tenían vistas nuestras habitaciones; por la parte de atrás se veía el jardín, pero nada del mar ni del Vesubio, del cual oíamos el ruido tíojar.

Como la llegada fue temprana, salimos a ver si los veíamos. A pocas cuadras dimos con un parque muy grande que llega hasta la orilla del mar. Desde allí pudimos admirar el coloso, que levanta su penacho variable de color según el sol: a esa hora, violeta; en la mañana gris y en la noche rojo.

En Nápoles lo más bello, sin duda, es su golfo encantado, que ha dado motivo de inspiración a los poetas de todos los tiempos, así como el Vesubio, tan hermoso y sugestivo en su terrible majestad.

A las ocho de la mañana del día siguiente

se presentó el guía para conducirnos a Pompeya y hacer la ascensión al Vesubio. El tren anda por entre campos sembrados de viñedos, que estaban entonces en su apogeo, pues era la época de la vendimia; los operarios daban, también su cosecha, que se apresuraban a recoger en canos y grandes pestas. Esto, que nunca había visto, me llamó mucho la atención.

Es larga la distancia a Pompeya. Al llegar cerca hay un hotel para turistas donde nos bajamos. Las ruinas no se ven todavía, pero sí el camino que a ellas conduce. Las alambradas que circumbalan la ciudad muerta tienen su entrada por allí. Hay un empleado especial que vende los tickets y conduce hasta la puerta a los visitantes, teniendo cuidado de cenarla en seguida para que nadie entre sin pagar. Formamos por un camino detrás del hotel. Luego de pasar un arroyo con puente rústico, se camina por un disparejo empedrado que aún no es calle. A poco se encuentran las primeras casas, o lo que fueron casas, pues solo existen de ellas los cimientos y parte de los muros. Este barrio, llamado de la Abundancia, era habitado por gentes negociantes que tenían allí sus tiendas, casas de hospedaje, panaderías, ventas de bebidas, &c. Algunas de ellas tienen mostradores de mármol o ladrillo, con huecos circulares a modo de fogones, donde metían las vasijas.

había varias de ellas; cantáras y ollas de barro, con vasos de formas raras. Las calles son estrechas, empedradas con grandes lajas; las aceras estrechas, más altas que la calle; en las esquinas se ven grandes piedras gastadas por el uso, para pasar de una acera a otra. No me supongo como podrían andar caros por aquí.

Llegamos, al fin, al etno de etión. Es una gran puerta de piedra o de mármol enyesado, bien conservada, con sus casetas donde encontraron las momias de uno o de los dos heróicos centinelas. Nos encontrábamos en el Foro Civil. En redor solo veíamos los restos de los templos y demás edificios. Pero qué imponentes! La Basílica debió ser el mayor, a juzgar por el enorme basamento de numerosas y gruesas columnas hinchadas. De los templos de Júpiter, Apolo, La Fortuna, Venus e Isis, existe algún pedregal trozo de muros y muchas columnas en pie. El templo de Júpiter, que era el más hermoso de todos, se asciende por una escalinata de mármol que tiene dos entradas. No se sabe pintar las emociones que se experimentan en aquel recinto: es tristeza mezclada con admiración y hasta con miedo. Aquella soledad, aquel silencio de cementerio, las pisadas que repercuten por las calles desiertas, las palabras que suenan a hueco, quizá por la misma sugestión, y todo lo que la imaginación le provee por su cuenta, no es para decir sino para sentirlo.

En los que fueron soberbios templos de los dioses para
 garvas hoy se les rinde culto al Silencio, a la Soledad y
 al Olvido. Por unos escalones nos trepamos a un muro
 para mirar mejor desde lo alto. Viamos el Foro Civil en
 toda su extensión, la larga Calle de Italia que atraviesa
 toda la ciudad, y la Calle y Puerta de Herculano. El
 guía, que era un joven inteligente, nos iba explicando lo
 referente a los edificios, con sus nombres. Desde allí nos
 señaló hasta donde llega el alambrado que encierra el
 área de la ciudad. Esta no es tan grande como Mede-
 llin. Luego nos llevó a conocer las casas que pertenecieron
 a las gentes más ricas. Hay algunas en buen estado, que
 conservan sus estatuas y pinturas y tienen los techos re-
 construidos, con sus canoas y gárgolas, tal como estaban
 antes de hundirlos la rupeión.

La llamada Casa de los Amoreillos está integramen-
 restaurada, con bello jardín y lámparas en los corredores. Fue-
 ra de los reconstruidas hay otras tan hermosas como la Casa
 del Fauno, llamada así porque tiene una fuente en el
 patio principal, con un fauno que amojaba el agua. La
 Casa del Pretá Fráguo tiene el patio pavimentado de
 mosaicos, fuente y un comedor con columnas de már-
 mol. La Casa de Cornelio Rufo tiene un comedor se-
 mejante, y la fuente del patio debió ser muy hermosa,
 por las estatuas mutiladas que aún existen.

Las casas son parecidas en su disposición a las

antiguas: saquán, vestíbulo, patio principal, salas, comedores, comedor al frente; dormitorios separados unos de otros, con salidas a los comedores. Dormían en lechos de piedra o de ladrillo, que aún existen, y donde tendían las pieles. En el segundo patio están los baños, cocina, habitaciones de la servidumbre, y demás dependencias. Los baños son de cemento y piedra, levantados del suelo como cajones; otros eran calentados por medio de hornillas adosadas a ellos por la parte de atrás. La pared es doble; queda en el centro un estrecho espacio donde debía concentrarse el calor; es algo así como los termos. El agua era conducida por tuberías de metal, semejantes a las que aquí se acostumbra. Los baños llamados Termas del Foro tienen en las paredes y en las bóvedas bellas pinturas. Las casas tienen también pinturas en los muros más recargadas en los comedores; algunas son bonitas, pero por lo general son a buecha gorda. Los asuntos son tomados de la Mitología; las diosas son reproducidas con profusión, así como los perros y otros animales. La Casa del Vette, que es de las reconstruidas, con su patio, jardín y fuentes, tiene en el comedor delicadas pinturas con asuntos de vendimia. Allí acompañamos algunos cuadritos a un pintor que estaba delante de su caballeté copiando de la pared una serie de figuras de amorcillos encaramados en escaleras, cogiendo racimos, y otros cargando canastos tirados por perros. Esta faja le da

puerta al comedor y sus colores están como si fueran frescos.

Hay momias putrificadas, en un ragnán rimos, cinco; sin duda eran los esclavos de la casa, que serían los últimos en huir. La lluvia de ceniza y de lodo hiriente de la erupción duró seis días consecutivos; de manera que los amos se adelantaban a buscar la salvación mientras la servidumbre recogía lo más valioso. Nos decía el guía que por las momias encontradas, y por el cálculo que hacían de lo que faltaba por descubrir, los muertos no llegarían a dos mil.

El Teatro Trágico, donde daban representaciones al aire libre, está limpio y bien conservado. Este sería un escenario muy adecuado para las representaciones de las tragedias antiguas que están hoy en boga. Existen además el anfiteatro, mejor conservado aún, y el Teatro Comico, que tiene algunas estatuas en las gradas.

Estuvimos recorriendo la casa donde filmaron la película de "Los Últimos Días de Pompeya". Se ve el patio por una reja de hierro; es la entrada principal, que estaba cerrada. Damos vuelta a la esquina, y por una calleja estrecha entramos por la "puerta falsa". Recorrimos la casa hasta el último rincón, y luego me demoré curioseando las pinturas del comedor. Allí está todo el Olimpo. Claudius se fue con el guía a ver unas casas que no son sino "para hombres solos". Sepa término

no su inspección y se fue por la calleja, sin que me diera cuenta; yo seguí mirando y mirando. De tanto mirar vi que me había quedado sola, y sentí cierto recelo, pero me sobrepuse. De repente me acometió el pánico, y las emprendí en alcances de Sofía, que ya iba lejos; entonces fue carrera abierta tropezando en aquellos empedrados desiguales; pero yo nada sentía, porque como dicen "el miedo pone alas a los pies". Me acordaba de los muertos petrificados y la llamaba a gritos: Sofía!... Sofía!... Y cuando el eco repetía aumentaba mi pánico. Me parecía que tropezaba con las sombras. No he visto nada más estúpido que el miedo!

Nos sentamos en una esquina de las solitarias calles a esperar, donde no se oía más ruido que el del viento y a mirar unas pinturas y avisos que pretendíamos desifrar. Debían ser de alguna botica, por estar pintado el caduceo médico muy imperfectamente. Comentábamos lo limpia de las calles que parecían barridas. Los escombros y las cenizas los amontonaban lejos.

El Viejo se estuvo su buen rato en cada una de las casas misteriosas, de donde saldría muy edificado con las "maravillas" que contempló.

Cerca al Arco de Xuvón hay un museo. Colocadas en vitrinas había algunas momias, que pare-

ción de sal. Curioseámos otros objetos: utensilios de uso doméstico, raras vasijas, copas, pibeteros, S. bonitos y artísticos. Estaban para la venta; pero no me provocó comprar, porque eran sólo imitaciones que no tenían para mí mayor mérito. Allí, como en todas partes donde venden curiosidades, estaban los venteros de acuerdo con el guía, a quien halagaban con propinas, para explotar a los turistas, que gustan de comprar estos objetos para enriquecer sus colecciones y como recuerdo de sus viajes.

Aquí recordé lo que me había contado en París el amigo y pariente Félix de Bedout, y que yo tanto celebré. Viajaba con su nietecita, niña de rara inteligencia; él, muy aficionado a las antigüedades artísticas, compraba cuadros y lo que le llamaba la atención. La niña le dice un día: "Papacito! Por qué no compramos unas tijeras viejas, bien grandes, y decimos en elbedellin que con esas fue que le cortaron el pelo a "Lonsón"? Con tijeras como esas creo yo que nos cortan la cresta, para sacarnos la pibata, a tantos noveleros como vamos por allá.

A la salida de Pompeya nos deteníamos en el restaurante u hotel para almorzar. Había orquesta, compuesta de instrumentos de cuerda, que no había sido desde Nueva York; la formaban un guitarrista, y otros que tocaban guitarra y abió, lira.

Contaron en español "Oh, Mary! Si mi canto de amor es por ti!..." Con ser tan traquizado y cantado por voces poco afinadas, me supo a gloria. Esto era espotico en aquel lugar. Sin duda el fonista les encargó que lo hicieran por nosotros, pues sabia que éramos sudamericanos, y sin duda quiso halagarnos, por aquello de la propina; porque, ah vicio!...

De regreso nos demoramos en un pueblo para tomar el funicular que avanza de allí para subir al Vesubio. Este pueblo y los vecinos han sido varias veces destruidos por las erupciones; pero estas gentes, tenaces como las hormigas, vuelven a construir sus casas allí mismo donde han sido ahogadas.

El desarrollo de la ferovia es muy semejante al del acueducto que trae aquí el agua de Piedras Blancas para la planta eléctrica. Cerca a la estación tiene una pendiente fuerte, pero no exagerada; la siguiente más fuerte aún; por último, la que se empuja como una pared. Hay tres estaciones para el cambio de carros. El primero que se toma es parecido a un carro de tranvía; el segundo tiene ya forma de escalera, y el último es una escalera verdadera; los peldaños son los asientos. Fienen pasamanos adelante para sostén, y el centro queda libre para subir a los puestos más altos.

Al principio produce vértigo ver como aquello se va en-
 sombrando, y si se mira hacia abajo se percibe que a
 cada minuto se profundiza más. Esta impresión pa-
 sa, y puede uno admirar el maravilloso paisaje que
 se va desarrollando, así como la exuberante vegetación
 de rimbros, sembrados o villas de la vía, que llegan
 casi hasta la cumbre; los racimos provocadores están
 al alcance de la mano, y las florecillas y yerbas que
 nacen debajo de los árboles que sirven de apoyo a las
 viñas, son de lo más bello. Esta vegetación es sólo
 en las fajas por donde se ha derramado la ceniza de
 las erupciones, que pasado algún tiempo es el mejor
 abono; pero las fajas por donde ha corrido la lava son
 como arroyos petrificados, negros como el hollín, y donde
 jamás vuelve a nacer una planta.

Al llegar a la cumbre hay una última pequeña
 estación. Anteriormente estaba cerca al cráter, pero en
 la erupción que hubo en 1906 se voló; pues está la arran-
 cado a la cúspide 100 metros de altura; por esto la cons-
 truyeron más abajo. De allí se sigue a pie, subien-
 do por un sendero estrechísimo, que apenas se determi-
 na entre las arenas amarillas. Un guía va llevando
 de la mano a los excursionistas más nerviosos; pero
 uno no sabe cómo se apoyan en ese terreno resbala-
 dizo donde cada piedra que se desprende se precipita
 al abismo dando truenos en las palietas de las rocas.

Oje no miraba hacia abajo, y hubiera cerrado los ojos a ser posible. Al llegar al cráter hay un estrecho espacio defendido por una alambrada, donde se piteaban los excursionistas. Había un surtido de piedras, verdes, amarillas, rojas, azules, que había arrojado el volcán, las cuales habían sido recogidas por los guías para venderlas a los curiosos.

Sofía pretendió bajarse, con unos americanos, hasta la boca del cráter, para verlo de cerca, pero yo me opuse. Aquella olla profunda que despidió humo y gases sulfurosos por todas sus grietas, y ese hueco que arroja fuego y pedriscos entre horribles truenos, son pavosos. La bajada por ese suelo resbaladizo y candente, cogidos de cuerdas que los guías tienden y que van amarradas a estacones de hierro, es arriesgadísima. Sofía, convencida al fin del peligro, se subió con Claudio y otros turistas, costeano el cráter, para ver la grieta por donde el volcán variaba la lava hacia la parte de atrás.

Me quedé sola; tendí el abrigo sobre las piedras y me senté. La impresión es verdaderamente de ensueño, que emboba. La pista es invid. Se abarca el golfo con todas sus poblaciones e islas: Lomonoto, Castélamari, Capri, con sus grutas misteriosas. La ciudad, casi a los pies, dormida, confiada, amullada por los murmullos de su mar azul y custodiada

por el gigante, que hoy la vela, y mañana quizá le dé el abrigo fatal. No se comprende mirando desde allí la colina o meseta donde blanquean las ruinas de Pompeya, cómo la lluvia de ceniza, de lodo hirviente y de pedruzcos pudo llegar tan lejos, hasta ahogarla. Esto debió ser un cataclismo espantoso.

Me desperté de este sueño la presencia de nuevos turistas que acababan de llegar en el tren; eran dos matrimonios jóvenes y un sacerdote. Hablaban español. Se pusieron a mirar extasiados, silenciosos, y luego tomaron vistas de sus personas, en distintas posiciones; unas veces con el cráter por fondo, otras hacia el golfo. En seguida resolvieron jugar a empujarse hacia el pozo abismo. Se me crisparon los nervios; cerraba los ojos; hasta que viendo que las risas y el juego se prolongaban, les llamé la atención con súplicas, haciendo les ver el peligro, que parecían no comprender, y me atendieron corteses. Sofía bajó cogida del brazo de una señora joven y simpática, que se "topó" por allá, bajada del cielo. Ya no quería tener lidias con la Vieja perniciosa que le había llevado en suerte como compañera.

Esperamos hasta que subieron los turistas que habían bajado hasta la olla; la ascensión fue tan difícil como la bajada. Inútil les fue esta peligrosa aventura: prado vieron, cegados por el humo, los

gases sulfurosos y el calor. Los compañeros eran 35 u 40. Había obligación de juntarse para la bajada, pues esto es por turno riguroso. Entre los turistas había dos que tenían gruesos bastones con anillos de seto, que los servían casi hasta la punta; era el recuerdo de las ciudades visitadas, en cada una de las cuales los iban colgando el anillo con el nombre correspondiente. Las señoras acostumbraban comprar cucharillas y graciosos ternos de café, como hacían Barbarita y Sofía; yo me contentaba con almacenar en mi memoria lo que iba viendo y conociendo, para luego bajarlo a mi gusto.

En la próxima estación, mientras preparaban el carro, nos pusimos a examinar y a curiosar un museo de piedras: trozos de lava, negros como carbón; arenas que tenían depositadas en frascos de vidrio, bien separadas las fajas de colores de las distintas erupciones; en fin, todo lo que el volcán arroja lo tenían allí almacenado para negocio. Les compramos algunas muestras. Nuestro guía, que no había hecho la ascensión, nos esperaba en la estación terminal para llevarnos a un pueblo llamado Fone del Greco, donde queríamos visitar una fábrica de pulseras de Carey y de collares de coral.

Los edificios del pueblo principian cerca a la vía férrea, y luego se extienden hacia abajo, buscando el mar.

Este pueblo es lugar de veraneo de gentes ricas de la zona, que tienen allí sus residencias; pero no se ve una sola como las casas de campo de Medellín, que son más bellas y confortables.

Nos tocó el entiero de un sujeto perteneciente a las principales familias del pueblo. Era muy curioso: los sacerdotes vestidos con casullas rojas; igualmente los acólitos que llevaban los ciriales. Una larga fila de asistentes seguía el cadáver; iban vestidos como payones, rojos también los sayales y las puntiagudas capuchas. La caja mortuoria la llevaban cubierta con un paño, también rojo, formando como toldo, y con muchos flecos dorados. Esto nos llamó mucho la atención, y no nos atajamos hasta que hubo pasado esta curiosa procesión.

La estigmitaria mugrienta pulula por las calles; tanto, que le preguntamos al guía si era hora de salir de la escuela, siendo tan tarde. A lo cual nos contestó que no; que era que en ese pueblo las mujeres eran muy fecundas; que las estadísticas daban seis hijos por cada matrimonio. Por lo que parece, allí también hay quebrada de la "Azucá."

Estábamos fatigados por la larga excursión. El guía nos llevó a una especie de mesón al aire libre a tomar café; pero no fuimos capaces de tocarlo, estirados por la mugre que habíamos visto en las

calle y en la gente, lo mismo que en la vajilla en que lo sirvieron; pues abunda más aquel artículo que las arenas del mar.

En la fábrica no pudimos comprar más que una peimilla de carey, muy cara por cierto; los collares aunque bonitos le pidieron a Sofía un peso. Ella, viendo el abuso, no les quiso comprar nada.

Regresamos de noche, cansados de este largo paseo de tan distintas impresiones. Por lo mismo no dormí en toda la noche.

Al siguiente día fuimos a misa a una iglesia de la cual no recuerdo el nombre. Ni durante la misa ni en la elevación hubo recogimiento; la gente entraba y salía; las mujeres con la cabeza descubierta, o tocadas con un pañuelo que les cubría apenas la corona. Pasada la misa nos llevaron a conocer las reliquias que allí tienen; las redomas con la Sangre de San Genaro, que dicen se liquida en su día; una urna con huesos del mismo santo, y algo más que no recuerdo.

En el medio día fuimos al comercio. La calle llamada Corso Humberto es bonita y tiene palacios antiguos; se ve mucho movimiento; es la más concurrida y hay muchos almacenes de lujo. Fuimos también a un museo donde había estatuas y curiosidades sacadas de Pompeya y Herculano; ruinas estas últimas

que no conocimos por ser difícil la entrada. Hay un pueblo edificado encima, y la entrada a las excavaciones es hacia la parte del mar.

A la tarde entramos a un teatro de cine; luego tomamos un carro, y nos fuimos a dar un paseo por toda la villa del mar. Este paseo es el mejor y más bello de Nápoles. Hacia la izquierda tiene el golfo con sus rompedoras y sus barcas, y hacia tierra hay casas muy bonitas y mucho arbolado. Fuimos hasta una punta lejana, donde termina el golfo y principian los escollos. Desde allí se ve muy bello el Vesubio y los pueblos que quedan a sus pies. Entendiendo que esto es lo que llaman Pausilipo. Regresamos por otra carretera, lejos del mar.

Salimos de Nápoles el 4 de Octubre, otra vez hacia Roma, donde llegamos a las 12. Las maletas las llevaron al buffet de la estación para tenerlas listas para seguir a Florencia, y para almorzar allí; pues debíamos tomar el tren a las 3 de la tarde de ese mismo día.

Llegamos hasta el hotel para recoger las maletas, que no habíamos llevado a Nápoles, y muy agradable fue nuestra sorpresa cuando nos encontramos con nuestros compañeros y amigos Pedro y Bombarrita que habían llegado la víspera. Estuvimos conversando con ellos hasta la hora de partir. Nos

contamos nuestras impresiones y lo que habíamos conocido; fue lamentado por ambas partes el tener que separarnos de nuevo. Nos despedimos hasta París, donde debíamos encontrarnos.

XVII

Después de Roma, era Florencia la ciudad de Italia que más deseaba conocer, por ser la cuna del Renacimiento, y una también de Dante, Petrarca, Miguel Ángel, y otros genios que la inmortalizaron. Y por ser la escuela donde los pintores van a perfeccionarse.

Llenos de curiosidad nos aventuramos sin cicerone la primera vez, y guiados por la torre del Campanil, que se eleva sobre los otros edificios, desembocamos en la plaza de la Catedral. Allí está el famoso Bautisterio. Es una cúpula o rotunda independiente del templo, lo mismo que la torre del Campanil, pero no tan alta.

La puerta del Bautisterio, aquella que Miguel Ángel llamó "La Puerta del Paraíso", lo parece, en verdad. No se sabe qué admirar más en ella; si las primorosas tallas o cinceladuras o la armonía en su misma disparidad. En los tableros de bronce están grabados, a cincel, cuadros del Antiguo Testamento, todos distintos; también las talladuras de las puertas o sean los marcos tienen flores, frutas, hojas, pájaros, todos diferentes, pero forman un conjunto armonioso y bello. Con razón emplearon media vida los artistas que lo ejecutaron. En el Bautisterio también está la Magdalena peni-

ente, escultura que tanta fama tiene.

La Catedral, de estilo gótico, tiene un hermoso frontis con estatuas entre las columnas. Su imponente cúpula recuerda por su altura la de San Pedro en Roma. Es muy severo su decorado interior. Los altares, cuadros e imágenes, son obra de los artistas del Renacimiento. Hay un grupo en mármol de la Virgen de las Angustias, semejante a La Piedad, de la iglesia Vaticana, también de Miguel Ángel, y aún más hermoso. Detrás de la cruz están José de Erimatea y José de Nicodemos; una de estas figuras es la propia del genial escultor, quien quiso inmortalizarse con su obra. No es permitido el adorno de palmas ni de flores, como en los otros templos. Solamente se ven brillar las luces en las capillas y en las penumbrosas naves. El último ventanal de la derecha, que parece iluminarla, es sólo una ilusión: no tiene vano. La pintura de los vidrios es la que produce esa luz, verdaderamente artificial. Es que los florentinos han sido magos de la paleta y del cincel.

En una iglesia vimos los monumentos donde guardan las cenizas de Dante, Galileo, Petrarca, Campanella, y otros más que no recuerdo. Siendo bonitos los sarcófagos me parecieron merquinos para guardar esas preciosas reliquias.

En la Plaza de la Señoría sí que hay cosas que ad-

mirar! El antiguo palacio de este nombre, que levanta su altísima torre a un costado de la Plaza, es muy interesante por su historia. En otro costado está la Loggia, que tiene un gran portico de columnas con estatuas las más bellas; allí está el grupo que representa el Rapto de las Sabinas y otros más. Quise saber el punto de la Plaza donde fue quemado Savonarola; el guía me mostró una fuente levantada allí. El Palacio de la Señora es hoy un museo. Nos mostraron la Sala del Consejo de los Senadores de la antigua República. Los salones restantes y las galerías están llenas de mármoles y bronce de los grandes maestros. Entre las estatuas recuerdo el Mercurio de Juan de Bolonia, en bronce. No es de tamaño natural, pero bellísimo sobre toda ponderación. Hay un grupo, en mármol, nada bonito, por cierto, de un rival de Buonarrotti: figura un gigante derribando a otro; le tiene puesto el pie sobre la espalda; el escultor quiso representar a Miguel Ángel humillado por él mismo. Para mí representa mejor La Envidia que lo que él pretendía simbolizar. Es como si una hormiga quisiera derribar a un león.

Por la parte de atrás del palacio hay comunicación con la capilla o mausoleo que los Médicis hicieron construir para guardar el Santo Sepulcro si lo grabaron rescatando. Es muy bello. Allí están las estatuas de Lorenzo y Julián de Médicis, talladas por

Miguel Ángel. En sus tres palacios, esos documentos de piedra, y en sus valiosos cuadros, de los pintores renacentistas, dispersos por los museos, está consignada la historia de los Médicis, esta familia de papas y gobernantes, que marcó la era más gloriosa para el arte y la República florentina.

No lejos de la Plaza de la Señoría hay otra donde está la estatua del Dante. Al frente se encuentran las galerías de pintura, que quisimos visitar. La hora no fue bien escogida. Ya los pintores habían salido. Sólo vimos sus caballetes y los cuadros que estaban copiando. A otra hora nos hubiéramos encontrado con los maestros Eladio Veleri y Pedro del Gino, nuestros compatriotas, que estaban allí entonces, lo que nosotros ignorábamos. De haberlo sabido, los hubiéramos buscado. Estos notables pintores también habían ido a beber en la fuente del arte.

En un paseo por la parte alta de la ciudad hay un parque llamado de Miguel Ángel, por estar allí erigido su monumento. Es muy hermoso: tiene su David como figura central, y en la cuadruple gradería hay sendas figuras alegóricas. Desde aquella altura se domina la ciudad señorial, la verde y dilatada campiña, y las fuentes y el curso del Arno, el río de Virgilio.

Quisimos saber donde vivió el Dante. El guía

nos indicó su casa, y el punto donde vivía a Beatrix por primera vez. Tanto de la casa como de este quizá fantástico inventivo, tienen las vistas.

Reputo que los florentinos son magos de la paleta y el cincel; basta conocer las fábricas de mosaicos en mármol. Lo mismo que en Roma, los trabajan a las mil maravillas, pero de distinta manera. Toman una plancha de mármol negro o muy oscuro; graban el dibujo; luego con una fina cienita lo perforan y van siguiendo el contorno hasta vaciarlo y dejar el hueco. Hasta allí parece fácil el procedimiento. Lo difícil es llenar después este vacío con partículas de mármol que reproduzcan el dibujo, y pegar y matizar aquello, con sus desvanecidos y sus colores correspondientes. Una florcita pequeña, por ejemplo, lleva por lo menos seis partículas de mármol de distintos colores; y luego, la precisión que se necesita para unir una pieza con otra, sin que se note el empuje ni se palga del molde. Viéndolo al través es como mejor se aprecia este delicado trabajo. Así decorara toda clase de muebles. Las mesas son especialmente bellas, y tienen complicadísimo dibujos. Los paisajes son tan perfectos, que parecen pintados. Sólo compramos un paisaje y seis pisapapeles, porque son caros. Había un millonario americano escogiendo un mobiliario completo, que era una maravilla. Supongan cuánto le costaría!

El hotel Baglioni, donde estuvimos, y que fue lo primero en llamarme la atención, por su elegante arquitectura, estaba pintado íntegramente. El estuco de los techos era muy bonito. Cuánto dicen los ricos de Medellín, que tienen suntuosas residencias, y no permiten gastos para embellecerlas, por tener salones decorados como los dormitorios de este hotel. Cerca había una floristería: nunca había visto una variedad de crisantemos y dalias más grandes y hermosos. Eran como girasoles. Siempre que pasábamos por allí nos deteníamos delante de las vitrinas para verlos; y no sabíamos que admirar más: si las flores, o el arte con que estaban expuestas.

En los días que estuvimos en Florencia no nos acordamos de teatros ni de pines; las impresiones de arte nos absorbieron todo el tiempo, y aún perdura el recuerdo.

Al fin nos despedimos de la encantada ciudad del arte y de las flores para seguir hacia Venecia.

XVIII

Llegamos a Venecia el 10 de Octubre, que al atardecer. El pien al llegar avanza hacia el mar por un muelle o salzada donde está la estación. Se balanceaban amarradas las góndolas de todos los hoteles, que los empleados iban voceando, y muchísimas más pertenecientes a particulares. El gondolero del Hotel Regina recogió nuestro equipaje y luego nos dio la mano para colocarnos en los asientos movedizos. Fuimos que atravesar largas calles o canales; el gondolero al llegar a cada encrucijada lanzaba un grito prolongado; ehhaaa!... para avisar a los que navegan en dirección contraria. Estas góndolas han sido comparadas a atándes; lo son por lo largas y por la pintura negra, pero no por la forma. Ya las habíam visto pintadas. Los canales son matolientos; los muros de piedra tienen una lista verde y lamosa a la altura donde llega el agua.

Gastamos más de una hora para llegar al hotel situado frente al Gran Canal; ya era de noche cuando tocamos la escalinata. Lo primero que sorprende es el silencio; no se oye ese ruido peculiar de todos los centros propulsores; sólo se oye el chapuceo de las góndolas amarradas delante de las casas y el ruido de los remos.

Como llegamos de noche, poco pudimos ver; solo

podíamos ver; sólo las luces nos indicaban los edificios del otro lado del canal, que se veían muy vagamente.

Sofía estaba silenciosa, descontenta; comió poco y con el vino amagado. El hotel le disgustó, y le pareció fea Venecia. Yo le decía que no se anticipara; que aguardara hasta el día siguiente para que diera el voto. Era que estaba sugestionada por algunos de los compañeros de París, que la habían informado de que Venecia era triste y aburridora.

Esa noche fuimos amullados por el constante chapoteo de las góndolas, y despertados luego por una serenata que llevaron delante de nuestras ventanas. Yo me incorporé para oír el canto; eran varias voces, de hombre y de mujer, muy dulces y acompañadas de piano, de violín y de otros instrumentos. No pude resistir la curiosidad; me asomé con cautela por una de las ventanas.

En el centro de la góndola estaba el piano; los músicos eran cinco, entre ellos una mujer. Muy romántico resultaba aquello. Luego que terminaron, abrimos del todo la ventana para darles la propina. Lo mismo hicieron los que ocupaban las piezas más altas. Los músicos venecianos se informan de cuándo llegan extranjeros a los hoteles, para obsequiarlos.

No volví a conciliar el sueño sino al amanecer. El Viejo me despertó y me hizo levantar porque se hacía tarde para el desayuno, pues eran las nueve.

Al bajar al comedor le pregunté a Sofia si habia amanecido tan displicente como la vispera. Me dijo que sí, porque le parecia curioso ser de tener que salir siempre en góndola. Yo la consolé a mi modo, sin confesarle que yo estaba impresionada por el mismo motivo. Al salir del comedor vi que varios de los hombres se ponían los sombreros y salían por un patio interior. Esto me llamó la atención, y me fui en seguimiento del último. Mi sorpresa fue grande cuando lo vi salir por una puerta opusada a un callejón, que debía desembocar en alguna calle, como lo era efectivamente. Coni a darle la nueva a Sofia, que se alegró mucho. Al propio momento nos fuimos. Llegamos a una calle ancha donde había muchas farmacias, algunos de ropas, y los más de artículos de lujo, cristalerías preciosas, estatuas y otros objetos. Los collares pendían en sartales por las puertas y vitrinas. No tardamos en desembocar a la Plaza de San Marcos. Que sorpresa! Los pedestales en galenas, que enmarcan la plaza, nos parecieron los del paraíso; lo mismo la Catedral, con sus jinetes, cúpulas y sus briosos caballos de bronce, con las patas levantadas, cansados quizá de sus largos viajes, pues sabido que estuvieron en Constantinopla llevados por Constantino y en otras partes; y hasta Napoleón los hizo también galopar. Salimos a la Piazzetta, delante del Palacio Ducal, que

tan hermoso nos pareció. Nos entretenimos contemplando
 este magnífico edificio, que parece por su arquitectura de
 estilo árabe. En la Plaza de San Marcos gozamos mu-
 cho viendo la invasión de palomas, que nos perseguían
 en solicitud del grano; son mansísimas; pero al más leve
 ruido se levantan espantadas. Finen sus nidos en las
 cúpulas del templo y en lo alto de los edificios. El
 Campanil, aparte también de la Catedral, como el
 de Florencia, es de reciente construcción, porque el an-
 tigo se había derrumbado. Subimos hasta lo último
 de la altísima torre, por un ascensor, pero tuvimos que
 descender pronto, porque el viento soplabá allí muy
 fuerte. No obstante, nos dimos perfecta cuenta de to-
 das las islas edificadas, los canales, y el puerto con
 sus numerosas embarcaciones.

Cuando regresamos al hotel, encontramos a
 nuestro sicario, que había ido a sus carnos. Este
 señor era de lo más cargante que Vds. se pueden
 suponer. Sofía desde el primer día le cogió tanta
 aversión como a la carne de cadáver. Algo le hizo o
 le dijo. Quizá la pellizco, porque le huía y le hacía
 el gesto feo.

Nos llevó primer a conocer el Palacio de los
 Dux, que ya habíamos admirado por fuera. El pa-
 lacio es grandísimo; lo mismo la escalera de mármol
 de arcos peldanos que avanza al frente de la entra-

da; nos dijo que por ella había rodado la cabeza de Marino Faliero, decapitado por traidor a la República. Yo me apartaba instintivamente horrorizada, creyendo pisar las charcas de sangre. Nos condujo en seguida al Salón de los Retratos, llamado así por encontrarse en él los grandes cuadros de todos los Dux. Sólo hay un lugar desocupado: el correspondiente a Marino Faliero. En su lugar hay un cuadro negro. El vicario se empujó en un largo discurso, referente a esto, que se sabía de memoria. Yo cansada, sin atender su pedantesca exposición, me puse a conversar con una señora bogotana que se encontraba allí con su marido; pero más me valiera haber cabado. ¡Qué furia de hombre! Me reprendió con agrias y destempladas voces, porque sí que le hice perder el hilo de su discurso. Nos dio risa el regaño, y me puse formal a punto. Explicata luego como una figura alegórica pintada en el techo miraba siempre hacia cualquier punto donde uno se colocara. Aquí otra larga explicación; tan larga, que por poco vuelvo a incurrir en la misma falta.

La Sala del Consejo es muy interesante. Los asientos de los senadores eran anchos sillones muy tallados y a un extremo se levanta el estrado. Adosada a una pared de la sala vimos la cabeza de animal feroz por cuyas abiertas fauces eran arrojadas

las denuncias y acusaciones ante los senadores de la cé-
lebre República.

Bajamos a los calabozos llamados "Los Pozos" y "Los
Plomos". Que honor! Son agujeros negros y profundos de-
bajo del edificio, al nivel de las aguas del canal, que
pasan rozándolo. Al río lo hacían subir una estre-
cha y oscura escalera y lo obligaban a pasar por
el Puente de los Suspiros, para ejecutarlo en las pri-
siones de enfrente. Por las ventanillas del puente,
que es cubierto, miraban la luz por última vez. Nos
mostaron el ténico lugar de las ejecuciones, donde hay
un canal por donde, según nos dijeron, corría la sangre del
decapitado. También vimos la puerta por donde arrojaban el
cadáver al canal, envuelto en un saco, y la colección de
largas y anchas espadas que servían al verdugo.

Todo esto me iba pareciendo cosa de pesadilla, y de-
seaba que saliésemos pronto para ver de disipar esta
fuerte impresión.

La siguiente salida fue en góndola a pasear por
el Gran Canal y por las otras calles líquidas y malolien-
tes, lo que me ocasionó otro regalo del viejo mandón,
porque me llevaba el príncipe a la nariz, lo que a él
le parecía una precaución irreverente, cuando Venecia
olía tan bien; cuando los niños eran tan sanos y ro-
bustos y las mujeres tan bonitas. En esto último me
se engañaba, porque las italianas son por lo gene-

neral muy bellas, aunque tienen las manos y los pies demasiado grandes.

Pero volvamos a los canales. Se comprende que no pueden ser rectos, ni mucho menos. Se navega por ellos lentamente para no tropiezar en cada revuelta. La góndola se detenía frente a cada edificio para el cicione darnos el nombre y explicar lo referente a cada uno. Estos inaccesibles y antiguos palacios, que parecen deshabitados, y los silenciosos canales y enrejadas, me recordaron historias que había leído, de amores desgraciados y trágicos, y tenebrosos dramas de puñal y venganzas, relatados por novelistas e historiadores. Nada más sugestivo que estos románticos lugares para tejer una leyenda.

X El cicione nos dijo que nos iba a llevar a un lugar retirado de allí, adonde no llevaba a los turistas; pero a nosotros, que nos gustaban, y sabíamos apreciar las antigüedades de mérito, si nos iba a llevar. Con este "lambetoso" y lo que luego nos mostró, le perdí el regano y hasta discreto y simpático me pareció. Pasamos frente a la isleta donde está el cementerio. Los muertos duermen solitarios, anublados por las ondas, y son llevados en góndola, para ser enterrados, lo que me pareció proclivo. Desembárcamos frente a una plazuela, hacia tierra firme, lugar habitado únicamente por gente de la plebe. Allí se encuentra

una sencilla y abandonada capilla. Al entrar, vimos los altares desmantelados y polvorientos. Las paredes cubiertas de una tela de fondo blanco amarillento, floreada de ramajes verdes en varios tonos; el pulpito tenía la misma tela, recogida artísticamente en un gran nudo; el fleco que guarnece los bordes es de gusanillos, verde y blanco. No nos explicábamos cómo aquella tela se había conservado sin desgarrarse, cubierta por el polvo y las telarañas, en ese abandono. El vicario nos instó para que nos acercáramos a tocarla. Cuál sería nuestra sorpresa al ver que la tela es mármol blanco con imitaciones de mármol verde, que imitaba a perfección los ramajes. No nos cansamos de admirar este bellísimo trabajo en cuya ejecución gastaron los artifices muchos años. Muy raro nos pareció que dejaran olvidada una obra de tanto mérito.

Fuimos después a un almacén donde vendían únicamente collares de vidrio fabricados allí mismo. Es muy curioso el procedimiento de fabricación; es por medio de sopletos. Al salir el vidrio fundido por el estrecho tubo, un obrero muy hábil iba cortándolo con tijeras el lingote en trocitos, que amasaba con la mano en bolitas con mucha rapidez, para evitar que se enfriaran; en seguida las pinchaba con una aguja para perforarlas, y con un punzón les iba grabando dibujos y estatuas. Quedan hechas las cuentas en dis-

lindas formas: cuadradas, alargadas o redondas. Después de estar finas las separaron para ensartarlas en collares. Les compramos algunos para pagarles la gentileza con que nos atendieron.

En seguida entramos a otro almacén donde vendían objetos de cristal. Por los techos pendían las lámparas, en todos los estilos, desde las arañas para las iglesias, hasta lamparitas de una sola bujía. Las mesetas y estantes brillaban con la cristalería en todos los colores. Estos cristales venecianos son los más apreciados por su finura y nitidez. También las porcelanas son muy finas y bellas. Compramos varios objetos de cristal y doce platos de porcelana, decorados con los retratos de los grandes pintores italianos. Fuimos que pagarlos por anticipado y dar plaza para la fabricación, porque no tenían sino la muestra. Se demoró bastante este encargo para llegar a Medellín; pero al fin vino, sin haberse roto nada. Sentimos no haber podido ir a Euzarano para conocer las grandes fábricas, que son muy curiosas. Pero era lejos, y el tiempo se angustiaba.

Estuvimos en un museo donde hay preciosidades que no nombro por no cansarlos hablando de más antigüallas. También fuimos a un taller donde bordaban mantones, pues queríamos verlos para comprar. Los bastidores armados con telas

de diversos colores ocupaban casi los salones. Eran algo más de ciento las obreras, muchachas bonitas, con las manos muy bien cuidadas, condición indispensable para no enredar la seda. Estaban más inclinadas sobre los bastidores bordando; otras poniéndoles fleco a los mantones. En una oficina había dos obreras ocupadas en pintar los elisis y en estampar los dibujos sobre las telas. Colgados de cuerdas pendían los mudejones de seda de diversos colores, que sabían matizar con tanto gusto. Terminaban un mantón para enviarlo a la exposición de Barcelona. Recuerdo su complicado dibujo: sobre fondo negro se entrelaban bejucos de batatilla posada, con hojas verdes y racimos morados de uvas. Dos obreras de las más hábiles lo bordaban, y otra le hacía el fleco de enrejado de seda negra en los lados ya bordados. Se comprendía el afán con que trabajaban para concluirlo. Yo, curioso de los dije a estas abnegadas muchachas que me parecían muy bonitos los mantones, pero que me gustaban más las bordadoras. Esto puramente español, lo entendieron. Muy sonrientes, me dieron las gracias. Por el guía nos informamos del jornal que ganan estas obreras: una miseria. Cuarenta centavos de nuestra moneda. Después de muchas medidas en los "maniqués vivos", que con tanto garbo manejaban el mantón, les compramos ocho.

Lofia compró tres para ella Olga y Elena. Yo compré cinco para las hijas y nietas. Todos muy bonitos pero fue un problema el empacarlos.

Estas andanaras por fábricas y almacenes las hacemos a pie, por las calles que tienen en el centro los islotes, que son las comerciales. Están comunicadas con las calles de otros islotes por puentes sobre los canales. Allí no se conoce caso ni peligro de ninguna clase. Los materiales de construcción, bultos de mercancías y demás, son movilizados en barquichuelos de carga que atracan en todas partes.

Como Lofia continuaba desagradaada con el ciclone, lo despedimos cortésmente, dándole propina y diciéndole que ya no necesitábamos de sus valiosos servicios. Continuamos los paseos nosotros solos. Volvimos a San Marcos, a la Piazzeta, y por allí tomamos por el costado izquierdo del Palacio Ducal, a puñetas del Gran Canal, único que tiene aceras por donde se puede andar a pie. Pasamos varios puentes, todos en arco, para dar cabida a las gondolas. Llegamos a un parque muy grande, donde hay muchos árboles y flores. Era, quizás, el Lido, pues no tuvimos con quien informarnos, nombre tan reconocido para bautizar almacenes y restaurantes. Como la distancia hasta el hotel es larga, regresamos en una morana barca, que nosotros llamábamos

tránvia, pues hace el recorrido demorándose en cada enta-
da de los canales, donde hay estaciones para venta de ti-
quetés y lugares de espera.

La noche última nos presentamos en el comedor, muy
elegantes, estrenando los mantones. Sofía, uno blanco
muy bordado que había escogido para ella; y yo uno me-
do bordado de blanco. Muchos que gustamos. 'Como
vivamos a descrestar con ellos aquí en Medellín!'

El 12 de octubre, día clásico para nosotros los ame-
ricanos, salimos de Venecia, admirábamos desde el
trén los cultivos de pinos y perales, que son muy fi-
dels en Italia, especialmente en Lombardia. El vino
y las frutas son excelentes. Estas frutas no las tasan,
como en algunos hoteles de Francia; las colocan en ca-
nastás sobre las mesas de los comedores, para que los
comensales las tomen hasta saciarse. Los italianos acor-
timbran mucho los espaguetts; es un plato no intencionalmente
que va del plato a la boca. Esto fastidia a la vista, aunque
no tanto como aquello que acostimbran los franceses: recoger
con una rebanada de pan la salsa que ha quedado en los pla-
tos. En los hoteles italianos goven grandes fuentes de espa-
guetts, que en un dos por tres están agotadas. Esto cons-
tituye el fuerte de su alimentación. Aunque los presia-
ran bien, no fui muy adicta a ellos. Los acompañaba
con frutas, que eran mi manjar preferido.

XIX

A las nueve de la noche llegamos a Milán, al Hotel Furring. Las piezas daban frente a un parque que era jardín de aclimatación. Lo comprendimos, porque en la noche nos despertaron los aullidos de las fieras que tenían enjauladas. También los ruidos nos molestaron como en Barcelona.

En la mañana nos fuimos a pasear y a conocer la Catedral, llamada El Duomo, que es lo mejor y más notable de Milán. Nada le iguala en bellera. Sorprende verdaderamente por lo para y por la multitud de estatuas de santos que la coronan. Este templo es considerado como una joya de la arquitectura. Su construcción fue obra de muchísimos años. El interior es igualmente magnífico y suntuoso. Fue sin duda la que me pareció más bella de todas las catedrales que conocí, inclusive la de San Pedro en Roma. Allí están las vistas para que juzguen.

El antiguo convento, que es otra joya histórica, donde Leonardo de Vinci pintó en el muro del refectorio su famoso cuadro de "La Cena", lo visitamos con preferencia. Aunque algo borrosas las figuras, se destacan muy bellas. La de Jesús es verdaderamente divina. Pedro es especialmente hermoso; lo mismo Juan. Que las

tema que el tiempo implacable destruya este cuadro, que parece imposible conservar por ser húmedo el muro. La capilla del convento también tiene muchas pinturas antiguas. Esta capilla, aunque ruinada, me inspiró mucho respeto y veneración. Según la historia, allí fue donde se convirtió San Agustín, oyendo las predicaciones de San Ambrosio.

El cementerio de Milán es otra maravilla, más aún que el de Génova. Este tendrá monumentos de más mérito artístico, que uno no sabe apreciar; pero a la vista es aquel más bello. Los monumentos no están en galerías, sino esparidos en todo el recinto y separados por cuadros de esped y de flores.

En una placeta donde está la iglesia de San Francisco se ve una fuente; es un lavoir donde beben varias palomas, que un franciscano acaricia. Sin duda representa un pasaje de la vida del Santo de Asís.

Quisimos conocer el Teatro de la Scala, considerando como la meta del arte y al cual van a consagrarse los artistas del mundo; pero estaba cerrado. Nos llevó la ópera "Polvemia", muy bella por cierto, en otro teatro.

A los pocos días dimos adiós a Milán, que tanto me había encantado, para seguir a Suiza.

XX

El paso por el Lago Mayor, tan hermoso, bordeado de Villas y palacetes que se reflejan en las aguas, fue como un sueño que duró lo que una cinta de cine. Más adelante, sin transición, una oscuridad, como si la noche se hubiera echado encima; era que el tren había entrado al túnel del Simplón. Resoplaba y despedía humo que se prendía de la nariz. Esta ascensión dura 25 minutos. Cuando el tren sale de su agujero, la luz es opusculosa. Estábamos en Luira. El tren se desliza sobre la altísima cordillera. El Rodano corre encajonado entre dos cordilleras. Por la que teníamos al frente pasa una carretina. Los pueblecitos van apareciendo, allá en lo hondo, a la orilla del río. Se oye la esquirla de las vacas que pastan por los flancos, así como el toque de las campanas de las iglesias, que se destacan sobre las tinieblas. El tren va descendiendo suavemente hasta llegar a la villa del Rodano. Hay allí una estación donde se demora, no recuerdo si para visar pasaportes y registrar equipajes. Encontramos en la estación varios sacerdotes que hablaban español. Venían de un lugar cercano donde hay un establecimiento de baños. Por lo que hablaban se comprendía que eran turistas.

El tren llega al Lago Lemán. Sirv apartarse de él se meté entre arboladas hasta llegar a Lausana. Esta ciudad es como Genova, edificada en escalones. Principia a la orilla del lago y se tiepa a la altura. El lago es muy hermoso. Tiene a sus orillas preciosos castillos. Entre ellos el de Chillon, de tantas historias, donde esturo Lord Byron. La parte alta de la ciudad es la más poblada. Allí se encuentra la Catedral de culto protestante; la iglesita de San Francisco, atravesada en la calle y cubierta de gredra; la Universidad, el Tribunal Federal y la Sinagoga. Las calles trasversales están unidas por escalas. Las otras son muy perpendiculares. En lo más alto hay un parque llamado de Guillermo Tell, donde está el monumento al héroe legendario. Un restaurante, también en lo alto, y en el cual estuvimos, tiene un mirador justico. El panorama contemplado desde allí es precioso; la ciudad, el lago con sus barcos; al otro lado de esto los Alpes de la Saboya y el Monte Blanco con su corona de nieve. Se desciende hasta el lago por una canchera escondida entre el bosque.

El Hotel Menice, donde estábamos hospedados, era bonito y bien servido. Por la parte de atrás se ve el lago y el puentecito con sus pequeñas embarcaciones. Hay a la orilla un praseo por donde salíamos a caminar para calentarnos. Claudio y Sofia se iban lejos; yo me

quedaba sentada en una banca, o sobre los escalones de piedra. Me entretenia mirando las barquitas y los cisnes, tan bellos, que nadaban mansos y se acercaban como en busca de comida. Recorde mucho a Eduardo, cuando estuvo allá, pues su diversion favorita era remar en el lago. Hubiera deseado saber donde habia vivido. Siempre la madre con el corazon y la mente puesta en los hijos.

Una noche que regresabamos al hotel salieron a saludarnos un señor y una señora, a quienes habiamos visto en el comedor. Era un matrimonio bogotano que temperaba allí con sus niños. Nos dieron recado de dos jóvenes antioqueños que habian ido en política nuestra, y a quienes ellos habian recibido. El señor era cuñado del Dr. Concha. Pensaba, luego de reponerse, seguir a Roma para quedarse allá. Ya no recuerdo sus nombres. La señora nos dijo que habia tenido curiosidad de saber los nuestros, por haber comprendido que íbamos colombianos, y que por el uad del hotel se habia informado. Esa noche estuvimos de tertulia hasta tarde. Hablamos mucho de Colombia y de su prabellon en la Exposicion de Sevilla. Nos leyeron la revista de la inauguracion. A poco tiempo de su llegada a Roma, murió el Dr. Concha.

Las excursiones en Lousana las habiamos hecho sin el guia, por no haberlo necesitado; pero para la

expusición a Ginebra si lo ocupáramos. Era por cierto un señor culto, inteligente e ilustrado. No echaba discursos aprendidos de memoria, como otros que nos habían tocado.

Salimos de Lausana en un barquito que había escalado en todos los pueblos de la orilla. De manera que pudimos verlos, así como los castillos, que son varios, y la isletica, tan bella, de Salagnon. El almuerzo lo tomamos en el baret, amenizado por la conversación del guía, que nos contaba cosas referentes a la época de Calvino.

Al desembarcar frente a Ginebra, ya no en el lago, sino en el Rodano, lo primero que se ve es el gran puente llamado del Mont Blanc y la isleta donde está el monumento a Rousseau. El monumento de bronce representa al filósofo con un libro abierto sobre las rodillas. Está emplazado en el mismo sitio que ocupaba su casa. Del viejo jardín subsisten algunos árboles.

Lo primero que nos llevó el guía a conocer fue el edificio donde se reúne el Consejo de la Liga de las Naciones. Hay a la entrada un monumento alegórico al Trabajo. La sala del Consejo es muy espaciosa, con sus pilones y su plataforma. Me recordó la sala del Consejo de los Dux en Venecia, pero no inspira pavor como aquella; antes bien, sugiere ideas optimistas. Allí nos encontramos con algunos turistas argentinos. Estuvimos conversando con ellos un rato.

Pero... qui' lejíis aquél! 'Qui' infelax se daban.' Pare-
sian ellas, sobre todo, presidentas o essatál de la Junta
Suprema de la Liga. Los empleados, muy atentos, nos
mostraron las oficinas, los jardines y el edificio todo.

En una iglesia protestante el guía nos mostro si-
ca silla, casi al centro del templo, cuidadosamente ence-
rrada por una baranda, donde se sentaba Calvino a dar
sus conferencias. Nos llevo al Parque de la Reforma, bo-
nito por cierto. En un extenso muro están esculpidas
en alto relieve las figuras de los obispos y de otros per-
sonajes que intervinieron en la Reforma. Varios otros tem-
plos conocimos, protestantes todos, que a mi me parecían
vacíos y nada me inspiraban. Entre ellos un templo
ortodoxo, ruso, muy bello. Tiene como cinco torres re-
matadas en cruz y alumbradas por focos eléctricos.

El guía con el fervor del creyente, ponía ardor
y entusiasmo a sus explicaciones. Yo, católica romana,
veía y oía todo con curiosidad, pero sin interés ni
emoción. Lamentaba interiormente que Suiza, siendo
un país tan hermoso y civilizado, que me era tan sin-
gular por recordarme mis montañas antioqueñas,
fuese cuna del protestantismo.

Recomiendan los almacenes de comercio. Tuve ne-
cesidad de comprar un sweater de lana para ponermelo
debajo del abrigo, porque el frío me tenía amilanada.
Compramos también dos relojes: Lejíis uno, muy fino,

para llevarle de regalo a cierto primo que estaba en Nueva York, a quien ella no quería ni tenía nada que ver con él. Yo compré otro para traerle a Eduardo.

En la tarde dimos un paseo en auto por los alrededores de la ciudad, que son muy pintorescos, parecidos a los de Lausana. Por último anduvimos a pie para ir a conocer la planta para purificar el agua tomada del Rodano, que sustenta la ciudad. Por medio de tambores o cilindros de metal pasan el agua de unos a otros hasta darla filtrada. Nada entendí de esto. El Viejo se curió y se informó de todo.

Volvimos a Ginebra con tiempo apenas de tomar el tren para Lausana, adonde regresamos ya de noche.

El frío ya se hacía sentir con intensidad. Al fin del otoño es quizá más fuerte que en el mismo invierno; sin duda por esto Claudino se acató. Fuvo que reclusarse en el hotel dos días. Yo me atormenté pensando que si allí el frío era tan fuerte, cómo sería en Alemania, siendo de los países más fríos. Viendo que no mejoraba, les manifesté que no debíamos continuar el viaje, porque no resistiría el frío y que debíamos regresar a París. Me parecía lo más prudente pues anunciaba una pulmonía. El Viejo, aunque testando, aprobó; Sofía se contrarió con aquello, pero cedió a la razón aunque desata mucho el viaje a Alemania. Yo le decía que de París, cuan-

do Claudio mejorara, podíamos hacer el viaje a Bélgica, viaje que yo deseaba más que todos, por estar en estima mucho. Avisamos al agente de la Compañía en Lausana, que no continuáramos el viaje; que nos arreglara el regreso a París. Al momento nos llevó los pasajes para el rápido del día siguiente. Con esto tuvimos que pagar el recargo correspondiente a la modificación de nuestro itinerario.

El empleado de la agencia estuvo temprano con el carro, para llevarnos a la estación. Este viaje fue muy largo, pues no llegamos a París sino por la noche. Muy bonito el trayecto por entre cultivos, y viendo varias ciudades a lado y lado de la vía. Pensaba yo todo lo atrasados que estamos en materia de agricultura, viendo estas zonas inmensas de cultivos, que se extienden cuadrados y cuadradas, mostrando su verde en todos los tonos. Allí no se pierde una cuarta de terreno. Hasta en las orillas de la vía finca hay viñas y flores. Los bosques son bellos, desmenujados y limpios. Cada árbol está numerado y defendido de los insectos por una capa de pintura blanca.

XXI

Qué bella parece la Ciudad Luz cuando se la com-
para con otras! Al verla de nuevo se comprueba que ninguna
la iguala en belleza. Volvimos al Hotel Florida, donde
habíamos dejado los baules y el resto de nuestro equipaje.
Nos encontramos de nuevo con los amigos, menos con los
Jaramillos, que no regresaron sino ocho días después.
Muy alarmados los encontramos con las noticias que les
llegaban de la crisis. La mayor parte de ellos prepara-
ban sus pasajes para regresar a Colombia. El Viejo
mío, tan tranquilo, con esa "cachaza" que se ha gasta-
do siempre, no se alarmó ni dijo nada. Recibimos car-
tas de los hijos dándonos noticias muy buenas: todos go-
zaban de cabal salud. Tomás, contento; Elena más, con
forme con su pena; Eduardo, estudiando, como siempre,
Gabriel había cogido un juicio de lo más bonito: las
relaciones con "Pepe Lima", que tanto le perjudicaban,
las había dejado por completo. Estas noticias, espe-
cialmente la última, me tranquilizaron y me lle-
naron de gusto.

Los paseos por París y sus alrededores se rea-
nudaron, con más entusiasmo, si cabe. Fuimos un
quía e intérprete, que ni ponado: la pensita Iponal.
Mejía, sobrina de Eptor, que estudiaba en un co-

legio de París y tenía asuetos entonces. Esta niña además de muy bella, es inteligente, ilustrada y culta. Nos llevó de nuevo al Louvre. Nos enseñó uno por uno los cuadros de más mérito, lo mismo que otros en la Santa Capilla, templo de los más antiguos: data del tiempo de San Luis, rey de Francia. Volvimos a la Catedral y al Museo Guerin, donde están representados en cera los personajes más notables: el Papa, Alfonso VIII, Mussolini, los presidentes últimos de Francia; muchos pasajes de historia antigua y moderna, desde el nacimiento de Cristo hasta su pasión; escenas sangrientas del Civeo romano; Calón con los indios; el asesinato de Marat por Carlota Corday; los Reyes Católicos; recepciones en la Malmaison; la muerte de Napoleón; el hambre en Rusia; las bailarinas y cantantes en boga; en fin, todo lo más notable que pueda llamar la atención. Estas representaciones son muy exactas; las figuras son perfectas, y engañan al que no esté prevenido.

Los Inválidos, el palacio donde está la tumba de Napoleón, también lo visitamos. En un gran cope de forma para están guardados los restos del grande hombre. Es en una rotonda iluminada por ventanas de cristales que dan mucha luz. Desde el barandaje se mira hacia abajo, donde está el cope, colocado se-

bre un pedestal circular, que tiene grabados los nombres de las batallas: Marengo, Austerlitz, Las Pirámides, &c. Hay muchas banderas: son los trofeos de sus victorias. No sé qué se siente en ese lugar; si pesar por su fin o admiración por el hero. Será tristura, quizá, al reflexionar en lo perecedero de la gloria y grandezas humanas. Comprámos vistas y algunos objetos, como recuerdo, para regalarlos a los amigos aficionados a estas cosas.

Al Panteón fuimos Claudino y yo, solos, porque Sofía ya lo había visitado. Fue en una mañana muy fría. Casi no podemos bajar del auto, porque la lluvia nos azotaba. Así, calados, entrámos al templo. Está consagrado a Santa Catalina. Los muros tienen pinturas de episodios de su vida. El monumento donde guardan sus cenizas vive muy alumbrado. Temíamos que el frío y la humedad fueran fuertes en las criptas, y hasta nocivos; pero el sacerdote nos dijo que no temiéramos: al contrario; en el invierno no se sentía frío aunque no había calefacción. Así, bajámos por una escalera que suavica a la derecha del altar mayor y que tiene rejías a la calle. Las criptas son varias. Allí están enterrados los personajes notables que le han dado gloria a Francia. Así lo dice la inscripción del frontis. Nombres gloriosos están esculpidos en las lápidas. Víctor Hugo y Emilio Zola duermen su sue-

no de gloria en una misma cripta. Has recordado todas, pero imposible recordar los nombres. Cuando salimos, sin lluvia.

En nuestro apartamento del hotel todas las mañanas había comida. El Viejo se levantaba antes que yo; tocaba el timbre; abría. El camarero se presentaba, y, con una cortesía exagerada, decía:

Camarero — Monsieur... a vos ordres...

Viejo — Le petit déjeuner...

Camarero — Que voulez-vous, monsieur?

Viejo — Orange jus... café au lait... des œufs à la coque...

Yo me desmayaba de risa y hubiera querido que las hijas lo oyeran. A poco entraba Sofía, en kimono, en busca de baño. Se informaba del por qué de mi risa. Había cambio de escena; ya era en español "puro".

Sofía — Ah, Viejo "punchas"! Con que estás reventando mucho francés?

Por qué me hablas delante de mí para verme?

Viejo — Preinte... vos que no sabís hablar ni castellano, que francés una triparota?

Sofía — Tan vulgar... este Viejo!... (empujón)

Estas o parecidas escenas se repetían todas las mañanas. El Viejo y la sobrina se entendían a maravilla, como malaleyes que son ambos, y se apandillaban

contra mí para regañarme a cada momento y para hacerme "la verdadera" por todo.

Aunque los días eran malos no dejábamos por eso de salir; íbamos a los teatros; y por las tardes, cuando no llovía, paseábamos por los Campos Elíseos, el Bosque de Bolonia o los Pulevares. El paseo preferido era el de Montmartre. Hay en él muchos restaurantes y cabarets, como el Moulin Rouge, tan mentado. Pero "a parvosos", como decimos, por ser frecuentados por gentes de mal vivir. Nosotros lo ascendíamos por subir hasta la iglesia del Sagrado Corazón y gozar de la vista de todo París. La calle es estrecha y pendiente y habitada por gentes pobres. Una tarde, al subir, tropezamos con un cano parado. Nuestro chofer, en lugar de esperarse, metió el cano, que se atrancó, encajando en la acera. Aquí de los insultos y de las palabrotas que se quitaban los dos choferes. La calle se llenó de curiosos; la granjería y las gentes brotaban de las casas. Estos insultos, dichos en francés, se me hacían más terribles. Atemorizada pretendí bajarme del cano; pero Pedro me atajó, diciéndome que no me asustara, que no pasarían de palabrotas, que todo era pura comedia. Así fue en efecto: después de decirse hasta "botijavende" y amenazarse de muerte, terminó todo en agua de pencija: fueron pasando, tranquilos, dándose campo. No se

parecen a los antiguos, verdad? Estos se hubieran desfondado la cabeza desde las primeras palabras.

En una mañana, también fría, nos fuimos el Viejo y yo a conocer La Malmaison. Nos fue difícil la entrada; tuvimos que tomar a pie por una avenida larga, pues está prohibida la entrada de los vehículos a los jardines, y llorismaba. El palacio tiene dos pisos, sin contar las buhardillas. La fachada es sencilla. El vestibulo tiene columnas y puertas con cristales por donde se ve el comedor; en el centro del vestibulo hay un grupo de las Tres Gracias. A la derecha de este está la entrada al despacho de Napoleón, a la biblioteca, salón de recepciones, sala del consejo, dormitorio y sala de billar. En este salón hay un retrato ecuestre del Emperador; en otro hay uno en pie, ambos muy conocidos y reproducidos.

En la biblioteca, colocados a la entrada, hay dos bustos en mármol, de Carolina y Paulina Bonaparte, sus hermanas. Otro también muy hermoso está en su cámara: el de su madre. En el ala izquierda están las habitaciones de la Emperatriz. El salón de música es el más bello; tiene columnas, y entre ellas hay chimeneas de mármol y pedestales con bustos; el agua se destacaba en el centro.

La cámara tiene lujosos muebles que llevan su inicial. El lecho es tallado: a la cabecera tiene dos

ismos con las alas abiertas; el frabellón es muy lujoso y con vara corona de metal de complicado dibujo. En este mismo lecho dicen que murió. En uno de los salones está su retrato de cuerpo entero, en una actitud muy romántica.

El comedor es lo más bello del palacio. Sobre la mesa están colocados varios y artísticos objetos, y en dos vitrinas guardan la vajilla de oro que le había sido obsequiada al Primer Cónsul. Por la parte de atrás del palacio hay dos obeliscos egipcios. En la parte alta los salones son museos. En puestos en vitrinas están los vestidos del Emperador y la Emperatriz, el día de su coronación; lo mismo la tienda de campaña, el catre, la mesa, las maletas, y todo lo que llevaba Napoleón a sus campañas. Hay una cámara muy triste; está el Emperador en su lecho de muerte. Es una reproducción en cera; el lecho es el mismo en que murió en Santa Elena; están también los muebles de la pieza, la popa que usó en sus últimos días, los vasos y vendajes y todo lo que vivió en su enfermedad.

Qué de reflexiones tristes se hacen contemplando este doloroso cuadro después de haber visto tanta magnificencia!

De Malmaison quisimos ir a Fontainebleau; pero el día continuó lluvioso y el frío muy intenso.

Fuere deseos de asistir a una conferencia en la Sorbona, para lo cual me puse de acuerdo con el Dr. Cardona, que estaba allí entonces; pero tambien se quedó en planta, lo que yo senti mucho.

El 11 de noviembre, fecha del armisticio de la gran guerra, fue celebrado en Paris con mucha pompa. Desde la vispera hubo iluminaciones. Las fuentes del Luxemburgo y las de los paseos se parecian a las de las bellas Exposiciones de Barcelona y Sevilla.

El Viejo y yo estuvimos madrugadores y nos fuimos a los bulevares a ver lo que habia. La gente se dirigia hacia el Bosque de Bolonia, y unos nosotros tambien. Habia una concurrencia estordinaria; era que habia gran desfile del ejercito hacia el Arco de Triunfo, donde está el monumento al Soldado Desconocido, para colocar allí coronas. La gente se encaramaba donde podia para ver mejor. Yo, muy de buenas, me enrolé en un grupo de mirones, y un señor muy atento me ofreció un asiento para que pudiera encaramarme. Ya habia principiado el desfile. Todos los cuerpos del ejercito en traje de gala llevaban sus banderas en arboladas y marchaban al son de la musica militar; otros coreaban la Marsellesa. Desfilaron los autos en que iban el Presidente de la Republica y sus Ministros. ¡Aquí de los aplausos! El pueblo, entusiasmado, gritaba vivas y palmeaba.

Capitulos Mejia hubiera señalado las banderas. El, tan bello, que sabe el nombre de todas las del mundo, con sus colores. Como ya es un hombre grande que aprendió a leer solo, en su cartilla, puede ser maestro de todos sus primitos.

Hoy al cabo de siete años, que copio este libro, quisiera suprimir esta página, que me trae el recuerdo de mi angel perdido; pero que lo veo en el cielo rogando por nosotros. El no era para este mundo.

Para la noche de ese día estábamos invitados especialmente por "el maître d'hotel" todos los residentes allí. El comedor estaba resplandeciente, adornado con muchas flores y luces; los hombres muy bien puestos; las señoras esportadas y llenas de joyas. El obsequio principal consistía en servir un faisán a cada uno de los invitados. Este es el plato preferido de los gastronomos elegantes. Yo ya había comido. Por cierto me pareció exquisito; pero esa noche, por desgracia, el maître, por alhagarnos, resolvió colocar un faisán muerto sobre una bandeja, con todas sus plumas, como si estuviera acostado en el nido. Un sirviente lo iba mostrando de mesa en mesa, como para probar la autenticidad del obsequio. Con esto tuve; me sucedió lo que a Sofía con la leche de cabra; se me revolvió el estómago, y en vano quise probar. No fui capaz de tomar de ninguno de los otros platos. Por la noche

ya tarde me sentí con hambre y tuve que pasar a un café que había al otro lado del bulvar, para tomarme una tarta.

El plato de las comidas era objeto de muchas discusiones; a unos les gustaba lo que servían en el hotel; a otros no... Así, muchas veces íbamos a otros restaurantes. Había uno cerca donde preparaban bien los pollos. Era el preferido. A mí me chocaba porque hacía mucho calor y era incómodo el local; pero me gustaba porque era punto de reunión de los anti-queños. Podía asegurarse que se encontraban todos allí. Estrabamos praliquos de sobremesa.

Un domingo se resolvió que fuéramos con Ironne a almorzar a un restaurante de lujo, y en el mediodía íbamos a un teatro que nosotros no conocíamos. Tomamos dos taxis; el uno para Sofía, Ironne y Pedro; el otro lo ocupábamos Barbarita, Claudino y yo. Ironne dio las señas a nuestro chofer, que partió el primero. El otro carro se retrasó; el chofer nuestro no logró verlo y se despidió. Anduvo cuadras, indagó aquí y allá, preguntó en varios restaurantes. No se acordaba del nombre. Esto era como buscar una aguja en un pajar. Aburridos regresamos al hotel a pedir huevos y café, pues había pató que el almuerzo había sido servido y el comedor cerrado. Barbarita estaba opuscada y brava: "Esp mucha

omuncia que se hayara ido a almorzar tranquilos,
 por aguardarnos. Me da mucha rabia con Pedro! El
 chachas." Esto lo decia entre burlas y chanzas. Goci
 mucho oyindola. Quando terminamos el jugal almuer-
 so aparecieron los tres, risueños y satisfechos, dán-
 donos disculpas. Fingimos mucho enojo. Barba-
 rita y yo, para castigarlos, nos acostamos a dormir
 la puerta, para dañales la ida al teatro. Fueron que
 resignarse y se sentaron a charlar. Por la tarde les
 levantamos el castigo y nos fuimos a pasear al Bosque
 de Bolonia. Estuvimos en Longchamps y en otros sitios
 muy bellos.

Las tertulias de noche en el Florida se habían dis-
 minuido mucho, pues la mayor parte de las familias an-
 tiguas habían desfilado ya. Estaban únicamente
 en Paris la familia de Bedout y la de Mouro que par-
 tición despues. Pedro y Barbarita ya pensaban venirse
 en el primer barco que saliera. Nuestro regreso fue muy
 discutido. Claudio deseaba ir antes a Alemania, por
 asuntos de negocios, y sentia no ir al Cairo, que tanto de-
 seaba. Yo queria quedarme en Paris e ir a Bruselas.
 El invierno ya estaba encima; por esto era la mayor
 indecision, pues aunque teniamos pensado pasarlo en
 Malaga, el asunto de la crisis aqui nos hacia vaci-
 lar. Sofia queria que nos fuieramos para Nueva York.

Al fin resolvimos consultarle al médico. Este dijo que ni a Claudio ni a Pedro les convenía el invierno, mucho menos ir a Nueva York, donde era tan fuerte; que debían venirse a los trópicos cuanto antes. Esta fue una contrariedad, especialmente, para Sofía, que no se resignaba. Hubo que hacerle reflexiones para que cediera, y el doctor Cardona hasta le pidió excusas por haber sido el consejero. Se le avisó a Próspero, a quien ya se le había escrito que íbamos a Nueva York.

Se tomaron los pasajes en el vapor Guadalupe, de la marina francesa, el único grande que salía en ese mes; los mejores ya habían partido.

Los últimos días, que yo consideré perdidos, los empleamos en visitar fábricas, talleres de modas y almacenes, para comprar lo que queríamos traer y hacer nos los vestidos y los para las hijas y los encargos. Repetidas fueron las visitas a las modisterías, para la prueba de los trajes y sombreros. Yo me aburría mucho con esto tan cansón. Es empresa difícil y costosa comprar en París vestidos hechos sobre medidas. Rubén Moreno nos sirvió muy galantemente en esta ocasión. Nos llevó a varias fábricas y almacenes para hacer las compras.

Por la noche hacíamos el Viejo y yo la lista de lo que íbamos comprando, y de los regalos; fue larga; los solos regalos eran 120. Apuntábamos como quien

hace examen de conciencia y apuntó los pecados. Una vez se les pasaba a los que se iban consiguiendo. Había que estudiar el gusto del obsequio para conseguir el regalo. Cuando todo estuvo listo se procedió al empaque, capitulo por demás difícil. Sofía fue la directora y ejecutora de este trabajo, que llevó varios días.

En los últimos días de noviembre fue la salida. Sofía y yo fuimos a confesarnos la mañana por la mañana y luego salimos en carro a dar un paseo por los sitios más bellos de París, para darles la despedida. Sofía estaba muy triste. Yo la consolaba diciéndole que ella podía volver, siendo tan joven; que cuántas señoras de aquí habían hecho repetidos viajes; que yo, en cambio, nunca volvería, pero que eso me tenía sin cuidado. Su tristeza era más por el desengaño de la no venida por Nueva York. Yo lo sentía también por Próspero.

XXIII

A las ocho de la noche estubo en el hotel el empleado de la Agencia Lubin, un joven español de apellido Gómez, muy simpático y atento, que nos quería acompañar a San Nazario, hasta dejarnos a bordo. No había para pasar la noche puestos suficientes en los coches-cama. Claudio y Pedro tuvieron que dormir sentados en sillitas. A Barbarita y a Sofía les amagaron dormida en un apartamento, donde se estaba durante el día, en compañía de un señor Solido y de su hija, que venían para Venezuela. A mí me tocó un puesto, que Barbarita había recusado, en un coche-cama, con un compañero desconocido. Quise acostarme inmediatamente primero que él, y para poder dormir antes que el fun se pusiera en movimiento.

Me fui con esta intención a inspeccionar el apartamento, que estaba contiguo al de ellos. Mi desconsuelo fue grande al ver el compañero que me había tocado en suerte. Era un señor antipático y desatento. Vió que luchaba por sacar el catre para extenderlo, pues estaba doblado, con sus colchones y mantas, contra la pared. Le voy tirando de las argollas; no valía. Él muy atento no se tomó la molestia

de ayudarme. Ya suponíamos que si a mí me desagrado' tanto el compañero, a él le debió haber a "puca-rachra" la compañera. Después de forcejear en vano por sacar la cama, y no viendo a ningún camarero por allí, me fui a donde estaba el señor Toledo, y sin preámbulos, le propuse que cambiásemos camas, que no me había gustado el compañero. Muy risueño me contestó que no tenía inconveniente, pero que yo salía perdiendo en el cambio. Él se pasó con su maleta, y me trajo la mía muy encantado. Barbarita y Lofia también se encantaron, pues suponganse lo penoso para ellas tener que dormir en esa promiscuidad. Les tocó encaramadas en catorce, arriba de los muestros. El de la señorita Toledo y el mío eran los asientos, que los habían habilitado de camas. Dormimos toda la noche, sin molestarnos el movimiento.

A las 4 de la mañana estuvimos en San Esteban. El buque levó anclas a las 11 de la noche. No fuimos radio a la casa, desde el puerto, para ponerlo a bordo.

El viento era recio; el mar estaba agitado. Yo me acosté por ver si evitaba el mareo, pero fue en vano. La noche la pasé desvelada oyendo el ruido del oleaje, que cada momento se sentía más fuerte. Permanecí en cama al día siguiente. Era imposible te-

merme en pie. La niebla era espesa y el frío intenso. La lluvia no cesaba sino a momentos y el rugido del mar era ya espantoso. Las olas se cruzaban por encima del barco mojándolo todo; la sirena sonaba sin descanso, especialmente de noche. Era un continuo llanto, como llantos de niños. La gente que no estaba mareada no podía salir de los salones; las señoras, en la totalidad, estaban recluidas en las cabinas. Este gemir de la sirena era lo que más me entristecía y alarmaba, porque sabía que era la señal para indicarnos a los buques que viajaban en la misma ruta que no deben acercarse, para evitar choques cuando hay niebla.

Un pasadizo dividía nuestro camarote del de los jarranillos; quedaban las puertas una al frente de la otra, de manera que el catre en que Barbarita estaba acostada o tendida lo veía desde el mío. Así podíamos hablar, rezar juntas, comunicarnos nuestros miedos. El médico y los camareros que nos atendían nos decían que no había peligro; que el mar era muy fuerte en las costas de España y por eso era el oleaje. Pero no nos tranquilizábamos. Los compañeros desconocían el peligro o nos lo ocultaban, pero permanecían serenos. A lo mejor una ola furiosa entraba por la ventanilla del pasillo y lo bañaba todo, inundando nuestros camarotes. Otras veces el agua se entraba por las

ranuras del toldo de nuestro camarote y los catines
 se mojaban. Furieron que cambiaron varias veces los colche-
 nes y las mantas. En estas condiciones ya supondrían
 como estaríamos de ánimo. Gracias a que nos dimos
 buena cuenta del peligro, debido a la seriedad
 del Capitán y de la oficialidad, a la que había pu-
 nido para manifestarnos que el peligro era inminen-
 te y que el buque se hundiría al llegar a las 12 o-
 ras, sin que dio tiempo de anajar los botes sal-
 vavidas; pero que nada de esto se dijese trascender
 a los pasajeros. Lo supimos más tarde, por el mis-
 mo, cuando ya el peligro había pasado. El radio
 para la casa no lo pudimos poner hasta días des-
 pués, porque los aparatos funcionaban sólo para
 recibir suceso y ponerse en comunicación con cinco
 barcos que navegaban en iguales condiciones. Al
 cabo de cinco días de sufrir el mar se calmó y pu-
 dimos tranquilizarnos. Por el boletín de noticias que
 publicaban a bordo vimos a saber los desastres ocu-
 rridos en las costas de Francia y España: diez bu-
 ques perdidos, en los cuales pereció mucha parte de
 la escuadra de guerra francesa, fuera de los barcos
 presqueras; un ciclón espantoso había rotado las
 costas causando mucho mal; por último, había
 caído una nevada en París, como nunca se había
 visto. Estas noticias las habían captado nuestros hi-

jos, por el ruido de nuestra casa de tranjuez, lo que los tuvo alarmadísimos.

Cuando la calma se restableció y el sol calentaba fuimos mejorando del mareo Barbarita y yo. Las demás señoras iban saliendo al puente, a los salones y al comedor, antes desiertos. Se fueron formando grupos e iniciándose las tertulias, que se animaban con la alegría de haber sobrevivido al peligro.

Venían varias familias ricas de Venezuela; otras de la Guayana Francesa, de oscuro color; y varios colombianos, entre ellos la familia del Dr. Martínez Martín, bogotanos, compuesta de su señora, su cuñada y nueve hijos; también el Dr. Eduardo Esquivel, de Medellín, un joven caucano y otro antioqueño, que vivía en el Fali-ma. Los colombianos formaron un grupo; lo mismo los venezolanos; pero alternábamos. Los de la Guayana formaron también su grupo. Todos eran bien educados, ilustrados, ricos, bien vestidos; pero la humilde color los cohibía para tomar parte en las conversaciones y en los juegos. Había entre ellos tres matrimonios que formaban contraste: las señoras de color oscuro y facciones vulgares, y sus maridos, blancos y rubios; el otro era lo contrario: rubia y blanca con negro. Las dos señoras mayores eran más mulatas aún, con los tipos más fatales, y casovías. Había dos señoritas que vestían a la última moda de

de París, pero... neguitas también. Sus hermanos, dos jóvenes como de 24 a 26 años, elegantísimos. Uno de ellos se había hecho amigo del Dr Escobar, y eran compañeros de camarote. Hablaba seis idiomas y era doctor. Con todo esto, las niñas colombianas y venezolanas rehusaban su trato. En los bailes y en los juegos había la separación instintiva de razas. Una noche se dio un baile de disfraces, ofreciendo premio al mejor. Yo le dije a Sofía: "Esta noche noté escapras de parte en brazos de negro." Ella se rió y me dijo que venía que no se atrevían a citarla. Se puso su disfraz, muy bonito, que había comprado en París. El Viejo y yo nos retiramos del baile a las 11, cuando ya el premio se lo habían adjudicado a una alemana que se presentó vestida de hombre, traje que le venía admirablemente y que llevaba con soltura y elegancia. La fiesta estaba en su apogeo. Dejamos a Sofía con Pedro y Barbarita. Aún no me había dormido, cuando se presentó por el camarote para cambiar de vestido. Yo la interrogué, pero se reía y no confesaba. Comprendí al punto lo que le había ocurrido: el doctor negro fue el primero en citarla, y... no se pudo negar. Mucha tiradera le hice. Pobre muchacho! Cuanto hubiera dado por una cara blanca, él tan sabido y "filipuchini", y que vivía tan perfumado. El Dr Escobar, que

es muy maleante, decía que él vivía "ajustado" a propósito porque el compañero "ruciaba" de noche el camarote por suelos y paredes, y luego se embadurnaba de promada.

Lo primero que yo hacía por la mañana era ir a ver el mapa, donde a diario colocaban la banderita que señalaba la distancia que el buque había recorrido en las 24 horas. Gozaba cuando veía que se iba acortando la distancia y acercándonos al continente.

Al cabo de 12 interminables días anunciaron la llegada a Point-Apitre, en Guadalupe. Apenas Colón en su primer viaje se alegraría como yo al tocar tierra. Me parecía que había llegado a las costas de la patria, estando aún tan distantes. Allí desembarcamos, haciendo rumbo hacia Cayena, los subditos franceses. Al siguiente día llegamos a Fort de France, en la Martinica. Antes habíamos visto el Pelé, volcán en erupción que derramaba su lava hacia el mar. En la Martinica la demora fue larga, porque el barco tuvo que aprovisionarse de carbón, operación ésta muy lenta, pues las grandes pilas tenían que ser transportadas en canastos a la cabeza de los negros, hasta llenar las esportillas. Hombres, mujeres y niños, negros todos, formaban un largo cordón con su carga, como las hormigas. Estuvimos el día sobre cubierta, viendo

está interminable procesión, que al cabo de tanto ir y venir marcó un camino de fango negro. Otros neguitos del puerto se botaban al agua desnudos, nadando hacia el buque, para que los viajeros les anojaran mo-das, y sabullirse y sacarlas luego con la boca.

En todo el día había llovido, cuando cesó resolvimos bajar a conocer la patria de la Emperatriz Josefina. Yo les decía a los compañeros que tenía la intuición de que debía existir allí su estatua, o algo referente a ella. Así fue, en efecto. Después de caminar por una larga calle fangosa llegamos a un parque o manga, fangosa también, sin edificios, en el costado del cual se levanta la bella figura de mármol. Muy triste se hubiera puesto ella, que fue tan orgullosa, al verse colocada en lugar tan solitario, en vez de estar cerca al Arco de Triunfo. Encontráramos no lejos de allí un bello monumento al Soldado Desconocido.

Antes de llegar a la Guaira vimos el balneario de estacuto, allí entre palmeras. Pronto estuvimos en el puerto. Nos despedimos de los compañeros verezolanos. El joven de Cali se quedó muy triste, porque estaba muy prendado de la Srta. Toledo. Sacaron de las bodegas la caja mortuoria con el cadáver de un señor, yerno del cónsul de Venecia en París, que había muerto en Guaira recientemente. La viuda, muy joven y bonita, había venido

muy triste, recluida en su camarote; pocas veces se había dejado ver. Su familia vino a encontrarla.

Quisimos ir a conocer a Caracas, pero el barco no se demoraba. Fueron a ella sólo mis compañeros; yo no lo hice, porque había que caminar un largo trayecto a pie, y no estaba en condiciones de hacerlo.

Contábamos las horas y minutos. Siempre lo mejor de un viaje es el regreso; la vuelta a la patria después de un largo viaje no hay nada con que compararlos. La alegría que experimentamos al ver el muelle de Puerto Colombia no la puedo pintar. Era una impresión de alegría mezclada con susto, pues tenía temor de encontrar malas noticias, pero no fue así. Por un agente de la Cia. Fluvial supimos que nuestros hijos habían dado orden de separarnos camarotes en el vapor "Cisneros", que salía próximamente de Barranquilla. Así, no tuvimos sino un día de demora en esa ciudad, el que pasamos muy contentos en casa de nuestros amigos Jón y Gabriela Piedrahíta, quienes gentilmente nos invitaron.

Nuestros compañeros de vapor fueron la familia del Dr. Martínez Martín y su cunada, con quienes nos habíamos encaminado durante la travesía del mar, pues es gente culta y de trato amable y familiar.

Al cuarto día por la noche estábamos comien-

do, cuando oí voces que me llamaban desde el río. Volí a la bodega creyendo que sería otra alumbración como la de el barco de mar. Cuál sería mi sorpresa al ver las barquitas de gasolina en que iban a encontrarnos todos mis hijos, sin faltarme uno, lo mismo que algunos de mis nietos y sobrinos. Sólo me faltó Tomás, a quien no aguardaba. La dicha fue tanta, que yo creí que soñaba. Los Jaramillos y Peláez, los sobrinos Arangas y primas Ceballos también habían ido al encuentro de nuestros compañeros. El capitán, amezga tinto, hizo parar el buque y los hizo subir a bordo y continuar en el barco hasta que llegamos a Puerto Bermejo una hora después. La noche la pasamos en un continuo reportaje.

La llegada a Medellín fue el 16 de Diciembre. Qué afortunado tan bueno me mandó el Niño Jesús! Fuimos sanos y salvos a nuestra casa y encontrarlos a todos tan bien. La quinta de extranjero era una fiesta.

Nos despedimos con tristeza de nuestros queridos compañeros los Jaramillos, con quienes habíamos convivido en tanta armonía durante cuatro meses.

La apertura del equipaje, al día siguiente, fue una fiesta para todos. Yo quise mucho al verlos tan encantados con los "traídos". Cada uno se media sus vestidos y sus cosas, y se repartían todo lo más que encontraban en los baúles. Fui que defender los envigos y demás

parientes, que vivían separados.

Le me había prohibido terminantemente, por alguien que yo me se, que viniera a hablar de viajes y a contar cosas, por esto muy antipático y de mal gusto. Yo, muy obediente, sólo le he contado a todo aquel que ha tenido la paciencia de oírme. Y, para seguir contando después de muerta, lo escribo.

Botín colorado! Cuento acabado! Cuchito quemado!
Dispense lo malo que hubiere estado.

Isabel Canasquilla de Arango

Medellín, Febrero de 1931.

